

EL SOPLÓN

JAVIER LAQUIDARA

Laquidara, Javier
El soplón - 2a ed. - La Plata : el autor, 2011.
224 p. ; 21x15 cm.

ISBN 978-987-05-4328-2

1. Narrativa Argentina . 2. Novela. I. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 22/04/2008

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del editor.

Diseño de cubierta: Emilio Laquidara
Ilustraciones en interior: Facundo Panei
Reseña en contratapa: Federico Depetri

ISBN 978-987-05-4328-2

Impreso en Buenos Aires, diciembre de 2011.

“...el lector prescindirá sin remordimientos de lo que sigue.”
JULIO CORTÁZAR

PRÓLOGO

Cuando salió miró hacia todos lados con prudencia pero con firmeza. Nadie lo observaba, pero él sí veía a un grupo de oficiales que no hacían nada a unos cincuenta metros a su izquierda. Sabía bien lo que le pasaría si desaprovechaba esa oportunidad, pero no sabía qué pasaría si la aprovechaba. Quizás la asesinara a ella, o a él, o a los dos. Quizás se olvidara de todo. No, imposible, no existe el olvido, se dijo. No iba a suicidarse: no tiene sentido, pensó. Su vida tampoco tenía mucho sentido, pero suicidarse no sólo era de cobarde: era poco original. Con sólo atravesar la puerta ya estaría haciendo historia en ese establecimiento. Él no lo sabía y tampoco le importaba. Este penal no está bien iluminado, pensó como si fuera el inspector de la infraestructura. A él le convenía. No podría contra ese grupo de oficiales, así que un poco gateando y otro poco en puntas de pie, marchó sigilosamente hacia su derecha pegado a la pared. Cuando se aproximaba a un farol, frenaba, observaba de nuevo, se echaba al piso y se arrastraba. Como entre farol y farol habría una distancia de casi diez metros, algunos centímetros los recorría con mayor tranquilidad y velocidad. Al llegar a la ochava del pabellón, se detuvo a escuchar: no quería oír pasos de algún centinela patrullando. Tras el silencio reconfortante (aunque llovía más que nunca), se asomó en la esquina. No había nadie de ese lado. Dio unos cuantos pasos presurosos pero sin hacer ruido y un estruendo lo paralizó: era Silvio que le maullaba. Que gato de mierda, pensó y lo pateó. Hizo más ruido todavía y se enfureció consigo mismo. Repitió el proceso de la otra pared hasta llegar a la ochava siguiente. Acá estaba mi celda, se dijo y rió, o tosió. Espió y esa vez sí vio guardias. Estaban custodiando la misma puerta por la que él había entrado hacía tantos años. Ya había perdido la cuenta.



CAPÍTULO 1

I

Si la lluvia se mantenía hasta la medianoche, pondrían en marcha el plan.

Alfredo se despertó con los habituales gritos de Sergio:

—¡Vástagos de Belcebú! ¡Indignos hasta de la muerte! ¡Evacuen esta golfería inmundal!

Mientras gritaba, el carcelero pelado golpeaba con su cachiporra los barrotes de cada una de las celdas, provocando melodías infernales.

Lo primero que hizo Alfredo tras escuchar la lírica de Sergio, fue mirar por la minúscula ventana de su celda. Con una sonrisa se dijo a sí mismo “Vamos, carajo” y sacudió a Hugo.

—Llueve, Huguito —le dijo tan cerca del oído que le provocó cosquillas con sus bigotes.

Hugo lo miró con ojos entrecerrados, se incorporó, se sentó en su litera y habló con voz gruñona, molesto como cada mañana.

—¿Qué?

—Que está lloviendo.

—Al fin, éste es el día.

—No lo podemos dejar pasar, es hoy o nunca.

Ambos salieron de la celda cuando Sergio se los sugirió de una manera desagradable. Vidal estaba erguido en la entrada del calabozo de enfrente sonriendo como en una entrega de premios. Alfredo se acercó lo más que pudo y le puso tal cara que al muchacho se le borró automáticamente la sonrisa y las cejas se le arquearon.

Para llegar hasta la gallería había que recorrer un largo pasillo gris. Los presos ya habían contado la cantidad de pasos: eran ciento veinte, para un hombre de mediana estatura. Durante el trayecto, más o menos en

el paso cincuenta y siete, Alfredo miró a Hugo de soslayo y le dijo en voz baja:

–Está cagado hasta las patas.

–Como era de imaginarse –consintió Hugo rascándose la barba de tres días–. Pero no nos preocupemos, falta mucho. Diecisiete horas, precisamente.

–Diez y siete horas –separó Alfredo y siguieron caminando.

Antes de que llegaran al final del pasillo, Sergio y Annunziati, el otro guardia, hicieron detener a los presos para la revisión habitual.

–¡Sepárense, inútiles! ¡Dos metros de distancia entre cada uno! ¡Apúrense, ingratos del meconio, vamos!

El primero de la fila era Justo, un hombre alto, canoso y de duras facciones. Con un rostro que denotaba tranquilidad, estaba parado firmemente y miraba sin un punto fijo, cual si fuera un militar.

–¡Ah! –decía Sergio mientras lo palpaba– El nene preferido del comisario. ¿No me podés mirar a la cara, eh?

–Mire que puedo hablar con él y relatarle cada acto de injusticia que se cometa.

–¡Ja! –rió Sergio –¿No me digas? –y le aplicó un golpe en el rostro con su cachiporra.

–Esto no va a quedar así –dijo Justo, la boca sangrando, arrodillado en el piso y tratándose de levantar.

–Si no dejás de hacerte el vivo me voy a encargar de que quede mucho peor.

Segundo en la hilera se hallaba el viejo Bernabé.

–Vos supongo que no tendrás nada, ¿no? –preguntó Sergio y largó una carcajada. No lo revisó.

Los presos no podían entender cómo ese vigilante podía divertirse cada mañana con la misma rutina. Lo único que modificaba era su repertorio de insultos: decían que leía el diccionario todas las noches para incorporar nuevos improperios.

Tercero en la fila lo esperaba Alfredo, que lo miraba con una natura-

lidad exagerada.

—¿Qué me mirás vos, cachivache? —refunfuñó Sergio, propinándole una bofetada que Alfredo recibió en silencio— ¿Te gusto? —preguntó emulando la voz de una niña.

“Te sale muy bien el papel de tragaldabas”, pensó Alfredo e inexplicablemente provocó más cachetadas de parte de Sergio. También algunas patadas. Luego lo revisó minuciosamente, pero Alfredo sabía que no tenía nada que esconder y Sergio no encontró nada.

El cuarto sometido a la inspección fue Hugo, que tras una serie de injurias y de palpadas violentas pasó el examen.

Cuando llegó el turno de Tacio, Sergio largó una carcajada distinta de la anterior. Parecía que también practicaba esa variedad.

—¡Miren a quién tenemos aquí! ¡Pero si es el sordito cornudo! ¡Encima de ser sordo la mujer lo cagó! Y claro, debe ser fácil cagar a un sordo. Vos por ahí pensabas que ella estaba meando en el baño y andá a saber las cosas que estaría haciendo. ¡Lo que no tenés en la oreja lo tenés en las astas esas, desgraciado! Encima no me escuchás, infeliz.

Tacio ni siquiera lo miraba.

—¿No me leés los labios, sordito? Mirame lo que te digo: “cornudo”. Cor-nu-do. Repetí conmigo. Cor-nu-do. Vamos, todos repitan conmigo —hizo ademanes a los demás presos del pabellón azul— Cor-nu-do.

Todos corearon el adjetivo con un ímpetu ocasionado sólo por la complicidad con la sordera de Tacio. Vidal fue el único que no siguió el juego, por lo que recibió un cachiporrazo.

—Ahora estoy con vos, pendejo, quedate tranquilo —amenazó Sergio mientras palpaba al inmutable Tacio—. Está limpio el sordito. Pero más vale: ¿qué puede esconder este miserable? A lo sumo una navaja para cortarse las venas —seguía con sus constantes pero cambiantes risotadas— ¿Qué puede hacer por su patética vida este desdichado? ¡Suicidarse! Ahí tenés la solución: ¿estoy muy errado?

Sergio acostumbraba a hacer innumerables preguntas a los presos. Sin embargo si alguno de ellos osaba responderle, lo golpeaba.

El carcelero avanzó dos pasos, se detuvo e inspeccionó con la mirada al joven que estaba último en la fila, frunciendo el entrecejo para demostrar una expresión de desagrado, como si acabara de masticar un limón. Con total parsimonia prendió un cigarrillo negro, de esos que dejaban un olor inconfundible en el pabellón.

Hizo aros con el humo y los dirigió a la cara de Vidal.

—¿Te molesta si te reviso? —lanzó su habitual tiquismiquis— No vaya a ser que tengas alguna porquería escondida, ¿no? Si no el tío Sergio se va a enojar y te va a mandar a dormir con El Maligno, así él te hace unos mimos para que te recuperes.

Vidal deseaba asesinar y luego accinar a ese guardián. La tensión que generó en él comprobar que llovía y que ése era el día había ido acrecentándose cada minuto, y las enseñanzas de Sergio no hacían más que propiciar el desencadenamiento de su ira. Agotado del palabrerío del abusador, el muchacho se dejó llevar por sus verdaderos instintos.

—Dale pelado, revisá y cerrá el pico.

Sin siquiera avistar el rostro de Sergio cuya metamorfosis imaginaban, Hugo y Alfredo se miraron y susurraron a coro:

—Estamos perdidos.

Luego se dedicaron a contemplar cómo Vidal era molido a trompazos, patadas, cachiporrazos y hasta rasguños de ambos guardias.

Por el ruido de los alaridos, chillidos, gemidos, y baladros de Vidal y los bramidos de Sergio, Abelardo, uno de los encargados de la limpieza del penal, entró a observar la zurra. El hombre apoyó las manos y el mentón en la punta de la fregona y rió.

—Tremenda lección se está comiendo el pibe.

Segundos después, acotó:

—Estos pibes de hoy en día...Vienen torcidos. Creen que se las saben todas.

Tras unos diez o quince puñetazos más, continuó:

—Varios ya no tienen solución.

Algunos reos lo miraban sin contestar y volvían sus cabezas a la paliza.

—Es bueno que la liguen, así aprenden. Cuando yo era chico era lo más común que los adultos nos cascaran: era cosa de todos los días. Y no sólo los padres de uno ¿eh? Cualquier mayor que considerase que estábamos haciendo algo incorrecto, te daba alguna cachetada o un par de bastonazos. En mi barrio había una viejita. Felicia se llamaba. No, Ofelia. No, esperen...Felisa, sí, sí, Felisa —se corregía Abelardo— Esa señora era tremenda. Tenía un bastón de caoba o de roble, no me acuerdo bien, era oscuro; de madera, ponete. No es nada extraño que una anciana lleve un bastón, ustedes ya saben, pero ese bastón era especial: tenía la punta de hierro, plateada. Parecía que la abuela se lo había mandado a hacer para pegarnos a nosotros.

Abelardo le salvó el pellejo indirectamente a Vidal, ya que con su historia llamó la atención de Sergio y la golpiza acabó. Al carcelero le interesaba todo lo asociado con el dolor y con el sufrimiento de los demás, por lo que prendió otro cigarrillo y se puso a escuchar atentamente la historia del hombre de la fregona.

Abelardo continuó su relato, orgulloso de que por fin alguien le prestara atención.

—Así que la vieja estaba alerta a cualquier travesura de algún niño para aporrearlo con ese bastón de mierda. Ya fuera un taradito que se afanaba una mandarina, un pobre diablo que justo se tiraba un eructo cuando la vieja estaba pasando o hasta si veía a una pareja de adolescentes besándose (que antes les aseguro, no se veía en la calle, no señor). Todos experimentamos y padecimos esa punta plateada. A mí me dejó varios chichones. A Contursi, un amigo, una vez lo pescó cantando un tango del Zorzal pero con la letra cambiada. El gringuito Contursi cantó: "...golondrina con fiebre en las alas, peregrina, borracha de licor", o algo así. ¿No es gracioso? ¡Borracha de licor!

Ese último comentario provocó que Sergio dejara de prestar atención y volviera su mirada a su víctima.

—La cosa es que la vieja estaba parada en la esquina esperando detectar alguna barrabasada —continuó Abelardo notablemente ansioso de

llegar al remate de su historia— y cuando oyó que Contursi deformaba a su tan amado y perfecto Gardel le encajó como diez bastonazos en la sabiola. Al pibe lo hospitalizaron y el chasco le costó unas cuantas contusiones en el mate. Desde ahí (y por eso me acuerdo siempre de esta anécdota) todo el barrio lo empezó a llamar “Contusi”.

La sangre que escupía Vidal sirvió aunque más no fuera para ensuciar el piso y darle un poco de trabajo al charlatán de la fregona. Mientras, Sergio se dispuso a terminar su cigarrillo y revisar a Vidal. Luego de palparlo unas cuantas veces, clavó la mirada, frunció el ceño y manoseó con mayor ímpetu en la parte inferior de la espalda.

—¿Qué tenés acá, sinvergüenza?

Valentín Vidal se sonrojó y al ver eso, Hugo y Alfredo se estremecieron.

—Maldita sea —farfulló Alfredo.

Hugo lo miró con desazón y asintió en silencio.

—¡Mirá lo que escondía el pendejo! —exclamó Sergio y largó otra carcajada— Vení Abelardo, mira esto.

El viejo se acercó y agarró con la mano derecha lo que el carcelero le alcanzó; lo arrimó a su cara y entrecerró los ojos para poder ver bien de qué se trataba; apartó el objeto de su rostro, lo miró desde arriba y suspiró.

—¡Qué buen par de tetas!

—Imposibles —compartió Sergio.

—Imposibles, así es —ratificó Annunziati, que no hablaba casi nunca.

Sergio no dejó pasar de lado el comentario de su colega y con su tediosa risa dijo:

—Imaginate cómo serán, para que Annunziati abra la boca.

El único que rió fue Abelardo, los presos no se animaron ya que hubieran recibido su correspondiente represalia. Hugo y Alfredo, sin embargo, tenían ganas de reír.

—Decime, Jaimito —se dirigió Sergio a Vidal cáusticamente— ¿no te enseñaron que el onanismo es un pecado?

II

—Yo tengo más ganas que vos de salir de acá. Bueno, más no, porque vos hace mucho tiempo que estás encerrado acá. Aparte es de egoísta pensar que yo tengo más ganas que vos, no me puedo meter adentro tuyo y saber qué ganas tenés de salir. Como si hubiera un medidor de ambiciones, ¿no?

—Cómo te vas por las ramas, Hugo.

—Bueno, a lo que voy es que a pesar de las infinitas ganas que tengamos de rajarnos de acá, tenemos que ser prudentes, planearlo todo bien y detalladamente y esperar el momento apropiado para escaparnos, ¿me entendés?

—Perfectamente, pero yo pienso que ya tenemos que poner el plan en marcha.

—Es que si estamos hablando de esto es porque el plan ya está en marcha.

—Lo único que está en marcha es nuestra idea de fugarnos, pero en realidad no hay un aparato, un proceso que evolucione con el correr de los días. Estamos igual que siempre. No te digo que ya pongamos una fecha porque es algo irreal, es una utopía, y las utopías no sirven de un carajo, menos para escaparse de una cárcel. Y para escaparse de una cárcel es en vano ser metafísicos.

—¿Metafísicos? Está mal usada la palabra esa ahí.

—La re puta madre que lo parió, vos me entendés igual. Me refiero a que hay que ser prácticos: de nada sirve hacer conjeturas y que allá podríamos hacer tal cosa y que por allá tal otra y que las pelotas. Acá hay que ser precisos. Detalladamente, como dijiste vos, pero hay que empezar, che. Si no cuando terminemos de armar el plan me van a quedar dos semanas de condena.

—Pero ¿qué querés? ¿Qué aparezca un plan de fuga así de la nada? ¿O que lo cague en el baño?

—No seas exagerado. Digo que hay que empezar a laburar, nada más.

—¿Pero ambos sabemos que solos no lo podemos hacer!

—Bajá la voz que creo el forro de Justo nos está mirando. Y el sordo este... Mirá, lo acabo de nombrar, se para y se va. Pareciera que escuchara este hijo de una gran siete.

—Hay que esperar a que entre alguien al penal, porque los batracios estos no nos sirven. Imagínatelo al viejo Bernabé tratando de escaparse: no llega a la salida sin mearse encima. Tiene que entrar el tipo indicado para hacernos la segunda. La tercera en realidad, ¿no?

—Sos un boludo.

III

La misma tarde del accidente, un martes frío y ventoso, Tacio había decidido ponerle fin a las sospechas sobre la infidelidad de su mujer, esa incertidumbre que hacía meses lo tenía sin dormir y le sacaba las ganas de todo. Estaba resuelto a faltar al trabajo y seguir a su esposa, que casualmente salía a hacer los mandados cada mañana, hasta cuando no había necesidad de más provisiones. Pero Tacio nunca había desconfiado, ya que pensaba que ella lo hacía sólo para ocupar su tiempo.

Esperó durante horas escondido detrás del palo borracho que estaba en la vereda de enfrente. Se hallaba en una pose tal, que la gente que pasaba meneaba la cabeza diciendo cosas como “¡Qué loco es este mundo!” o “¡Cómo proliferan los linyeras!”. A él poco le importaba.

El viento helado le penetraba por los poros de la cara y los nubarrones que se divisaban en el horizonte lo incitaban a desistir de su triste plan. Casi estaba decidido a darle fin a su espionaje cuando vio salir a Victoria, que no llevaba la bolsa de los mandados.

El ritmo cardíaco de Tacio se había elevado a causa de las conclusiones prematuras que había empezado a elucubrar.

Victoria dobló en la esquina y Tacio, furioso al percatarse de que el almacén se encontraba en la dirección opuesta, inició su persecución, a unos setenta metros en su retaguardia.

A medida que avanzaba, iba calculando quién sería el maldito gavián: “Pérez Olalla no puede ser, porque vive para el otro lado”, pensaba en voz alta. “Mainetti tampoco porque los martes viaja al geriátrico

para ver a su vieja”; “A Ripoluta lo acabo de ver comprándole quinotos a Don Pascual”; “Cerimele es puto, no creo que se vuelva macho justo ahora”; “Figlinostri se mudó a la concha de la lora hace poco”; “¿Y Don Pascual? ¿Ese verdulero amanerado?” casi gritó Tacio, asustando a una anciana que pasaba al lado suyo. “Ah, no, qué tarado”.

A pesar de la turbación que le generaban estos pensamientos, no perdía de vista su objetivo, que mantenía la misma dirección hacía diez cuadras.

La lista de posibles traidores se agotaba, pues ya estaban bastante lejos de su casa. En el momento en el que Tacio cayó en la cuenta de que no vivía ningún amigo o conocido por esos rumbos, Victoria dobló finalmente en una esquina. Tras algunas cuadras, Tacio advirtió que su esposa se dirigía a la casa de su propio hermano.

IV

—Bueno, yo viví varios años en una vecindad. ¿Viste cómo son las vecindades? Son varios departamentitos con un patio común, todo bajo un gran techo. Digamos que son varias casitas dentro de una gran casa, ¿me entendés? Mi vecindad se llamaba “Las azucenas”, un nombre inusual para ese lugar ya que no encontrabas una puta azucena ni a quince kilómetros a la redonda. Había seis departamentos: en el uno vivía una familia de apellido Ferrari, que eran siete: cinco pendejos, que tendrían entre cuatro y once años entre todos, más el padre, Horacio, un tipo alto y pelado que arreglaba relojes en una joyería del centro y su esposa, Anastasia, una mujer flaquísima que lo único que hacía era cuchichear con los demás vecinos y cagar a pedos a sus hijos delante de todo el mundo para que pensarán que tenía algo de autoridad. En el dos vivía una viejita que no salía casi nunca de su cuchitril. Si salía era para reprocharle algo a alguien: o que los nenes hacían mucho ruido, o que aquel otro bajara la música o que le dolía el juanete. Siempre rezongando. En el tres vivía yo solo con mi gata Viviana. Me encantan los ga-

tos. Tal vez no lo hayas notado, pero a veces me guardo un poquito de comida en el comedor para darle a Silvio. Pobrecito, debe pasar mucha hambre. Viviana se me subía a la falda todas las noches cuando yo me sentaba en el sillón a escuchar la radio o a leer. Lo que más me gusta es cuando te dan vueltas encima para acomodarse, buscando la posición perfecta. Giran y giran, haciendo el mismo ritual hasta que vaya a saber uno por qué, creen encontrar la comodidad justo en esa vuelta: ésa, no la anterior. Bueno, volviendo al tema, mi departamento era bastante pequeño. Tenía una cocinita en donde de pedo me entraban la heladera y un anafe de dos hornallas que funcionaba a duras penas y cada tanto tenía que arreglar. Una porquería. La habitación tenía un ventanal por el que pasaba una cantidad de luz inmensa. ¿Cómo se calcula o mide la cantidad de luz? ¿Vos sabés? Yo no. Lo que sí sé es que extraño mucho ese ventanal. ¡Pucha! Lo que te parece un detalle insignificante allá afuera, acá adentro lo sentís como una necesidad primaria. ¡Lo que daría para que nuestra celda tuviera un centímetro más de luz! No pido mucho: un centímetro nada más. Sigo. También tenía un saloncito, una especie de living pero en miniatura. Ahí es donde estaba el sillón y la radio. Y por último había un bañito. Todo “ito” ¿viste? Cocinita, saloncito, bañito. Este último tenía una luz mortecina, típica de baño ¿me entendés? Cuando te bañabas, encima de tener que apurarte porque el agua caliente duraba poco y se podía armar una hecatombe entre los vecinos, no veás un carajo. Me ha pasado en varias ocasiones que al salir de la ducha, ya en la habitación que tenía una luz menos tenue, me daba cuenta de que algunas partes de mi cuerpo todavía estaban sucias. Entonces, vos decís: ¿para qué mierda me bañé si sigo sucio? Qué se le va a hacer, son los avatares de la vecindad. De todos modos, nada es comparable a este lugar. En la vecindad me tenía que apurar cuando me duchaba para que no se terminara el agua caliente. Acá cuando me ducho me tengo que apurar para que ningún enfermo me sodomice. En el cuatro departamento vivía Manuel. Solo y sólo Manuel. No te puedo describir con meras palabras lo desagradable que era el hombre. Con

una fotografía bastaría, creo que sí. Aunque sea para una aproximación, porque para entender lo pringoso que era ese tipo tendrías que olerlo y escucharlo también. No sabíamos de qué vivía. Tendría cuarenta y pico supongo. Llevaba siempre un pulóver verde, finito, muy finito, con varios agujeros y no era que le faltara la plata, todo lo contrario. Adentro de la casa tenía cualquier electrodoméstico, el que pudieras imaginar. Eso lo sabíamos porque muy de vez en cuando se olvidaba la puerta un poquito entornada y entonces espiábamos. Era una típica persona cuya casa se le cae a pedazos pero tiene la última tecnología del mercado ¿me entendés? Manuel fumaba como un escuerzo y eso le había arruinado la voz. Cada vez que hablaba parecía que iba a escupir la laringe. Y tosía cada dos palabras. Un asco. ¿El olor? Increíble. Ese hombre parecía haber vivido quince años enterrado en la base de una montaña de mierda ¿me entendés? Perdoná que sea tan gráfico, es que quiero que te hagas más o menos una idea de lo que era ese tipo. Para colmo era maleducado, no saludaba a nadie y si se dignaba a hacerlo te bañaba la cara con esa saliva marrón. Estaba podrido en vida ese hombre, ni a las lombrices les hubiera gustado Manuel. El tipo me odiaba, creo. No sé la razón, pero ese despecho es la causa por la cual me encuentro aquí contándote esto. Después estaba la vieja del quinto que andaba echando desodorante de ambiente por todos lados y que obviamente tenía como principal objetivo a Manuel: lo agarraba por la espalda y lo llenaba de esa porquería que dejaba peor olor aún al mezclarse con la baranda de aquél. La vieja se llamaba Margarita y vivía con su hijo, Aquiles. ¡Qué nombre! Aquiles. Para colmo se apellidaba Cupo, el pobre desgraciado. Él tenía treinta y pico y laburaba en una lavandería. Tenía un auto en el que a veces salíamos a buscar suerte a algún bar. Era un desastre con las mujeres. Yo soy de terror, pero Aquiles no daba pie con bola. Imaginate: se le acercaba a una mina, hablaban un rato y cuando ella le preguntaba el nombre él le decía “Aquiles Cupo”. Se le cagaban de risa. Algunas le pegaban una cachetada o se corrían para no recibir ningún pollo. Igual, había salido con mujeres. Con la que más estuvo, que creo

que casi se casa, se llamaba Dulcinea, como la del Quijote. ¿Te das cuenta? Aquiles y Dulcinea. Faltaba que tuvieran una hija y le pusieran Caperucita. Por último, en el sexto, vivía la razón por la cual me quedé tantos años en esa vecindad: se llamaba Mariana y era hermosa. Tenía un cutis tan fino. Parecía un celofán que se lo podías arrancar con una simple caricia. Era muy blanca, tenía el pelo negrísimo y los ojos verdes. La sonrisa era lo más lindo, una bolita lechera, y la mostraba en los momentos indicados. No era una de esas resentidas de la vida que no le muestran los dientes ni al odontólogo, ni tampoco era de esas que hasta le decís “puta” en la cara y te sonríen. Ella no derrochaba sonrisas, pero tampoco las amarreteaba. Es como todo. A vos supongo que te gusta el dulce de leche, por ejemplo. Si no comes nunca, pero nunca, cosa de que ya te hayas olvidado del sabor que tiene, no tenés necesidad, o mejor dicho el anhelo de comerlo. Y por el contrario, si comes un kilo de dulce de leche por día y lo único que cagás es dulce de leche, lo empezás a odiar. Pero si comés una cucharadita por semana o cada dos días, ponele, y encima te cuesta bastante conseguirla, esa cucharadita es en lo único que pensás, tu única meta ¿me entendés? Por ahí no es el mejor ejemplo que te pude haber dado, pero por la cara que pusiste creo que me entendiste. ¡Ah! Dulce de leche, qué lo parió. Vendería un dedo por un par de tostadas con dulce de leche. ¿Hay algo más rico que el dulce de leche?

CAPÍTULO 2

I

–Me voy a rajar de casa –gritó Valentín Vidal a José Pablo Marmota en el oído.

–¿En serio? –preguntó sorprendido el otro y ante la sonrisa y el brillo de los ojos de Vidal, continuó– ¡Qué groso, che! Me alegro mucho por vos, se caía de maduro que alguna vez te ibas a escapar de esa casa.

–No aguanto más–asintió Vidal–. Era eso o matar a mi familia entera.

Ambos rieron y siguieron bailando hasta que terminó la canción. El disc-jockey eligió un tema lento y por ende los dos amigos fueron hasta la barra para descansar y tomar una copa.

–Un whisky –pidió Marmota y el barman se mordió los labios.

–Yo un Gancia con limón –eligió Vidal.

–¿Gancia con limón? –se burló Marmota– ¿Siempre la misma marica vos? Tenés que tomar algo fuerte, boludo, como yo –guiñó un ojo–. Aunque ahora que te vas de tu casa ya no sé si decirte maricón.

Vidal sonrió y se acomodó la campera de jean tomándola por el cuello.

–A propósito, ¿adónde te vas?

–Me voy a un departamento que consiguió Karen.

–Mirá vos, qué bueno –dijo el otro con voz quebrada mientras pagaba el whisky y le echaba un sorbo–. Pero, qué, ¿te lo regala así nomás, o te lo presta por unos días?

–Me voy a vivir con ella.

El whisky de Marmota se derramó por la barra y ensució los codos de varias personas.

–Pelotudazo –gimió el barman y pasó un trapo que dejó una huella de mugre sobre la madera. Vidal rió y le palmeó la espalda a Marmota,

que estaba ido.

—Tomá de mi Gancia. ¿Quién es el maricón ahora?

II

—Es imposible atravesar la gallera sin que nos vean. Como te dije ya conté la cantidad de pasos que hay entre la entrada de nuestro pabellón y la de la sala de juegos y desde allí calculé cuántos habría hasta la puerta principal. Serán aproximadamente quinientos trece pasos. Imaginate lo que nos va a costar recorrer esa distancia el día del escape con las herramientas en la mano.

—Por lo pronto, es prudente que lo hagamos de noche.

—De noche nos van a ver igual. Con sólo ver algo moverse allí, accionarían la alarma sin titubear un segundo. Al ver nuestras camisas son capaces de pegarnos un tiro desde la torre, Alfredo.

—Ese es otro problema: el de las camisas. No nos tiene que ver nadie, obviamente, pero convendría no escaparnos con esta ropa puesta. Porque si tenemos otro tipo de ropa y alguien nos ve, andá a saber, en una de esas zafamos y pasamos desapercibidos. Pero si nos ve cualquiera con éstas estamos fritos.

—Es verdad: hay que buscar la forma de conseguir otra ropa.

—Es fácil decir “hay”.

—Bueno, Alfredo, estoy pensando en voz alta.

—Está bien, está bien. Sólo creo que no sirve de nada decir “hay que hacer tal cosa” y ni moverse. Es como esa gente que dice “sí, nos tenemos que juntar” cuando ve a alguien que no veía hace mucho, intencionalmente, está claro. Y para quedar bien dice “tenemos que organizar una comidita” o “nos tenemos que juntar a tomar unos mates”, pero por dentro están deseando que eso no ocurra. Porque no tienen ganas de tomar mates con ese que se cruzaron sin querer.

—¿Y a vos qué se te ocurre? Porque en realidad vos tampoco propusiste nada concreto.

—No sé tampoco cómo hacer. Sé que cualquier cosa que tengamos que conseguir nos va a costar un Perú.

—Ese razonamiento no es muy diferente a mi “hay que buscar la forma de conseguir otra ropa”, ¿o no? Todo el tiempo estamos diciendo ese tipo de frases. No le hacen mal a nadie y por ahí ayudan a pensar y tratar de encontrar soluciones.

—Para mí siguen siendo sólo frases inútiles. Y muchas veces, la gran mayoría, son pesimistas.

—Vos mismo acabás de tirar una frase de esas. Sos contradictorio, ¿te das cuenta?

—También me doy cuenta de que si seguimos teniendo este tipo de charlas nos vamos a escapar en dieciocho años.

III

De haber sabido lo que pasaría, Alfredo no habría aceptado la invitación de Tito aquella tarde en la que el bar de Pedro había cerrado por duelo. Las veces que eso había ocurrido, los dos amigos habían elegido el bar de Manfredini, cinco cuadras más allá del monumento, para no perder la costumbre y compartir un vermouthe, media horma de queso y un salami picado grueso.

Pero en aquella ocasión, a Tito se le ocurrió que debían conocer un lugar llamado “La taberna” y Alfredo no se le opuso.

Cuando ingresaron a la cantina, la mirada de la gente de allí los hizo sentir forasteros. No eligieron la barra pues sospechaban que estaría reservada para los bebedores habituales. Tras unos segundos (porque tampoco querían demorarse demasiado en la elección del lugar) se sentaron en una de las mesas cercanas a la puerta, por precaución. Tuvieron que esperar más de diez minutos para que los atendiera el mozo, que una vez que se acercó, los recibió con un seco “¿Qué van a tomar?” que Tito respondió automáticamente:

—Dos cinzano con ferné, media horma de suizo y un salame picado grueso.

El mozo, de barba de no menos de una semana, replicó casi escupiendo, haciendo evidente su intención de ser descortés.

—Longaniza y gruyere, nada más.

—¿No hay queso suizo? —hizo su parte Tito.

—No.

—¿Cómo no va a haber queso suizo?

—Si no le gusta, ahí está la puerta, caballero. Sólo gruyere —embistió el mozo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Tito a su compañero dándole una importancia superlativa al asunto.

Pero Alfredo no lo escuchaba, sólo lo oía. Tenía la vista fija en una mujer rubia ubicada dos mesas por delante, que le devolvía la mirada, sonreía y revolvía la cuchara en su café.

—¡Alfredo!

—¿Qué? ¿Cómo? —Alfredo pareció regresar de un sueño— ¡Ah! Sí, longaniza, qué carajo me importa.

El mozo puso cara de asco ante el improperio, simuló anotar el pedido en una libreta amarilla y aceitosa y se retiró hacia la barra. Antes de llegar a su destino, gritó para que todo el bar se enterara del pedido de los dos extraños: “¡Beto! ¡Queso, longa y dos ferné para la mesa cuatro!”.

—¿Y el cinzano? —bisbisó Tito— Se olvidó del cinzano el muy forro.

Pero Alfredo seguía embobado con la mujer rubia, que en ese momento lamía la cuchara de una manera bastante provocativa.

—¿Qué te pasa, Alfredo? —departió Tito con indignación— Estás hecho un pelotudo.

Alfredo trató de no ruborizarse, pero no lo logró.

—Disculpá, Tito. Estaba pensando en cosas.

—¿Cosas? ¿Qué cosas?

—Nada, nada, dejó —Alfredo se obligó a dejar de observar a la instigadora aunque fuera por algunos minutos.

Como odiaba las conversaciones de la condición humana y temía que la de ese día se convirtiera en una de ellas, Tito cambió de tema, al de siempre.

–Se lesionó Carracedo, ¿te enteraste?

–¡No! –descreyó Alfredo.

–Me enteré esta mañana por la radio.

–No te puedo creer. ¡Qué cagada! ¿Y ahora como lo frenamos a Wilson el domingo?

–Es lo que hablaba esta mañana con Bértola en el laburo: estamos fritos, a menos que el patadura de Palavicini le rompa la urna al primer minuto. Total, si lo expulsan por fraude, salimos ganando.

Los dos amigos rieron y el mozo los interrumpió apoyando uno de los vasos con tal fuerza que la mitad del líquido rebalsó y se desparramó por toda la mesa.

–Ahora traigo un trapo –dijo con indiferencia y apoyó la bandeja que soportaba la picada y el otro vaso. Los dos consumidores tuvieron que detener la avanzada del líquido con algunas de las servilletas de papel que se hallaban sobre la mesa.

Tito no pudo con la tentación y se llevó un pedazo de queso a la boca.

–No está mal –decretó–. Pero como el suizo no hay. Además le falta sal.

–¿Sal?

–Sí, sal. Cloruro de sodio, ¿no la conocés? –dijo el halomaniaco de Tito.

–¿No es cloroformo de sodio?

–Ah, ah, ah. Ahora me hiciste dudar.

Alfredo clavó los ojos en la longaniza: se dijo que tenía el aspecto de ser deliciosa, pero recordó el refrán que decía que las apariencias engañaban y no se hizo ilusiones. Odiaba los refranes y años después, la inquina que sentiría hacia ellos sería insoportable. Se metió un trozo en la boca y antes de que la tripa llegara a hacer contacto con su paladar, oyó que alguien le susurraba al oído.

–Es cloruro, animalito.

Era la rubia.

IV

—¿Lo viste?

—Sí.

—Entró esta mañana. Es un nene.

—Y, nena no va a ser, ¿no?

—¿Qué gracioso que sos! Es un pendejo, quiero decir, ¿sabés?

—Ya me di cuenta.

—¿Creés que sea el indicado?

—No puedo saber si es el indicado con sólo haberlo visto una vez. Lo que sé es que no aguanto más acá adentro. No me importa que sea el tipo perfecto, el que exactamente buscamos. Me importa rajarme de acá de una vez.

—Pero hay que ser cautos, Alfredo. Hace dos años que estamos preparando esto y esperando a que entre algún desgraciado más a este pabellón. Pero justamente, si laburamos dos años, no podemos arriesgarnos a perder todo por un salamín con pan.

—¿Salamín con pan? Vos sí que elegís bien las palabras. Yo lo llamaría “un pelotudo” o un “reverendo hijo de puta”, pero vos lo llamas “salamín con pan”. La verdad es que te admiro, Hugo.

—Gracias, pero centrémonos en lo que realmente nos incumbe: lo que propongo es que no nos aligeremos en decidir si es él el tipo correcto o no. Deberíamos poner al muchacho en un proceso de prueba y seguirle el rastro por algunos días o semanas. Supongo que por su juventud no debe tener ni la más pálida idea de lo que es vivir en una cárcel. En realidad a ninguna edad se tiene una idea de lo que es vivir en una cárcel, eso sólo se sabe y se aprende viviendo en una cárcel, ¿no?

—Redondeá, Hugo.

—Bueno, bueno. Creo que no conviene que establezcamos lazos en seguida. A pocos les gusta esa gente que a uno no lo conoce y con sólo compartir una hora y media en una excursión al Valle de la Luna ya toman una confianza digna de un primo hermano o un amigo de toda la vida, ¿me

entendés? Y menos en una cárcel, donde no confías ni en vos mismo. No te asustes, yo confío en vos, Alfredito, pero me entendés a lo que voy.

—Sí, Hugo, pero metele que ya se nos termina el recreo.

—No tengo mucho más que decir, sólo que observemos bien a este pibe sin que se dé cuenta y que no le hablemos hasta cuando sea apropiado.

—Lo único que sé del flaco este es que va a compartir la celda con el sordo Tacio.

—Gran valor. Eso puede sernos de utilidad en el caso de que elijamos a este muchacho para el plan.

—¿Por qué?

—Y, porque el pibe puede esconder las “herramientas” en la celda sin que el sordo se de cuenta y alcahuetee.

—Es sordo, Hugo, no ciego.

—Cuando tenés razón, tenés razón.

V

—¡Qué alivio! —suspiró Tacio— Lo viene a visitar al Negrito.

Ante esa buena nueva, apresuró el paso para sorprender a su mujer. Tomarían unos mates con su hermano y arreglaría un asado para el fin de semana.

Pero a los pocos metros frenó. La persecución no agradaría nada a su cónyuge. Mejor volvería a su casa o al trabajo y nadie se enteraría.

Mas en el instante en que iba a dar media vuelta fue espectador de una escena que lo paralizó: Raúl, su hermano del alma, su compinche, su cómplice, su mejor amigo, el portador de su misma sangre, su compañero de truco, canasta y todos los juegos de naipes que se pudieran inventar, quien desde pequeño era su principal defensor y le hacía de campana, ese mismo a quien él amaba tanto, estaba en el umbral de su casa abrazando y besando apasionadamente a Victoria.

A Tacio se le nubló la vista y comenzó a perder el equilibrio. Tropezó

con un trozo de baldosa y se topó con un niño que pasaba caminando junto a su madre.

–Mire por dónde camina, borracho –le cuestionó la mujer, que además llevaba un bebé en brazos.

Esas palabras le llegaron en forma de eco, a la distancia, como si la que le hablara fuera su conciencia o una especie de deidad.

Su rostro estaba repleto de gotas de sudor y su estómago parecía estar preparado para un estallido. Escuchaba sus propios latidos y jadeaba como si hubiera corrido por horas.

Los vio ingresar a la casa. Esa misma casa donde desde hacía años compartía los almuerzos dominicales y escuchaba al Partido con su amado Raúl. El mismo lugar donde jugaban sus hijos.

Por un momento pensó en matarlos, pero se detuvo: había algo que impedía a Tacio derramar sangre como la de él. Se sentó en la acera, las manos en la nuca, para tratar de darle al suceso que acababa de presenciar alguna explicación coherente. Lo habían traicionado, en plural.

Se incorporó y avanzó hacia la casa. Cuando iba a tocar el timbre lo invadió tal sensación de inseguridad que en un instante se vio corriendo por la vereda. Antes de que el mareo lo terminara por derribar, retrocedió hasta donde finalizaba el cordón y comenzaba la calzada. Se tropezó y sintió un fuerte impacto en la cerviz. Abrió los ojos, y luego de varios minutos en los que sólo divisaba figuras difusas con un fondo blanco, reconoció a Victoria y a Raúl, sentados al lado de la cama en la que él estaba postrado. No entendía cómo le podían sonreír después de lo que había sucedido hacía un soplo en el umbral. Le hablaban sin parar, siempre sonriendo. “¿Estarán poseídos por el demonio?”, pensaba Tacio. Los contemplaba absorto y ellos seguían hablando.

“¡Hermanito del alma!/¡Mi amor!/¿Estás bien?/¿Qué sentís?/¡Cómo te extrañamos!/Los chicos no son los mismos sin vos.../Ya vamos a volver a escuchar al Partido, querido./Te voy a sacar de este lugar horrible y te voy a hacer tu bife de chorizo con ensalada mixta.”

Luego de varios minutos, los elocuentes se dieron cuenta de que el

accidentado no había dicho nada. Tacio reparó en que los rostros de los traidores comenzaron a cambiar de expresión. Las sonrisas iniciales y ojos de sorpresa se convirtieron en bocas abiertas y cejas arqueadas.

—¿Qué te pasa mi amor? ¿Estás bien? ¿Te sentís bien? Decime que estás bien, por favor. ¡Dios!

—Tacio, hermanito, ¿nos escuchás? ¿Entendés lo que decimos? ¡Tacio!

Pero él los observaba ahora con total tranquilidad y eso lo aliviaba. Quería que los traidores sufrieran, que padecieran lo que él había padecido. Se lo merecían.

—Tacio, por favor, ¡hábame! ¡Decí algo, por Dios y la Santa Virgen!

—Nene, ¿no será una broma no? Dale, cortala.

Victoria se largó a llorar y a Tacio casi se le escapó una sonrisa.

Raúl abrazó a Victoria para intentar consolarla y Tacio, frenético, probó decir unas palabras. El sonido hizo que los traidores lo observaran como a un gorila vestido de novia.

—¡Dijo algo! —exclamó ella.

—¿Estás segura? —preguntó Raúl— Creo que tosió.

—No, no, estoy segura de que trató de decir algo. ¿Qué dijiste mi amor?

Tacio permaneció en silencio.

—No nos escucha —concluyó Raúl, desatando nuevamente el llanto de su cuñada cómplice.

¡Qué poco natural que le parecía a Tacio esa demostración de languidez! Su esposa estaba actuando, no cabía otra posibilidad. Como así también el traicionero de su hermano.

VI

Luego de superar un trago amargo que ni Hugo, ni Alfredo ni Vidal esperaban que ocurriera tan temprano, los reos llegaron a la gallera. Como en los demás días en que llovía, la repartija de labores se realizó en dos minutos en vez de cinco: era quizás el único gesto de solidaridad

que demostraban los guardias del penal. Los llevaron a la panadería que ocupaba uno de los rincones del penal junto a la biblioteca y la carpintería, del lado del pabellón negro.

Tacio y Bernabé se dirigieron automáticamente a la cocina y Vidal, Hugo y Justo fueron a las mesadas para amasar. A Alfredo le correspondía hornear junto a los primeros, pero esa mañana quería hablar con sus dos cómplices, por lo que le pidió a Justo un cambio de labores por ese día. El cambio lo habían hecho en más de una ocasión y Alfredo había tomado el recaudo de pedírselo a Justo aunque fuera una vez por semana desde hacía un mes para generar una costumbre.

—No tengo ganas de estar en la cocina hoy —desalentó Justo.

Alfredo arqueó las cejas y comprobó que Hugo y Vidal hacían lo mismo.

—Vamos, Justo, ¿por qué no?

—Simplemente por lo que te acabo de decir. ¿O no me escuchaste acaso? No tengo ganas y punto.

—Pero dale, si sabés que es más fácil el trabajo en la cocina... —intentó Alfredo.

—Dale, Justo, andá a la cocina —se entrometió Vidal y recibió un codazo de parte de Hugo.

—¿Qué pasa que quieren con tanto ahínco que me vaya a hornear en vez de amasar? —replicó Justo y observó a los demás de manera inquisidora— ¿Qué tiene de especial esta mañana?

Esa pregunta los dejó perplejos. Antes de que Alfredo pudiera formular una respuesta, Justo se persuadió inesperadamente.

—Bueno, está bien. Voy a la cocina. Pero acordate que mi lugar es éste y si nos llegan a ver los guardias que cambiamos de posiciones sin el consentimiento de ellos se puede armar un gran lío.

Cuando se fue, los tres amasadores se miraron. Vidal hizo una mueca queriendo decir que al fin algo salía bien ese día. Sin embargo, Alfredo y Hugo desconfiaban de la rápida y dudosa concesión de Justo.

VII

—No hay nada más lindo en el mundo que Mariana. Ni un lago transparente lleno de patos y cisnes revoloteando, ni un planeador en medio de montañas verdes infinitas, ni un baño de inmersión repleto de espuma y burbujas en el aire con una copa de vino en la mano y con el Varón del tango de fondo. Mariana era mi desafío. Todas las mañanas me despertaba imaginando (quizás desde antes de despertarme, también) qué estaría haciendo esa mujer de la cual me separaban tres paredes. Algunos días tenía la grata sorpresa de salir de mi departamento y encontrarme con ella lavando su ropa en el patio. A veces me avivaba: espiaba a través de la cortina antes de salir y si la veía a ella con el jabón federal yo también agarraba ropa sin fijarme siquiera si estaba sucia. Eran esas veces las que yo podía aprovechar para entablar un mínimo diálogo con ella. Soy muy tímido ¿sabés? A mí no me sale decirle cosas a las mujeres así por que sí. Si me das tiempo para pensar lo que tengo que decir, o si pudiera piropear por escrito, ahí sí ¿me entendés? Pero cuando la tenía enfrente de mí con esa sonrisa o no, me temblaban las piernas y las palabras que elegía cuidadosamente la noche anterior se me borraban de la mente y me quedaba tartamudeando como un pelotudo. “¿Co-co-cómo andás Mari?” Sí, a veces me atrevía a decirle Mari. No sé si le gustaba. En esos casos no prestaba atención a las reacciones de ella, sino a las mías. Y me decía a mí mismo: “sos un necio, no tenés el valor de decirle lo que le tenés que decir, cobarde”. Odiaba a ese yo que me hablaba por dentro. Porque ese hijo de puta siempre es el más valiente, el que haría las cosas perfectas, el que tendría a todas las mujeres que quisiera y sería el tipo más exitoso si yo, mi verdadero yo, no arruinara todo con mis vacilaciones e inseguridades. Supongo que todos tenemos a uno de esos. Pero ¿sabés qué? Ese yo no existe, ese yo es un cagón, es un demagogo, porque si viviera en la realidad no tendría el coraje que aparenta tener cuando te martilla la conciencia.

Claro, porque el que tenía que hablar con Mariana no era ese sorete. Parezco un poco loco ¿no? Me peleo conmigo mismo, porque al final de cuentas ése era yo mismo, o lo que yo hubiera querido ser, pero no entiendo porque ese intruso que llaman conciencia siempre tira todo para atrás, siempre es pesimista. ¿No podría ser optimista y ayudarnos cada día? No, lo que siempre hace es machacarnos y recordarnos cada segundo lo inútiles que somos, lo faltos de confianza, de coraje etcétera, etcétera, ¿me entendés? Ojalá ése me dijera: “dale que podés, te falta un cachito más” o directamente “decile tal cosa” y me ahorraría el trabajo de pensar tanto para después cagarme en las patas y quedarme callado enfrente de ella como un autista. O aunque sea que me haga acordar de un buen chiste para que se lo cuente y que no parezca que yo soy el chiste. Soy malo con los chistes por si no lo sabías. Eso fue un chiste, aunque por tu expresión me parece que no lo entendiste, o peor: te pareció malísimo. Es que soy inseguro hasta para contar chistes. Antes de contarlos me da miedo de que no lo entiendan o de que sea pésimo y que yo parezca más idiota. Porque si no lo entienden por ahí en una de esas piensan que ellos mismos son ignorantes y que no soy yo el que no sabe contarlos o elige los peores sino que son ellos los que no están a mi nivel. Pero como verás todo se basa en mi inseguridad. Aunque prefiero hacer lo que acabo de hacer: contar un chiste y quedarme algunos segundos (a veces décimas de segundo) esperando tu reacción. Prefiero eso antes que reírme yo mismo de mi chiste. ¿Viste esa gente que cuenta algo y se ríe antes de terminar de contarlos, como para crear una especie de ambiente cómico y favorable a su anécdota? No sé si me entendés. A lo que voy es que me desagrada el tipo de persona que cuenta un chiste por ejemplo, cuyo inicio y desenlace ya conoce, por supuesto, por lo que no va a haber nada nuevo para él o ella. Quiero decir que ya escuchó ese cuento antes y probablemente se rió en su momento, una o diez mil veces. Pero si es él o ella el que lo cuenta ¿cómo se va a reír? ¿Si es él mismo el que lo cuenta! ¿Me explico? Es decir, que son aun más inseguros que yo. Porque yo a pesar de todas mis ataduras

me arriesgo al fracaso del cuento, al rechazo, a la desaprobación, a la eventual burla. Pero esos que se ríen durante o en el final de su chiste lo hacen para contagiar una risa que no se animarían a dejar a la libre elección del otro. Sí, sí. Sin dudas el miedo a no causar gracia es horrible, pero en mi opinión es preferible no hacerlo evidente. Hay que disimular los miedos ¿no te parece? Pero no quiero decir que hay que reprimirse, esconderse en uno mismo, sino controlar los miedos de uno para que todas las conversaciones no parezcan sacadas de un loquero. El loco acá parezco yo ¿no? Ya haciéndote esa pregunta, que creo que ya te la había hecho, demuestro mi inseguridad. Te hablo de la inseguridad con inseguridad, ¡qué plato! Pero todo esto venía a mi inacción para con Mariana. Para que te hagas una idea yo estuve doce años, casi trece, en esa vecindad. Ella se mudó allí tres meses después de que yo hubiera ingresado y siguió viviendo en la vecindad hasta que me detuvieron. Entonces, estimemos que ella fue mi vecina durante doce años y medio. El otro día sacaba la cuenta: son cuatro mil quinientos sesenta y dos días y las veces que la crucé lavando la ropa e intenté hablarle calculé que serían unas dos mil seiscientas seis, ya que hice un promedio de cuatro días por semana en los que yo “lavaba” mi ropa al lado de ella. ¡Dos mil seiscientas seis! ¿Lo podés creer? Supongo que te habrás enamorado alguna vez, y como ya sabrás, cuando uno está enamorado u obsesionado, saca una cantidad gigantesca de cuentas y maneja cientos de cifras, fechas y estadísticas insignificantes. Todos somos ingenieros, contadores, agrimensores y maestros mayores de obras cuando estamos enamorados. Dudo sin embargo que haya existido otro estúpido como yo. No creo ni que un mudo hubiera desperdiciado dos mil seiscientas ocasiones para hablar. Siempre lo mismo: esa vacilación cuando la miraba a los ojos; la sílaba “co” repitiéndose incesantemente en cada inicio de las conversaciones; el rojo de mis mejillas. Habrá pensado que soy tartamudo. ¡Eso es! Por eso me sonreía seguramente: por lástima. Pensaría: “Pobre tarta, está al pedo y se pone a lavar ropa limpia”. Lo único que quiero hacer es salir de este lugar, tocar la puerta de su depar-

tamento y cuando ella salga mirar sus ojos musgosos y decirle “No soy tartamudo”. Nada más, ni siquiera encajarle un beso de esos de película porque me daría un trompazo. ¿Cuándo viste en una película que uno de esos galanes reciba una cachetada? En todas pasa lo mismo, los dos se alejan, piensan en lo mucho que acaban de perder y cuando están a ochenta y cuatro metros se dan vuelta en el mismo instante, corren y se besan apasionadamente, títulos, dirigida por tal, producida por Magolla y se terminó. Qué mentira. En la realidad no pasa eso. Te das vuelta a los ochenta y cuatro metros y ella ya se tomó un taxi. Pero es entendible: si una de esas películas mostrara que ella se toma el taxi y que no va a volver nunca, ¿qué nos queda? A todo el mundo se le acabarían las esperanzas, porque ¿quién no quiere darle un beso a la mujer que le gusta, que le costó tanto conseguir y que a los cinco segundos diga “Fin” y que todos lo aplaudan? Fin las pelotas. Después viene lo complicado. Porque parece que ese primer beso es la panacea y que después se acabó la historia. En la realidad la historia continúa y no hay aplausos fútiles. Digo fútiles porque nunca entendí por qué la gente aplaude en el cine cuando termina una película. ¿A quién aplauden? ¿Al director, que probablemente esté a diez mil kilómetros de la sala? ¿O a los actores, que quizás ya estén podridos en sus ataúdes?

CAPÍTULO 3

I

La mudanza consistió en vestirse con la ropa del día y salir corriendo luego de una discusión de tono elevado. Como era de esperar, los padres de Vidal no estuvieron de acuerdo con que el joven de diecisiete años se fuera de la casa.

Durante los primeros meses de convivencia, Vidal y Karen experimentaron constantemente las liberaciones de endorfina comunes a cualquier aventura, pero cuando ya habían pasado el año de libertad y el hambre y las emanaciones de los cuerpos comenzaban a tomar preponderancia en desmedro del sexo a toda hora y la falta de reproches de una autoridad ahora inexistente, la pareja comenzó a tener sus primeras fisuras.

—¡Conseguite un laburo, pajero! —solía aullar Karen.

—¡Y vos hacé de puta que nos hacemos millonarios! —era la típica respuesta de Vidal.

Pero a la hora de acostarse, los jóvenes se daban a menudo una tregua para hacer el amor y dormir. Si una noche no hacían las paces, corrían una carrera violenta, en la que se arrojaban con zapatos y objetos puntiagudos de clase media/baja para ocupar la cama de plaza y media. El que perdía dormía en la superficie improvisada con dos sillas de mimbre de la cocina-comedor-salón de estar.

II

Alfredo volvió acompañado de Tito, que le hablaba de las deudas que había contraído Quijano comprando revistas pornográficas.

–¡Los del fisco no lo dejan ni hacerse la paja! –rió Tito y Alfredo sonrió automáticamente para fingir que estaba escuchando. Pero no lo hacía: esa mujer le había hecho revolver el estómago como en sus tiempos de adolescencia. Él quería a su esposa Rita, pero ya no sabía si era por costumbre.

Llegaron a la puerta de la casa de Alfredo y se dieron la mano.

–Mañana vamos al bar de Pedro, de cabeza. Ahí sí que hay queso suizo, y del mejor –dictaminó Tito.

–Bueno –respondió Alfredo con los párpados caídos–. Chau.

Cerró la puerta de calle y lo recibió Rita, una mujer entrada en carnes y de voz parecida al sonido de un silbato.

–Tengo algo para contarte, no sabés –su esposa omitió el saludo.

Alfredo se dirigió directamente al baño sin siquiera mirarla, mientras la mujer le relataba un chisme, como todas las tardes. Le cerró la puerta del baño en la cara pero no detuvo los grititos de la emocionada mujer. Se miró al espejo y se preguntó qué diablos le estaba pasando. No podía sacarse de la cabeza la imagen de esa muchacha mirándolo fijamente. No recordaba otra mirada de pitonisa como esa. En cuanto a Rita, hacía años que no la veía directamente a los ojos, pues aquélla usaba unos anteojos del grosor y el tamaño de una claraboya que además siempre estaban llenos de harina o de moco. Ya casi no recordaba el color de los ojos de su esposa. Ni que hablar de la lengua frotando suavemente la cuchara de café. ¡Ah! Esa imagen se le repetía una y otra vez. Orinó sin dejar de observar la cadena del retrete y luego se detrajo al comprobar que había regado el piso y sus zapatos: ni una sola gota había ido a parar adentro del inodoro. Después de limpiar el desastre con papel higiénico, se empezó a afeitarse, cuando ya estaba pronto a terminar, un grito de su mujer lo estremeció y le hizo cortar el mentón: “¡La hija de Rosa está embarazada!”. Alfredo la maldijo y la señora abrió la puerta, desentendida.

–¡A mí qué mierda me importa! –rugió Alfredo, el cogote ensangrentado.

III

Tras algunas noches de diálogos frustrados con Tacio, Victoria y Raúl conversaron por primera vez del accidente. Habían pasado casi cuatro meses desde ese día y aún no habían tocado el tema: sabían que no iba a ser fácil. Como Tacio había quedado sordo, no tenían problema de hablar semejantes barrabasadas enfrente de él, siempre y cuando estuviera dormido, no fuera a ser que el desventurado leyera los labios.

—¿Qué hacía ahí? Si trabajaba a esa hora... Encima a una cuadra de mi casa sin el auto. Nunca aparecía en casa sin haber avisado. Para colmo el tipo que lo atropelló dijo que Tacio estaba corriendo en la dirección opuesta de la calle que va a mi casa. Es decir que volvía, se iba desde casa.

—Tranquilízate, Raúl. Poniéndonos nerviosos no vamos a resolver nada.

—¿Y cómo hacés vos para estar tan serena? ¿Te das cuenta de lo que por ahí pasó?

—Sabés por qué estoy mansa, Raúl? Porque desde aquel día vengo pensando lo peor. Ya consideré tres millones de posibilidades. Lo que me estás diciendo ya lo evalué una y otra vez. No es nada nuevo para mí.

—¿Creés que te estuvo persiguiendo? Y si así lo hizo, ¿fue la primera vez? ¿Cuánto hace que te persigue?

—Basta, Raúl. Parecés un policía. Yo sé lo mismo que vos. ¿Cómo voy a saber si me persiguió antes? ¿Vos pensás que si yo hubiera sabido que me perseguía hubiera ido alguna vez más a tu casa?

—No estoy diciendo eso Victoria. Pero me estoy imaginando cosas horribles.

—Bueno, mi amor, pero tranquilízate. Prometeme que te vas a tranquilizar, ¿dale?

—Te lo prometo. Pero hay que hacer algo.

—¿Hacer qué?

—Decirle la verdad, de todo.

—¿Estás loco? Además, ¿qué querés decir con todo?

–Ya sabés lo que quiero decir. Todo es todo, ya sabés.

–Es una locura.

–Esto fue siempre una locura. Ni a Sófocles se le hubiera ocurrido un caso como el nuestro.

–No le podemos decir semejante cosa, Raúl.

–No digo que sea fácil.

–Aparte, ¿cómo le pensás decir algo si está sordo?

–Pero, por favor, hay mil maneras de comunicarse con un sordo. Acá el problema no es cómo comunicarnos sino qué comunicar.

–“No es cómo comunicarse sino qué comunicar”, ¡oh! –se burló Victoria.

–Estás insoportable.

–Me parece que tengo alguna que otra justificación.

–¿Ves? Siempre haciéndote la víctima vos. Siempre fui yo el culpable acá. Vos lo engañabas a tu esposo con tu hermano pero era yo el que tenía la culpa. Le hiciste creer durante diez años que tenía dos hijos hermosos cuando en realidad no eran más que sus sobrinos.

–Cortala, Raúl –dijo Victoria sollozando.

–No, no la corto. Mirá cómo lo grito: ¡Tacio, hermano mío, tus hijos no son tuyos, son míos, los tuve con la puta de tu esposa!

–¡Sos un sorete, Raúl! –lloró Victoria.

En ese momento Tacio tosió e instantáneamente reinó en la habitación un hondo silencio. Luego de siete u ocho tosidos, Tacio se irguió en su lecho y lanzó un vómito. Raúl salió disparado en busca de la enfermera y Victoria permaneció en el cuarto tratando de servir para algo en medio de sus lloriqueos. Cinco minutos después la enfermera ya había limpiado todo y el médico revisaba al descompensado. El servicio era muy bueno, pues era privado y lo pagaba Raúl, quizás para limpiar de alguna forma su conciencia.

–No es nada –dijo el doctor–. ¿Ustedes le han estado dando galletitas o algo por el estilo?

–Esta tarde le convidé un polvorón –recordó Victoria mordiéndose

las uñas de una de las manos. Con la otra se apretaba el vestido y lo retorció.

—Bueno, no le den nada por unos días. Se va a tener que conformar sólo con la comida del hospital que por cierto no es mala. Ante cualquier eventualidad, consulten a su médico —bromeó el hombre y se retiró al pasillo. Quizás ése era el momento menos apropiado en las vidas enteras de Victoria y Raúl para hacer un chiste tan malo.

La enfermera merodeó algunos minutos más ya que estaba aburrída, sonrió y se fue.

—La puta madre —caviló Victoria—. Por un momento pensé que nos había escuchado.

—Lindo sería ¿no?

—No jodas, Raúl.

IV

—Che, Bernabé: oíme.

—¿Qué te pasa?

—Tengo algunos presentimientos.

—Y resentimientos también.

—Escuchame cuando te hablo.

—No me queda otra. A veces envidio al sordo.

—Bueno, basta. Estuve enterándome de ciertas cosas.

—¿Cómo qué?

—Algunos rumores.

—¿Vas a seguir haciéndote el misterioso o vas a hablar de una puta vez?

—Sabés que no me gusta que utilices ese lenguaje cuando hablás conmigo.

—No es la muerte de nadie, Justo. Siempre con las mismas pavadas. Si digo “mierda”, ¿qué pasa? ¿Un pendejo pierde un brazo? ¿El Banco Central cae en bancarrota? ¿Josecito Patasucia, habitante de Bratislava, se saca un tres en matemáticas?

—No, a ellos no les ocurre nada. A vos solo.

—¿Qué me “ocurre”, a ver?

—Ya lo sabrás en el día del juicio final.

—Macanudo.

—Hace algunas semanas que vengo prestando bastante atención a las conversaciones de Alfredo y Hugo.

—¿Y?

—No sé si lo habrás notado, pero los últimos partidos de escoba de quince me los ganaste todos, y era yo el que siempre ganaba.

—Por favor, relacioná la escoba de quince con el hecho de que te hayas enterado de “ciertas cosas”.

—Es simple, Bernabé: vengo perdiendo a la escoba de quince hace veintitrés días exactamente, salvo cuando jugamos al truco contra ellos, porque mientras juego contra vos, en realidad estoy tratando de descifrar lo que dicen aquellos.

—Es decir que estuviste parando la oreja. ¿No está mal eso, don Paladín de la Justicia?

—No está mal si es para una buena causa.

—¿Una buena causa?

—Yo no lo llamaría “parar la oreja” o “espíar”, sino comprometerse con el proceder de las buenas acciones.

—¿Qué?!

—¿No me entendés? Por ahí el ejemplo que te voy a dar no es el más correcto: es la diferencia entre una mentira piadosa que se dice para que algo se desarrolle dentro de los parámetros de lo que se considera “el bien” y una mentira que se dice para tapar algo sucio, una mala acción, es decir, una mentira que se desarrolla dentro de los parámetros de lo que se considera “el mal”.

—Estás chiflado, pero creo que te entiendo.

—Bueno, mejor. Entonces, me entendés cuando te digo que estuve escuchando ciertas cosas pero no metiendo mis narices donde no corresponde, sino por el contrario, interviniendo en forma pasiva (por ahora) en un

hecho malvado para intentar transformarlo en una buena acción o directamente erradicarlo. Creo que un hecho como éste no se puede transformar en una buena acción, por lo que sólo nos queda la opción dos.

—¿Qué escuchaste? Decíme de una vez.

—Creo que Hugo y Alfredo están planeando escaparse de la cárcel.

V

—Escuchame, pendejo —Hugo rompió el silencio—: ¿te das cuenta de lo que casi acabás de hacer? Por culpa tuya se va a pudrir todo. No tenemos ganas de que un bobalicón como vos nos eche todo a perder, ¿me entendés? No vas a cortar nuestra ilusión tan estudiada, moldeada y añorada, valga la redundancia. Hoy es el día “D”, aunque no creo que sepas qué carajo es el día “D” ni adónde queda Normandía. Pero que te quede bien en claro que si hoy arruinás el estofado, voy a justificar con mis propias manos el hecho de estar acá adentro encerrado. “Justificar”. Hice hincapié en esa palabra, queriendo decir que si te mato mi condena va a pasar a ser justa ¿me entendés? No me banco ni un solo día más estar acá por algo que no hice y no vas a ser vos el que me obligue a pasar el resto de mi vida encerrado. Gracias por tu atención.

Vidal continuó con la misma cara de asombro y no pronunció palabra.

—Tiene razón Huguito, nene —intervino Alfredo en un tono paternal cuya intención sin lugar a dudas era tranquilizarlo—. Calmate ¿querés? Faltan dieciséis horas para despedirnos de este antro. Diez y seis. Si empezás así vas a terminar el día con los huevos colgando. ¿Y sabés quién te los va a colgar? Yo mismo.

Quizás Alfredo se excedió un poco en su empresa aplacadora.

—Sos un imprudente —Hugo prosiguió con el sermón—. Hoy, justo hoy se te ocurre insultarlo al lunático ese de Sergio. ¿Qué pensabas que ibas a lograr diciéndole semejante cosa? ¿Una medalla? Ah, entonces te felicito, pibe. ¡Qué corajudo que sos! Ojalá todos fuéramos tan valientes.

–Bueno, bueno –intentó excusarse el muchacho–, es que estaba muy nervioso. Yo no sé nada de escapes...

–¡Shhh! –lo calló Alfredo– Hablá más bajo chambón a menos que quieras que alguien escuche.

Vidal cayó en la cuenta de que no le quedaba más opción que permanecer mudo y tratar de no meter la pata. Ante el silencio, Hugo concluyó:

–No tenemos que hacer nada que no hagamos todos los días. Terminamos de trabajar, almorzamos paciente y asquerosamente como todos los días y después vamos a la sala de juegos. Hoy háganse perder los dos a las damas o a lo que jueguen. No vaya a ser que generen una riña en el salón y se arruine todo, ¿me entendieron? Va para vos también, Alfredo, que sos bastante calentón. Hoy no te cartees, si te tocan tres cuatros todas las manos, aguantátela. Hoy perdé todos los partidos que mañana los vas a ganar en una cantina o en el estrecho de Gibraltar. Pierdan, ¿me entendieron? Pierdan, pero tampoco exageren, porque eso también generaría algún tipo de sospecha, y mayor, imaginate: hace cuatro años que le haces trampa y lo insultas a Bernabé cuando juegan a las damas. Si hoy le decís “Fuiste un justo ganador” o “Ganó el mejor” o le das la mano, inmediatamente le avisa al guardia. Ni buenos ni malos, ¿me entendieron?

–Hugo, quedate tranquilo que si hoy no es nuestro gran día no va a ser por culpa mía.

–¿Y vos Valentín? –ya más sereno, Hugo intentaba animar a quien de todos modos no era un enemigo sino un aliado lamentablemente clave– ¿Entendiste el punto?

–Sí, señor –respondió como si estuvieran en un cuartel.

–Tampoco me trates de señor. Soy un preso como vos, pero si hacemos lo que acordamos vamos a dejar de serlo.

Cuando la cháchara estaba llegando a su fin, apareció en la puerta de la panadería una silueta que los presos inusualmente veían. Ese hombre nunca había entrado al salón de las mesadas donde los reclusos del

pabellón azul amasaban. La expresión de embebecimiento que manifestaba Vidal hacía instantes se transmitió en igual forma a los rostros de Hugo y Alfredo.

El hombre, excesivamente alto y macizo, no tuvo que emitir ningún sonido para que se hiciera silencio. Los contempló uno por uno, se rascó la barbilla y el bigote canoso e interrogó con total normalidad a los reos.

—¿Por qué tienen las manos limpias? ¿Por qué sus uñas no están repletas de harina y levadura? ¿Es por lo que yo imagino?

La continuidad del silencio hizo que el hombre subiera el tono de su pesquisa espontánea.

—¿Es por lo que yo imagino, carajo?!

—Sí, comisario —dijo Hugo.

—¿Cómo me llamó, delincuente? —espetó Enrique Froilán, la máxima autoridad del penal.

—Señor comisario, señor. Perdone usted, señor comisario, le quise decir “señor comisario” y no sólo “comisario”, señor comisario. No fue mi intención propasarme, señor comisario. Le tuve que haber dicho sin vacilar señor comisario, señor comisario.

“La puta madre”, pensó Alfredo.

Al comprobar que Hugo estaba realmente arrepentido, el comisario se apiadó.

—Está bien, está bien. Pero que no se vuelva a repetir ¿entendido?

—Entendido, señor comisario —respondió Hugo sumiso, sabiendo que si Alfredo hubiera sido el que le había dicho “que no se vuelva a repetir” él lo habría corregido: le habría dicho que estaba mal decir esa frase, pues para que esa acción se volviese a repetir tendría que haber ocurrido dos o más veces. Pero no consideraba conveniente corregir al comisario.

—Lo que no está nada bien es que aún no hayan comenzado a trabajar. Me comunicaron que esta mañana los internos del pabellón azul ingresaron a la panadería a las siete y dieciséis. Eso quiere decir que

ingresaron seis minutos después de lo estipulado. La justificación que me dio el guardia fue “Incidentes menores con uno de los reclusos”, que si llega a ser uno de ustedes va a estar en problemas. La cuestión es que ya son las siete y veintidós y ustedes tres no han siquiera amasado un solo centímetro. No creo que haya manera de que puedan justificar esa inoperancia, entonces voy a proceder a llevarlos a mi despacho para explicarles el debido castigo que van a recibir.

Mientras Froilán remataba el veredicto, Vidal observó que Justo los estaba mirando por la rendija de la puerta que daba a la cocina. No sólo estaba agazapado siendo testigo de algo que no le incumbía, sino que estaba sonriendo. No se trataba de una sonrisa de júbilo ni de diversión: era una mueca de alguien que se contentaba de ver a su rival en el piso, destruido y sangrando.

—¡Annunziati! —aulló el comisario, llevándose la radio a la boca— Llámelo a Porrigo y venga de inmediato a la panadería.

Annunziati apareció con la cara de alguien que ha visto la muerte de cerca.

—¿Adónde carajo está Porrigo?

—Está viniendo, señor comisario, tuvo una emergencia, usted me entien...

—¡Cállese, idiota! Lleven a estos tres a mi despacho ya mismo. Tenemos un código naranja.

“¿Naranja?” se preguntaron los presos, pues no sabían de qué estaba hablando Froilán. Al parecer, por el arqueado de sus cejas, ni siquiera Annunziati sabía qué significaba ese enunciado. O tal vez se trataba de algo muy grave que, al ocurrir con muy poca frecuencia, merecía una expresión de asombro. Ya fuera por una u otra razón, la sorpresa en el rostro de Annunziati llamó más aún la atención de los tres castigados.

Cuando a los pocos segundos Sergio arribó al lugar de la acción, no pudo evitar sentirse parte del inusitado rapapolvo.

—¡Conque a los nenes no les gusta cumplir con las reglas! Ya van a ver holgaz...

–¡Porríco! –interrumpió Froilán antes que Sergio continuara con sus alegorías apocalípticas– ¡Cállese la boca! Yo no le di la orden para que hablara, sólo establecí que llevaran a estos tres reclusos a mi despacho inmediatamente, ¿me entendió?

Sergio aborrecía a ese grandote. Era el único que lo llamaba por su apellido ridículo y para colmo delante de los presos.

–Sí, señor comisario, discúlpeme –dijo masticando bronca, pero disimuladamente.

–Llévenlos –selló el comisario.

CAPÍTULO 4

I

–Valentín –susurró Karen y Vidal se extrañó, pues hacía años que no lo llamaba de esa forma. Estaba habituado a “bombón”, “hijo de puta”, “amor” o “pajero”.

–¿Qué pasa, linda? –lisonjeó Vidal por las dudas.

–Te tengo que contar algo –Karen siguió hablando con el mismo volumen, pero miró el suelo.

–¿Qué?

–No creo que te guste...

–¿Cómo? ¿Qué pasa? –Vidal se empezó a agitar– ¡Ya sé! ¡Me estás engañando con alguien!

–No, Vale, nada que...

–¿Vale?! –gritó el joven– Si me decís Vale es que me estás recontra cagando.

–Pero, ¿qué te pasa, nene? ¿Por qué saltás así?

–Es mi culpa ahora, ¿no? Vos me cagás y yo soy el que salta.

–¿Quién mierda te metió en la cabeza que te estoy cagando? ¿Y por qué te ponés así?

–Me decís “Vale” y que me tenés que decir algo que no me va a gustar, ¿cómo carajo querés que me ponga?

–Si no me dejás hablar...

–Ay, nena, ¡odio cuando te hacés la histérica!

–¿Yo, histérica? ¿Quién es el que está gritando como un caprichoso?

–¡No estoy gritando!

–Te tendría que estar grabando...

–Por qué no te vas a cagar, mogólica. ¿Qué te hacés la superada?

–No me hago la superada –Karen lo miró de soslayo y meneó la cabeza.

–Me revienta que te la creas, nena

–Y a mí me revienta que seas tan inmaduro, flaco.

–¡¿Flaco?!

–Sí, flaco.

–A mí no me decís flaco como si fuera uno más, ¿eh?

–Te digo lo que se me canta, flaco. ¡Flaco, flaco, flaco!

–Cortala, nena, o si no...

–¡Uy! O si no ¿qué?

II

A la mañana siguiente, Alfredo recibió los rayos del sol en su cara con una inquietante impresión de suciedad que no experimentaba desde los tiempos de su pubertad. Se levantó la parte anterior del calzoncillo solapadamente y comprobó lo que temía pero creía casi imposible: había tenido una polución nocturna tras soñar con la rubia del bar del día anterior. Permaneció pasmado con la braga levantada, ya que hacía años había tenido la certeza de que eso no le volvería a ocurrir, y su mujer, bostezando y hablando en un tono más grave que de costumbre, lo despabiló.

–¿Qué andás revisando vos?

Con un movimiento violento, Alfredo soltó el calzón y sin evitar ruborizarse, se excusó.

–Nada. Me voy a bañar.

A Rita le pareció extraño que su marido quisiera asearse en ese momento, pues nunca lo hacía antes de desayunar.

–Pero, pará, nene, ¿por qué el apuro? Tomate primero un café con leche.

–No, hoy me quiero bañar primero.

–¿Por qué? ¿Qué te pasa, Alfredo?
–Me pica el bicho, eso es lo que me pasa –contestó el hombre encogiéndose los hombros, a la defensiva.
–¿Y se puede saber por qué te pica el bicho? ¿Acaso ahora tenés ladillas?
–Pero Rita Hernández, ¡por favor! ¿Cómo voy a tener ladillas si hace meses que no hacemos el amor?
–Por eso mismo, andá a saber adónde anduviste metiendo el coso.
–Callate, ¿querés? No me hagas enojar y andá a preparar las tostadas que no me tardo.

III

Tacio regresó a su casa luego de varios días en los que lo único que hizo fue ver a los traidores llorar.

García, su jefe, le extendió la licencia por unas cuantas semanas. En realidad ya había conseguido a un reemplazante, pero no quería darle la mala noticia a Tacio hasta que se recuperara del accidente. Nunca tendría la oportunidad de decirle que su trabajo como fabricante de pastas había dejado de existir. Pero Tacio ya ni se acordaba que solía trabajar, él sólo quería vengarse de aquellos bellacos. Tenía todo el tiempo del mundo para erigir un plan en esa alcoba que parecía una bóveda con él dentro del ataúd y los demás llorando y gimiendo a sus costados. Solamente faltaba que arrojaran flores a su alrededor.

Él no creía en esa congoja, sabía bien que esos dos querían purgar sus conciencias, que lo que les dolía nada tenía que ver con él.

Ya no tenía razón para permanecer todo el tiempo echado como un perro viejo, pero Victoria y Raúl no lo sabían. Para ellos Tacio estaba peor que muerto: la presencia de él allí les recordaba cada día la vileza de sus acciones pasadas. Victoria no se atrevía a salir de la casa por más de media hora, puesto que aunque no tenía la certeza de que Tacio supiera del horrible engaño, pensaba que si se demoraba él sospecharía.

Sin embargo, Tacio ya había tomado la decisión y no había conducta compasiva o misericordiosa que lo aplacara y detuviera su plan. Estudió con paciencia todos los movimientos de los habitantes de su casa y de su hermano: Victoria se levantaba a las seis y media, se duchaba y se cambiaba. Más o menos a las siete sonaba el despertador de los chicos; éstos solían bajar a desayunar a las siete y cuarto. Luego de servirle el desayuno en la cama a él y acompañar a los chicos hasta la escuela y volver, Victoria barría la vereda, enceraba los pisos y lavaba los platos de la cena anterior. Luego escuchaba la radio un rato y tejía. A las diez iba a hacer los mandados. Diez y media abría el ventanal de la habitación para que entrara un poco de aire. De diez y treinta y cinco a once el itinerario podía variar, pero éste consistía generalmente en telefonar a alguna amiga, cebar algunos mates o llorar al borde de la obsoleta cama matrimonial. Después de las once le daba de comer al canario y comenzaba a cocinar. Encendía el televisor, que permanecía prendido hasta las cuatro y media de la tarde, y miraba o no un gran número de telenovelas provenientes de las más variadas etnias. Doce y media volvían los chicos y almorzaban los tres. Él almorzaba, también, acostado. Lo que pasaba de dos a cuatro y media no era de su incumbencia pues él dormía la siesta. Usualmente se despertaba y el traidor se hallaba sentado enfrente de él en el sillón hamaca de mimbre. Cuando Raúl advertía que él se despertaba, convertía raudamente la expresión de su rostro aburrido en una sonrisa débil. A continuación aparecía Victoria, la cara pálida, portando una bandeja con café con leche y galletitas o medialunas. En algunas ocasiones sólo mate. Las veces que iba Raúl el ambiente era de mayor tensión: solamente abrían la boca para beber, succionar o comer. Para Victoria y Raúl era inútil querer comunicarse con el accidentado, y Tacio no tenía ningún interés en intercambiar con éstos nada más que un vigilante, una bola de fraile o la azucarera. Pasado un rato Raúl se paraba, hacía un ademán a su hermano y se marchaba. Sin falta, Victoria lo acompañaba a la salida y volvía a los diez minutos. Bastarían treinta segundos o cuarenta a lo sumo para bajar las escaleras

y salir de la casa, pero Victoria tardaba diez minutos. Era ese lapso el que Tacio consideraba apropiado para vengarse: el único momento del día (quizás) en que estaban los dos juntos y que tenía que aprovechar.

IV

—Yo sólo quiero decirle que no soy tartamudo y punto. Seguro que si me abre la puerta mi mandíbula temblequea como un ala de colibrí y le digo “No-no-no so-so-so-so-soy ta-ta-ta-tar...” ¡Ja! Qué desgraciado soy. Bueno, después de esta introducción en la que indudablemente te aburrí y en la que supongo habrás inducido más o menos qué tipo de personalidad tengo, paso a contarte el motivo por el cual estoy en este momento enfrente tuyo en vez de estar nadando en una pileta llena de champán rodeado de cinco supermodelos abanicándome. Homicidio. No es que haya matado a nadie, pero la ley así lo cree. Te preguntarás cómo un tipo como yo puede matar a alguien, si no tengo la determinación ni para hacer un panqueque.

Pasó el último diciembre en que estuve en libertad. Todos en la vecindad, menos la vieja del dos, admirábamos cada fin de año los fuegos artificiales. ¿Quién no quiere ser un pájaro o una cañita voladora? Todos los años brindábamos juntos a la hora cero del año nuevo en el patio y nos deleitábamos con la pirotecnia. Los chicos de Horacio y Anastasia gritaban como locos y correteaban; Manuel fumaba más que nunca; Aquiles se mamaba sin falta y la madre también; Mariana le sonreía al cielo y yo alternaba entre esas dos bellezas. La vieja se quedaba en su cueva refunfuñando. Todo eso se repetía cada año y era magnífico excepto por una cosa: no éramos nosotros quienes tirábamos los cuetes. El propietario de la vecindad, Aguirre, nos lo prohibía. Ni siquiera a los nenes les permitía tirar esos porotitos que son menos peligrosos que una vaquita de San Antonio. ¡Este Aguirre, también! Qué terco. Le insistimos cientos de veces, pero siempre nos respondía lo mismo

“Si llegan a incendiar la vecindad ¿quién va a pagar los costos de reparación? ¿Ustedes?”. Parecía que tuviera esa frase grabada en las cuerdas vocales, el guanaco. Bueno, la cosa es que el último año que estuve yo al tipo le salió no sé qué trabajo en Porto Alegre, entonces no podía estar controlando si andábamos tirando cuetes o cavando una fosa de ocho metros de profundidad en el patio. Con Horacio y Aquiles decidimos poner manos a la obra y comprar una buena cantidad de pirotecnia para sacarnos el gusto reprimido por tantos años. Pero antes de que pudiéramos adquirir un solo petardo, Horacio abrió la boca: le contó a su mujer que iríamos al centro a comprar fuegos artificiales. Y si Anastasia se enteraba de cualquier cosa, relevante o nimia, por añadidura se enteraban todos los vecinos. Ella, Margarita, Manuel, Mariana y hasta la vieja del dos nos vinieron a pedir explicaciones, como si hubiéramos derribado la muralla china. Nos recriminaban porque queríamos desacatar las órdenes de Aguirre y les contestamos lo obvio: que hacía años que todos queríamos disfrutar de nuestros propios fuegos artificiales y que ésa era la oportunidad perfecta. Mariana y Margarita lo entendieron perfectamente, ellas sólo querían ser parte de nuestro plan. Manuel estaba resentido porque lo habíamos dejado de lado como a una mujer. Era totalmente machista, me acuerdo que en esa asamblea dijo: “No soy una mina, che”. Casi lo acribillaron las damas, viste cómo se ponen en esas situaciones. A Anastasia no le gustaba romper ninguna regla y nos costó un huevo convencerla. En realidad, lo obligamos a Horacio a que la convenciera: era lo mínimo que podía hacer después de semejante metida de pata. Pero a la vieja del dos no la hubiera convencido ni la aparición de la Virgen. Era la alcahueta de Aguirre y lo único que hacía además de quejarse era andar figoneando en busca de algún dato que pudiera significar un posterior reproche de aquel hacia alguno de los inquilinos. Si esa vieja hubiera tenido una ametralladora nos habría cagado a tiros a todos, empezando por los nenes de Anastasia y Horacio. Para que no botoneara le dijimos que no compraríamos nada, que ella tenía razón y que el asunto era peligroso. Ella no estaba en todos sus

cabales, así que pensó que le decíamos la verdad y se calmó. Por las dudas decidimos no hablar del tema hasta que Aguirre se fuera a Brasil. Se iba el veintiuno o veintidós de diciembre, si mal no recuerdo. Cuando por fin se fue, pusimos manos a la obra. Margarita se encargó de juntar la plata: eran tantas las ganas de tirar cuetes que teníamos que pusimos treinta mangos cada uno, es decir, treinta mangos por departamento. Hasta Manuel quiso participar a pesar de su resentimiento por la marginación inicial. Entonces en total teníamos ciento cincuenta pesos. Ese dinero no alcanzaba para volar la ciudad, pero era suficiente para satisfacernos a nosotros, que sólo queríamos ver qué se sentía tirar nuestra propia pirotecnia. Viste cómo es: a vos te puede gustar ver cómo un pibe remonta un barrilete, pero te gustaría mil veces más remontarlo vos. Bueno, algo por el estilo, ¿me entendés? Aquiles, Horacio, Manuel y yo fuimos hasta la casa esa en la que venden cuetes y te atienden esos muchachos emocionadísimos de encontrar un loquito como ellos. Les compramos de todo: cañitas de cualquier tipo, rompeportones, esos Pipi Pipi que tiran los chicos, petardos y demás chirimbolos. Cuando salimos del negocio nos miramos y reímos entusiasmados como unos nenes. Qué poco nos hacía felices, al menos por esos días. Además compartir cosas como esas con otra gente lo hace más divertido y emotivo. Por ahí es una estupidez, pero si lo organizan entre varios y puede salir mal, se disfruta mucho más que haciéndolo solo, ¿me entendés? La pirotecnia me la quedé yo en casa. No queríamos que los pibes supieran porque iban a hinchar las pelotas, y faltaba una semana todavía para el treinta y uno. Imaginate a cinco pibes rogando una semana: no hubiéramos aguantado. Además no queríamos que la vieja se enterara todavía, iba a ser peor que todos los pendejos juntos. Enterarse se iba a enterar, porque los cuetes los íbamos a tirar en el patio de la vecindad. Era más adecuado ahí que en la vereda, no sé por qué, era más íntimo supongo. Guardé los cuetes abajo de mi cama en un baúl con llave para protegerlos de algún ansioso y de mí mismo, no fuera a ser que por tenerla tan al alcance de mi mano no aguantara la tentación y tirara algún

petardo. Pero mirá si los demás también eran grandulones: te acabo de decir que la guardamos para que los pibes no pidieran a cada rato y ¿sabés qué? Aunque sea una vez Horacio, Manuel, Aquiles y hasta Margarita me vinieron a preguntar a hurtadillas si no les daba alguna cosita para tirar. Todos somos piromaniacos, en grados menores y mayores, pero absolutamente todos. Por desgracia quien no me vino a pedir nada fue Mariana, aunque creo que fue mejor que no viniera, porque si me pedía algo iba a ser difícil ponerme firme y negarle algo a esa preciosura. Mejor que no vino, sí, ahora que lo pienso. No obstante, la hubiera invitado a tomar unos mates, supongo, y le hubiera explicado por qué no le podía dar ningún cuete y ella se hubiera sorprendido de la sobriedad con que yo manejaba las cosas. Hubiera pensado: “Qué tipo responsable”. Pero no, seguramente yo habría tartamudeado. Gracias al cielo que no vino. Anastasia obviamente tampoco vino, esa santurróna... Seguro que se moría de ganas de hacer quilombo aunque sea con un Pipi Pipi, la reprimida asquerosa. Esa fue una semana larga. Viste que cuando ansiás que llegue un día que para vos es especial pareciera que alguien agarra el almanaque y lo pone en piloto. ¿Me explico? O quizás sea esa ley de Murphy de mierda. Pero finalmente llegó el día.

V

Los tres convictos ingresaron al despacho del comisario con las esposas triturándoles las muñecas. Era una habitación lujosa en la que sobresalía un retrato gigante del comisario Froilán.

Pasados algunos minutos de silencio escalofriante, el hombre abandonó su sillón y se paró delante de los presos. Alineados de izquierda a derecha, estaban Vidal, Alfredo y Hugo. El comisario los examinó uno por uno, de Vidal a Hugo y viceversa, unas cuantas veces antes de dignarse a abrir la boca. El comisario cambiaba su expresión en cada vuelta: en algunas, su rostro era serio e implacable, como si estuviera

pensando lo severo que iba a ser el castigo de aquellos; en otras arqueaba las cejas y se detenía, como si hubiera descubierto algo justo en ese momento; pero su rostro volvía a la dureza habitual y el proceso se iniciaba otra vez.

Por su parte, los presos no se atrevían siquiera a mirarse entre sí, pues no tenían idea de lo que podía pasar si el comisario los veía observarse.

Ya todos en esa sala habían perdido la noción de los minutos transcurridos en esa situación cuando Froilán decidió hablar.

—Usted, interno número cuatro mil seiscientos veintiséis: ¿me podría explicar qué hacía en el cuarto de amasar en vez de estar en la cocina, que es el lugar que le corresponde?

Alfredo había tenido tiempo para pensar una respuesta creíble para esa pregunta obvia.

—No es la primera vez que... —empezó.

—¿No es la primera vez?! —interrumpió el comisario exaltado— ¿Me está diciendo que ya ha cometido esta imprudencia en otra ocasión? ¡Oh, no, no, no! Esto es más grave de lo que pensaba.

Tomó el teléfono y discó tres números.

—¡Annunizati! ¡Avísele a Porrico y vénganse ya mismo a mi despacho! ¡Y traiga la llave del pabellón negro!

Luego de algunos segundos, se escucharon unos pasos torpes a través de la puerta del despacho.

—Cuarenta y siete segundos —dijo Froilán observando su reloj. Los guardias no supieron advertir si se trataba de un reproche o de un parabién. Tras decir eso, el comisario dejó pasar dos minutos y medio antes de volver a hablar.

—Los internos cuatro mil seiscientos veintiséis, cinco mil novecientos noventa y nueve y ocho mil doce serán trasladados al pabellón negro por tiempo indeterminado —dispuso.

La información tardó en llegar a los guardias que se quedaron perplejos, ignorantes de que eran ellos mismos quienes en ese momento debían actuar.

–¡¡¡Porrico y Annunziati!!! –tronó Froilán y eso bastó para que con agilidad, embarazo y sobresalto los guardias empujaran a los presos fuera del despacho.

CAPÍTULO 5

I

Fernando había llegado antes que él y no sólo había abierto la ferretería, sino que acababa de preparar mate. Esas eran las únicas veces que a Alfredo no le daban ganas de martillarle el cuero cabelludo. No soportaba a ese muchacho pero lo mantenía en su puesto ya que le pedía poco dinero, a pesar de ser un joven muy inteligente. Fernando había sido un típico niño prodigio que a los cuatro años ya memorizaba los nombres de los concejales de todos los municipios de la Europa Central, que a los seis podía contar hasta cuatro mil millones en menos de un minuto y que quería trabajar con el único motivo de apartarse por algunas horas de los libros, sin importarle el salario.

A Alfredo, que no había terminado el quinto grado, le molestaba sobremedida esa diferencia de conocimiento, pero lo que más le indignaba era la humildad de ese muchacho, que no se jactaba de conocer todos los colores existentes en el universo sin siquiera haber visto a algunos una sola vez.

Lo que hacía Alfredo en pos de sentirse mejor era convencerse de que todos los datos que se acumulaban en el cerebro de Fernando eran inútiles. Por lo menos una vez por semana le repetía el mismo aforismo: “De nada sirve saber la moneda nacional de Ceilán si uno después no puede asar un chinchulín”, y Fernando agachaba la cabeza y se preguntaba si ese hombre no tendría razón. Varias veces estuvo a punto de abandonar los libros por completo para dedicarse a cuidar su imagen y hacer amigos, pero desistió de la empresa un día en el que no pudo recitar de memoria los segundos hemistiquios del Cantar de mio Cid en sentido inverso.

Esa mañana, empero, Alfredo no atacó al ilustrado. Estaba pensando en la rubia del bar y Fernando lo supo: también sabía calcular las variables sentimentales de una persona de acuerdo a la cantidad de sus inhalaciones y exhalaciones por minuto.

—¿Problemas con el bobo, eh?

Por regla general Alfredo le habría respondido “No tengo ningún problema con vos ahora mismo”, pero ese día necesitaba confesarse con alguien sobre lo que le estaba pasando. Así que dejó su orgullo de lado y fue lo más sincero que pudo.

—Algo así.

—Soy todo oídos, si así lo desea.

Alfredo lo contempló y se atemorizó con sólo calcular qué podría pasar si sus pensamientos se transformaban en palabras de un diálogo y así pasaban a formar parte de la realidad. Creyó conveniente esquivar la mirada inquisidora de su empleado para dejar de sentir esa presión en el pecho y ponerse a lijar el taburete con el que había empezado la mañana anterior.

—Nada, dejá, pibe. No es nada grave, no vale la pena ni que lo cuente.

—Pero quizás valga la pena que esta tarde vaya de nuevo a “La taberna”.

Alfredo se estremeció.

II

—Se me ocurrió una idea, por lo que hablábamos el otro día.

—Todo lo que hacemos es hablar. Acá adentro no tenemos otro pasatiempo, así que orientame un poco.

—Tranquilo, Hugo, no te desesperés.

—Creo que nunca estuve más tranquilo y menos desesperado que en este momento.

—Mejor, entonces. Lo que se me ocurrió es que el plan lo tendríamos que efectuar un día de lluvia. ¿Qué tal?

—¿Eso es todo lo que se te ocurrió? Te felicito. Veo cómo se te agotó el cerebro de tanto pensar.

—Tu soberbia me rompe las pelotas. Vos no habrás matado a nadie, pero llegaste hasta acá abajo por soberbio.

—¿Y qué querés que diga? ¡Qué bueno, Alfredo! A mí también me gustan los días lluviosos. La lluvia me ayuda a dormir y leer.

—Seguí con tu ironía, nomás. Al menos quería que me preguntaras por qué.

—¿Por qué qué?

—Por qué pienso que el plan lo tendríamos que efectuar un día de lluvia.

—Bueno, a ver: ¿por qué pensás que el plan lo tendríamos que efectuar un día de lluvia?

—Porque con la lluvia va a ser difícil que nos vean atravesando la gallera. Si podemos conseguir uniformes o algo por el estilo y encima llueve, es muy probable que podamos atravesarla sin correr el riesgo de que nos vean.

—Pero decime una cosa: ¿vos pensás que los tipos no están preparados para un día de lluvia? No quedaría ningún preso en esta cárcel si ellos no tuvieran los recaudos suficientes para un día así.

—Está bien, pero al menos es más difícil que nos vean un día de lluvia que uno soleado.

—Si querés te concedo eso, si te hace feliz. . .

—A mí nada me hace feliz, pero creo que como mínimo tendríamos que aprovechar las ventajas que nos da la naturaleza.

—¿Nada te hace feliz?

—No.

—¿Y para qué te querés escapar entonces si nada te hace feliz?

—La verdad es que no sé... Pero si hay alguna chance de que yo sea feliz alguna vez en la vida, no creo que se dé acá adentro. Prefiero salir de este lugar y buscar alguna oportunidad afuera. Si no la encuentro, mala suerte, pero por el momento no me aguanto más estar acá.

—Yo sólo quiero ver a Mariana. Por eso es que me quiero escapar, nada más que por ella. Además soy inocente, no me merezco estar acá.

—Quedate tranquilo que ya la vas a ver.

—¿Y vos cómo sabés que la voy a ver?

—No sé, che, es una forma de decir, para dar aliento.

—Ya sé que es una forma de decir, todo el tiempo la gente la usa. “Todo va a estar bien” dicen en todas las películas. Al tipo le acaban de dar catorce balazos en la axila derecha y la morocha (hermosa, por supuesto) le acaricia la cara al lado de la camilla y le dice “Todo va a estar bien”. ¿Quién es esa mujer para saber que todo va a estar bien? ¿Es médica o enfermera? Y si así lo fuese, ¿cómo puede saber que “todo” va a estar bien? ¿Acaso tiene la bola de cristal?

—¿Para qué carajo mirás cine, si al final de cuentas lo odiás?

III

Sin embargo, luego de varios días de idear los homicidios detalladamente, llegó a la conclusión de que no tenía un revólver en su haber. Estaba la vieja escopeta con la que solía ir a cazar con su padre, pero hacía años que no servía más. Simplemente un día dejó de disparar.

Iba a ser muy complicado reducir a los dos traidores sin un arma de fuego. Pensó en las herramientas que estaban amontonadas en el garaje, en algún utensilio puntiagudo y hasta en alguna manera de aprovechar el poder del alumbrado eléctrico, pero sabía que sería imposible. No tanto por Victoria como por el corpulento Raúl, a quien difícilmente podría matar con un palo de amasar.

A lo único que podía aspirar era a la suerte: cargaría la escopeta y rezaría para que esos perdigones salieran expulsados en la dirección deseada. Para eso tenía que encontrar el arma y las municiones, tarea nada fácil considerando que Victoria andaba figoneando todo el día por la casa y casi ni se despegaba de él aunque lo ansiara. Debía aprovechar los minutos en los que ella iba al almacén, momento ideal ya que los chicos estaban en la escuela.

Encontrarla lo ocuparía algunos días, pues contaba con poco tiempo

y realizaría búsquedas breves. Un día iría al garaje y revisaría uno de los dos armarios llenos de trastos. Encontrara o no la escopeta, volvería a la cama a los siete minutos. En el caso de que su búsqueda no diera resultado el primer día, al siguiente hurgaría en el otro mueble del garaje y así sucesivamente por todos los rincones de la casa. La faena podría durar de cinco minutos a varias semanas.

Un miércoles emprendió la aventura a las diez y dos. Por prudencia decidió esperar cuatro minutos luego de que su esposa pusiera un pie fuera de la habitación. No tenía reloj, por lo que improvisó uno en su mente. Él pensó que había esperado cuatro minutos, pero en realidad fueron dos. Su ansiedad hizo que el cálculo fallara. De todos modos, Victoria ya había salido de la casa.

Fue directo al garaje, con el primer armario en la mira. Examinó rápidamente los estantes de la derecha y luego los de la izquierda. Nada. Abrió las puertas centrales: dentro había cuatro cajones. Tardó quince segundos en decidir si empezaba por el de arriba o el de abajo. Sabía que cualquiera de los dos extremos por el que empezara no contendría la escopeta, si es que se hallaba allí. Finalmente escogió el de abajo: no había nada, como así tampoco en los del medio. Abrió el primer cajón y vio lo que no esperaba encontrar en menos de diez o doce días: era una caja rectangular de madera balsa llena de polvo. En la tapa se leían unas letras góticas rojas: “Fausto”, el nombre de su padre. La abrió y para su sorpresa, además de la escopeta, en un costado había tres balas que parecían haberse apiñado en un rincón para protegerse del frío.

IV

Sergio abrió el gran portón del pabellón negro, donde faltaba sonido y sobraba oscuridad. Tomó a los presos por las camisas y los arrastró hacia adentro con la ayuda del insípido Annunziati.

Todos caminaron algunos pasos escuchando nada más que el rui-

do reverberante de las pisadas. Al hacer aproximadamente veinticinco metros, pasaron por la puerta de una celda en la que había un cartel que decía “PELIGGRO” en letras rojas con fondo amarillo. La ge que estaba de más se había debido a una negligencia de Abelardo, que no se llevaba muy bien con la escritura. La puerta tenía una ventanita de fibra de vidrio, como si se tratase de la de un manicomio. Del otro lado, pegado a ella, una boca con dientes amarillos y filosos se abría y se cerraba; los ojos de ese rostro mate parecían estar a punto de salirse y la nariz achatada se asimilaba a la de un cerdo.

—¿Tienen miedo? —preguntó Sergio a los presos con una sonrisa.

Permanecieron unos instantes admirando a esa figura que no paraba de saltar y chillar. Alfredo aprovechaba para reconocer la morfología de ese pabellón al que tanto había imaginado.

—Creo que no hace falta que les diga quién es este maniático, ¿no, criminales? —inició Sergio— Todavía no entiendo qué hace este tipo en una cárcel. Tendría que estar en un zoológico. Si alguno de ustedes hace algo que yo considere que está mal, lo meto acá adentro con este loco, ¿me entendieron?

Sergio ya estaba dispuesto a abrir la celda restante del pabellón cuando a Alfredo se le ocurrió una idea que sólo con la mirada y algunos movimientos de cabeza logró transmitir a Vidal. Se acercó al guardia calvo y le escupió la cara. Sergio no encontró palabras ni el modo para desgañitarse, por lo que sencillamente procedió a cumplir lo que había amenazado segundos atrás. Tomó a Alfredo por el cuello de la camisa y lo empujó contra la pared del lado de la celda del Maligno.

—Vos te lo buscaste —masculló mientras revolvía su llavero colosal. Cuando encontró la llave de la celda, la giró en los tres cerrojos y abrió la puerta. Inmediatamente Vidal saltó como un bailarín y le aplicó un golpe en la espalda con sus dos pies. Sergio cayó dentro de la celda de máxima seguridad de la ergástula y el muchacho cerró la puerta. El inocuo Annunziati gastó en incertidumbre las fracciones de segundo que podría haber utilizado para reaccionar y reducir a los presos con su

revólver o por lo menos con su cachiporra: una patada en los genitales por parte de Hugo ya le había quitado todas las esperanzas. Rápidamente, los tres presos tenían la situación dominada.

–Te vamos a proponer un trato, Annunziati –dijo Alfredo, dichoso de sentirse por encima de un carcelero por primera vez–: si no querés ir a parar ahí adentro como tu amigo Sergio, sacate el uniforme, dejá que te pongamos las esposas y rezá. ¿Entendido?

Annunziati no vaciló en aceptar: le bastó con mirar por la ventanita las salvajadas que estaba sufriendo su colega para no reclamar ninguna condición.

Lo desvistieron y maniataron en menos de un minuto. En uno de los bolsillos de su uniforme encontraron las llaves de las esposas. Era hora de encerrar al vigilante desnudo.

–¡Alfredo! –exclamó Hugo– ¡Las llaves!

–¿Qué llaves? –gritó el otro.

–¡Las que tenía Sergio en la mano! ¡Se cayeron adentro de la celda!

–¡La patada se la tendrías que haber dado antes de que sacara la llave del cerrojo, idiota! –le espetó Alfredo a Vidal.

–Bueno, Alfredo –lo frenó Hugo–. Calmate que no sirve de nada que en este momento nos pongamos a discutir. Si nos peleamos entre nosotros, vamos a terminar colgados. Además acordate: “vísteme despacio que estoy apurado”.

–Huguito –dijo Alfredo, más sosegado–, ¿sabés dónde te podés meter tus refranes? Siempre refraneando vos...

–¿Refraneando? No sabía que existía esa palabra. Gracias por contribuir a aumentar el grosor de mi léxico, camarada.

–No cambiás más, ¿eh? Sentís que sos superior.

–Vos dijiste eso, yo no lo dije. ¿Será porque sos vos el que se siente inferior?

–¡¡¡Basta!!! –rugió Vidal imprevisiblemente. No acostumbraba a contradecir a sus dos compañeros de escape, pero dadas las circunstancias lo creyó apropiado– ¿No se dan cuenta dónde estamos? Hagamos algo

para solucionar esto.

Hugo y Alfredo se sonrojaron. El muchacho tenía razón: si se demoraban demasiado, el comisario daría el alerta y todo habría concluido.

—¿Qué podemos hacer?—gimió Hugo sobresaltado y giró la cabeza en todas las direcciones buscando alguna salida imprevista y redentora.

—¿Qué buscás?—lo increpó Alfredo— No hay salidas, Hugo, ya anduve observando mientras vos te deleitabas mirando al enfermo ese. Además, si hay alguna puerta, está cerrada con las llaves que fueron a parar ahí adentro. Hay que entrar y sacar las llaves.

—¿Qué?!—clamó Hugo— Yo no entro ahí ni mamado. Prefiero quedarme cien mil años más entre las rejas.

—Yo tampoco entro—dijo Vidal tímidamente.

—Seguro que nadie quiere entrar—completó Alfredo—. Nadie en su sano juicio lo haría, por ninguna razón del mundo. Pero colegas, les comunico una cosa: ¡¡¡hay que entrar sí o sí!!! Si no es así, nos van a cagar a tiros en breve.

Todos permanecieron mirando el piso, como si éste les pudiera dar consejo. Alfredo pateó la pared y Vidal largó un “No puede ser” casi sollozando. Annunziati intentó evitar un estornudo a toda costa, pero fracasó.

—¡Eso es!—gritó Alfredo alegre— ¡Vas a ir vos, Annunizati!

El guardia palideció de súbito.

—¿Qué? ¡No, por favor! ¡No me pueden hacer eso!—lloriqueó el guardia.

—¿Ah, no?—Alfredo observó a Hugo, que miró para un costado, y a Vidal, que consintió sonriendo, feliz de no ser quien tuviera que entrar allí— ¿Y por qué no?

—Po po po porque e e e es inhumano—tartamudeó Annunziati.

—No, señor—rió Alfredo—. El inhumano es ese que está ahí adentro, al que vos ahorita mismo vas a visitar a menos que quieras que te despelejemos nosotros. Si entrás ahí, es probable que salgas con vida. Si no entrás, te matamos, así de simple.

—¡Por Dios!—rogó el carcelero.

–Levantate y entrá. Traenos las llaves de vuelta y en algunas horas vas a estar en tu casa tomando un té caliente y escuchando al Partido.

–Se los suplico... –imploró el guardia.

Alfredo le quitó el seguro al revólver.

CAPÍTULO 6

I

—¿Alguna vez pensaste en dar a conocer nuestro plan a los presos de los demás pabellones?

—Eso es una locura.

—¿Por qué? ¿Lo consideraste o me respondés abruptamente porque sí nomás?

—¿Eh? ¿Qué te pasa, Hugo? ¿Qué tomaste?

—Lamentablemente nada. No sé si te acordás que acá no tomamos nada. ¿Pensaste o no pensaste en decirle a alguien más sobre nuestro plan? Te hablo de los que están fuera del azul, ¿eh? Porque a los que están con nosotros seguro que ya los habrás puesto en tela de juicio y te habrás dado cuenta de que son inoperantes.

—Qué se yo, alguna vez lo habré pensado, pero si se me hubiera ocurrido alguno de otro pabellón que nos pudiera servir, quedate tranquilo que ya te lo hubiera dicho.

—Pero ¿ves? A eso no me refería yo. Acabás de decir “que nos pudiera servir” y me parece que no se trata de eso.

—¿Y de qué se trata entonces?

—Se trata de compartir ideas y planes entre nosotros para hacerles frente a ellos.

—¿Quiénes somos nosotros y quiénes son ellos?

—Nosotros somos los internos, ellos son los que nos reprimen y nos privan de la libertad. Yo creo que deberíamos estar a favor de cualquier manifestación de algún preso o grupo de presos en contra de ellos, ¿me entendés? Digo que tendría que existir una unión entre los presos de todos los pabellones. Nos tendríamos que poner de acuerdo y apoyarnos entre todos.

—Eso pasa todos los días en los baños de los pabellones. Por suerte nunca

me tocó. Es que soy tan feo que ni a los violadores les despierto el apetito.

—¿No ves que estoy tratando de hablar en serio?

—Dale, seguí contando.

—Yo creo que para lograr nuestros propósitos tenemos que derrumbar a los que nos subyugan, con violencia. Bruta, si se puede. Y para conseguir eso es imperioso que haya unión entre todos nosotros.

—Pero Hugo, no digas pelotudeces: sabés que si damos a conocer nuestro plan a otro u otros, ese o esos pueden abrir la boca y mandar todo a la basura. Por samaritano te quedás adentro y yo también, todos nos quedamos adentro. Esto es una cárcel, enténdelo. Acá todos tienen intereses propios, si es que los tienen. Nadie va a querer armar una comunidad para defender nuestros derechos y bla bla bla. ¡Estamos en una cárcel! Y en el caso de que armes un ejército, de todos modos, ¡nos cagan a tiros! Olvidate y seguí pensando en la manera de escaparnos nosotros dos solos y el que nos acompañe. Es bueno que pienses en el prójimo y toda la bola, pero avivate: los buenos perdemos en esta película.

—Quería abandonar un poco los intereses propios y pensar en los demás, también.

—Entonces escapémonos y cuando estés afuera, donás todos tus bienes a la caridad. Ahora dejate de hinchar las pelotas.

II

Tito lo pasó a buscar cuando estaba cerrando la ferretería.

—¡Alfredito! —exclamó antes de darle el abrazo de rigor— Por suerte Pedro abre hoy. No se murió nadie: parece ser que el muy pícaro no tenía ganas de ir a laburar e inventó lo del duelo.

—Qué forro.

—Ni hablar, pero vende el mejor queso del mundo —exageró Tito—
¿Vamos?

Alfredo había estado pensando todo el día en las palabras que escoge-

ría para excusarse con su amigo.

–¿Sabés que me quedé con ganas de ir una vez más a “La taberna”?

–¿Qué?! ¿Por qué? Si no hay salame, ni queso suizo y el mozo es un imbécil.

–No sé. No creo que nos haga mal cambiar de aire un par de días.

Digo, para romper con la morfología.

–¡Vamos, Alfredo, dejate de joder!

–¡Pero, che! Una vez nada más te pido.

–¿Qué pasa? Acá hay algo que estás ocultando.

–Yo no estoy ocultando nada.

–Ya sé lo que pasa: es esa mina que te miraba. Yo me quedé callado, pero pude ver cómo se intercambiaban miradas. Yo sabía, yo sabía.

–¡Nada que ver, Tito! ¡No inventés boludeces!

–A mí no me engañas, Alfredo. ¿Y Rita? ¿Qué le vas a decir si te pregunta por qué andás cambiando de bar?

–Callate, Tito, no me hagas calentar.

–¿Es la mina o no?

Alfredo era orgulloso.

–No, qué mina ni mina, te dije que quería cambiar de aire un poco nada más.

–Bueno, entonces vayamos un poco más lejos, ¿qué te parece la cervecería “La industrial”?

Alfredo se quedó sin palabras. Su amigo había sido astuto.

–Pero “La taberna” queda más cerca, Tito, lo sabés.

–No importa, vamos hasta casa, saco el auto y vamos a “La industrial”. Si la cosa es cambiar de aire.

–¿Sabés qué Tito? No voy a ningún lado, me sacaste las ganas. Me voy a mi casa.

Tito permaneció turulato por algunos segundos: hacía miles de días que no interrumpían el ritual de ir al bar, ni cuando padecían una enfermedad. No tenía por qué romper con la tradición por las fantasías de su compañero.

–Bueno, Alfredo, andate a cagar. Qué carajo me importa a mí. Lo que me importa es el cinzano y además, le soy fiel a mi esposa.

Tito dio media vuelta y Alfredo jamás lo volvió a ver, a pesar de vivir a sólo dos cuadras de distancia. Alfredo sintió que se sacaba un peso de encima: no sólo podría ir a “La taberna” esa tarde y todas las demás que quisiera, sino que había comprobado que Tito no era su amigo en verdad sino sólo un compañero de emociones.

III

Alfredo abrió la puerta y empujó al guardia hacia el habitáculo. Cerró velozmente con la precaución de que el animal que estaba ahí adentro no tuviera tiempo de escaparse. Hugo y Vidal se mantuvieron al margen.

Tras generar el encuentro a solas de Annunziati con “El Maligno”, los tres presos se amontonaron en torno a la ventanilla para rendirle culto a la morbosidad. Además querían conseguir las llaves.

–¡Se lo está comiendo! –exclamó Vidal.

Hugo y Alfredo estaban paralizados y no emitían siquiera el sonido de sus respiraciones. El muchacho no pudo soportar esas imágenes y vomitó. Eso desvió por segundos la atención de los otros dos internos, pero enseguida volvieron sus miradas a la masacre que estaba ocurriendo allí adentro.

–¿Qué hicimos? –preguntó Alfredo meneando la cabeza.

–¿Hicimos? –retrucó Hugo.

–Sí, hicimos. No te laves las manos, Hugo. Si no hubieras querido hacer esto, me hubieras detenido.

–Detenido, animal.

–Es lo mismo –respingó Alfredo.

–¿A vos te parece que es lo mismo? Claro, así está el país. ¡Bien lo dijo Santos Discépolo!

–Pero Hugo, por favor, ¡no seas oscurantista!

–¿Oscurantista? ¿Acaso sabés lo que significa esa palabra?

—¡Miren! —interrumpió Vidal. A pesar de sentirse nauseabundo, el joven seguía observando la fiesta de carne que se sucedía en la celda— ¡Sergio se mueve! ¡Y tiene las llaves!

Hugo y Alfredo se precipitaron nuevamente sobre la ventanita y se percataron de que Vidal tenía razón: mientras “El Maligno” fagocitaba trozos de Annunziati, Sergio se arrastraba hacia la puerta y en una de las manos tenía el llavero ensangrentado.

—¡Abrámosle! —sugirió Hugo— Apiadémonos de este sinvergüenza por primera vez en la vida.

Esa vez no hubo espacio para el debate habitual entre los dos mayores del grupo: Alfredo abrió la puerta, tomó a Sergio de la mano en la que portaba el llavero (no fuera cosa de salvar a ese torturador y arriesgarse a que las llaves se le cayeran dentro de la celda) y lo arrastró hacia el pasillo. Una vez con las llaves en la mano, buscó la que encajara en las cerraduras de la puerta de la celda de aquel incivil y cerró con alivio para cerciorarse de la separación de los dos mundos.

—¿Estás bien? —preguntó Hugo al guardia jadeante. Jamás habría pensado que le haría esa pregunta.

Sergio abrió la boca para tratar de responder, pero sólo salía sangre de ella.

—Está hecho mierda —evaluó Vidal—. Es curioso: hace una hora me dio una paliza y ahora me da lástima que esté así.

—Se llama síndrome de Estocolmo.

—Estocolmo, Viena o Uruguay, hay que hacer algo con este tipo —indicó Alfredo.

—Te aviso que Uruguay no encaja en ese conjunto —corrigió Hugo—. Empezaste nombrando dos capitales y seguiste con “Uruguay”, que es un país.

Por vergüenza, por indiferencia o por cansancio, Alfredo no le replicó ni siquiera una mirada.

—Bueno, hasta ahora nada está saliendo como lo planeamos. Pero me animaría a decir que está saliendo mejor aún —auguró Alfredo.

—¿Mejor? —interrumpió Hugo— ¿Por qué creés que todo está saliendo mejor? A este pibe casi lo matan hace una hora. Y mirá lo que tenemos acá: a nuestro querido guardia/torturador casi descuartizado por el monstruo del Lago Ness de ahí adentro. En nuestros planes no íbamos a tener que matar a nadie, y lo hicimos. Tampoco íbamos a tener que hacer de enfermeros.

—Pará, pará —lo cortó Alfredo—. Nosotros no matamos a nadie, la bestia esa fue. ¿Y quién te dijo que tenemos que hacer de enfermeros? ¿Por este hijo de puta? ¿Él haría lo mismo si estuviera en nuestro lugar? ¿O se cagaría de risa como siempre?

—Vos lo dijiste: él haría eso, no nosotros. Nosotros somos presos pero humanos. No podemos dejar que se muera así el tipo este, por más mal que nos haya hecho. Conservemos un poco de decencia, bondad y solidaridad. Si entre humanos nos tratamos así, ¿quién nos salva? Criaturas como la que hay adentro de esa celda van a dominar el mundo, Alfredito. Hay que tener un poco de respeto y consideración por el prójimo, che.

—¿Y qué proponés?

—Propongo que uno de nosotros se quede en una celda con él. Los otros dos se van a vestir con los dos uniformes de guardia...

—¿Pretendés que alguien use esto? —dijo Alfredo sacudiendo un retazo del uniforme ensangrentado de Sergio.

—No, tenés razón —respondió Hugo y Alfredo suspiró, triunfal—. Uno, vestido, va a salir a buscar otro uniforme; el otro va a custodiar la puerta hasta que lo consigamos y después vamos a tratar de encontrar algún botiquín de primeros auxilios, o lo que sea.

—O sea que esto de ser una misión de escape pasa a ser una misión de la Cruz Roja.

—No seas sarcástico, Alfredo. Me voy a arrepentir toda la vida si hoy no me escapo de esta cárcel. Pero si dejo morir a este hombre sin siquiera intentar salvarlo, no voy a conseguir dormirme nunca más, ni acá adentro ni en el medio del Caribe.

IV

Cuando estuvo a más de diez cuadras, Vidal se detuvo para recuperar el aire y pensar en lo que acababa de hacer. No podía entender cómo había perdido el control de esa forma, pero ya era tarde para lamentaciones: había que pensar en el porvenir. Era casi un hecho que no podría volver a la casa de Karen tras haberle clavado un cuchillo en el muslo y que lo que había entre ellos se había esfumado, pero él no quería asumirlo y pensaba soluciones pasajeras hasta el momento indicado para la reconciliación. Se sentó en un cantero y encendió un porro. Prefería suicidarse antes de volver a vivir con sus padres y no sabía dónde podía dormir hasta que las cosas se enfriaran. No disponía de más de unos pocos pesos y tampoco podía volver a buscar plata a lo de Karen. Se acordó de Marmota.

V

—Me desperté (si es que pude dormir algo esa noche) con un remordimiento y una pesadumbre que hubieran sido entendibles si ese día iba a robar un banco o a matar a una vieja en una casa de empeños. Mis nervios eran inexplicables y supongo que los de los demás vecinos también. Ese día lo recuerdo entero, como Funes: desayuné un té con galletitas, leí el diario, salí a caminar un rato, jugué con un ovillo de lana y la gata, lavé la ropa limpia al lado de Mariana, almorcé un par de bifés con ensalada de espinaca, dormí la siesta, jugué unas cuantas partidas con Aquiles (le gané cuatro a tres), tomé unos mates con él y Horacio, escuché la radio, cené pollo a la portuguesa en lo de Margarita y fui a abrir el glorioso baúl. Todos, incluso los chicos, estaban en la puerta de mi departamento a los gritos pidiéndome cuetes. Yo me sentía Papá Noel o el Ministro de Trabajo. Ante tal barullo, la vieja del dos se arri-

mó para ver qué estaba pasando. No me olvido más la cara que puso cuando me vio con los petardos en la mano: pegó un grito que hizo callar a todos de un saque. “¡Me mintieron, inmorales!” fue lo primero que dijo. Sergio me hace acordar a ella con esas calumnias evangélicas. Fue gracioso cuando la vieja dijo “¡Herejes!”, se le fue un poco la mano. ¡Como si Aguirre fuera Dios, che! La cosa es que ni los vikingos nos hubieran impedido esa noche tirar cuetes por doquier. Encima, a excepción de los chicos y Anastasia, estábamos todos bastante entonados. Viste cómo se bebe en las fiestas: uno quizás se cuida durante todo el año como un deportista de alta competencia y en esa semana hace todo lo posible para aniquilar su hígado con bombardeos de manducatoria y todo tipo de brebajes. Así que a la vieja la empujamos con insultos hasta su departamento. Casi corrió, es decir, se movió a la máxima velocidad que su osamenta permitía, a refugiarse como si los insultos fueran el soplido del lobo feroz, ¿me entendés? Nos cagamos todos de risa. La vieja desde su búnker seguía a grito pelado: “¡Los voy a denunciar! ¡Le voy a contar todo a Aguirre! ¡Malditos mocosos!”. Después de esa escena cómica comenzó el espectáculo: luces, colores, estruendo y alegría por una hora y pico. Los nenes estaban reventados de tanto saltar y correr, por lo que Anastasia (que en contra de su voluntad no prendió ni un solo cuete) los llevó a dormir y obligó a Horacio a que los siguiera. Margarita se despidió desbordante de alegría. Manuel se durmió en su reposera totalmente borracho y Mariana, con quien yo había cruzado un par de semipalabras nada más, se fue a una fiesta. Yo la habría acompañado gustoso, pero no me animé a preguntarle si quería mi compañía. Si se lo hubiera preguntado y ella hubiera accedido, hoy no estaría acá contándote esto. Quizás estaría de novio con ella o hasta casado; quizás no hubiésemos llegado a nada; pero de seguro que hoy no estaría aquí y te explico por qué: cuando se fueron todos y quedamos sólo Aquiles y yo, mi rival de los trebejos me propuso hacer una travesura digna de un estudiante secundario. Si bien habíamos gastado gran parte de la pirotecnia, todavía sobraban unos cuantos petardos. El

sabandija me susurró: “Che, ¿y si le tiramos un rompeportón a la vieja?”. A mi no me gustaba la idea: ya habíamos ido demasiado lejos comprando lo que Aguirre nos prohibía todos los años. Una cosa como esas habría podido hacer que me echaran de la vecindad y además me habría olvidado de Mariana para siempre si ella se hubiera enterado de un acto de infantilidad semejante. Pero todos estos razonamientos te los digo ahora, sabiendo lo que pasó después. En ese momento yo estaba en pedo, con el agravante de la partida de Mariana y mi cobardía. Lamentablemente prendí un petardo, me acerqué a la puerta del departamento dos y la abrí sin hacer ruido. Ojalá la vieja la hubiera cerrado con llave esa noche. Antes de cometer la imprudencia me invadió un sentimiento de culpa, reculé y el cuete fue a parar al piso. Recuerdo a Aquiles gritando “Boludo, ¿qué hacés?”. Luego nadie me creería lo que conté: Aquiles pateó el rompeportón, nunca sabré si lo hizo para salvarme a mí de la explosión o para que el petardo fuera a parar adentro del departamento de la vieja. Lo que sí sé es que la explosión se escuchó hasta en Nueva Caledonia. Manuel pegó un salto desde su reposera que lo hizo olvidar de la borrachera que tenía y creo que hasta le sacó ese olor inmundito. Inmediatamente todos los vecinos que se habían ido a dormir estaban enfrente del dos y hasta los vecinos de afuera de la vecindad concurren como si se tratara de un recital de rock. Viste qué morbosa es la gente: cuando se producen situaciones como ésta se amontonan esperando ver sangre y miembros mutilados para después tener una anécdota más interesante que les llene su vacía y patética vida y que corte un poco con la rutina. Nadie se animaba a entrar al departamento de la vieja. Esperamos un rato rogando al cielo que saliera la vieja a putearnos. Supongo que si la vieja hubiera salido y me hubiera insultado yo la habría abrazado y besado como a un hijo que vuelve de la guerra, pero no salió. Alguien llamó a la policía, seguramente Anastasia y cuando llegaron los milicos se hicieron notar: entraron a las patadas y preguntando a los gritos qué carajo había pasado. Yo estaba hecho una piedra y Aquiles también. Antes de que pudiera descongelarme para

inventar alguna explicación, Manuel me señaló y habló de mí como si no me conociera: “Ese hombre. Ese hombre mató a la señora del departamento dos”. Uno de los policías me redujo instantáneamente y me maniató. El otro entró al departamento y vio que, efectivamente, la vieja estaba muerta. El proyectil había ido a parar a unos pocos metros de la cama de la anciana, distancia suficiente para provocarle un infarto. Aquiles obviamente se hizo el desentendido y estoy seguro de que junto con los demás vecinos se complotaron en contra de mí. En realidad, el único que podía considerarse testigo, aparte de Aquiles, era Manuel y me odiaba. Margarita dijo en el juicio que yo tenía tendencias piromaniacas, que me había visto en más de una ocasión prendiendo cosas en el brasero del patio con una risa de loco, que siempre planteaba la idea de comprar pirotecnia y que me había escuchado con emoción hablar del bombardeo a la Plaza de Mayo. ¡Qué vieja ladina! Aquiles por su parte me echó toda la culpa: el hijo de puta ni siquiera me miró a la cara durante el juicio. Me hicieron una cama. Es lo mismo que le dije al juez, que por supuesto no me creyó. Le conté lo mismo que te conté a vos, todo con lujo de detalles, pero lo mejor que casi conseguí fue que me metieran en un manicomio. Fijate las opciones que tenía: hacerme el chiflado y terminar dopado por el resto de mi vida o quedarme callado y venir a parar acá por algo que no hice. Me salí del menú: hablé, hablé sin parar y ni siquiera me consideraron loco. No sé qué hay que hacer para que a uno lo consideren loco. Morfarse una zapatilla delante del juez, vaya uno a saber. Mi abogado tampoco ayudó mucho que digamos: yo no tenía la plata suficiente para conseguirme uno bueno, así que me tocó este tipo que puso el esmero que permitían los diez pesos la hora. Parecía un psicólogo: yo le pagaba por adelantado cada hora, y cuando se cumplía el tiempo acordado se paraba y se iba sin saludar. No le importaba lo que yo le estuviera contando y que mi porvenir estuviera en riesgo: guardaba papeles en su maletín, hacía un ademán para que el guardia le abriera y se las tomaba. Nada de humano tenía ese tipo. Creo que el hombre estaba convencido de que yo era culpable: me mi-

raba sabiendo que ningún dios evitaría mi perdición. Una vez me cansé de su indiferencia y me invadió un instinto homicida. Fue la única vez que hubiera matado a alguien. Cuando estaba con él, los guardias me dejaban estar sin las esposas ¿sabés? Entonces un día le pegué unas cuantas trompadas. Nos separaron y me golpearon un buen rato. Qué paradoja, ¿no? Querer matar a alguien que te tiene que defender por haber matado a otro. Después de pensarlo en frío caí en la cuenta de que si no nos separaban, yo iba a terminar preso por una cosa u otra: por haber sido acusado de matar a alguien que no había matado o por haber matado al abogado. Injusta o justamente mi destino se encontraba acá adentro. Desde ese episodio el tipo empezó a venir cada vez menos. Además yo ya estaba cansado de defender mi inocencia. Ya había pasado dos años detenido sin condena, estaba resignado. Un día vino y ni siquiera hablamos: ahí me di cuenta de que estaba perdiendo plata, así que le dije que no viniera más, y el me dijo (satisfecho de desligarse del asunto) que nos veríamos el día de la condena. Ese día, luego de recibir mi sentencia, el abogado me dio la mano y me dijo con total frialdad: “Hice lo que pude”. Yo estaba en estado de shock, así que no me di cuenta de la crudeza de sus palabras hasta varios días después. Ya era tarde como para al menos escupirle la cara.

CAPÍTULO 7

I

La emoción de haber encontrado el instrumento de venganza lo hizo perder la noción del tiempo. Mientras buscaba iba contando los segundos, pero ver esas letras rojas hizo que su cronómetro cerebral dejara de funcionar. No correría el riesgo de subir con la escopeta en brazos, por lo que decidió guardarla y esperar al otro día. Si Victoria lo encontraba fuera de su cama no había por qué temer: habría ido al baño.

Subió las escaleras y comprobó que su esposa no había vuelto. Ya era tarde para ir hasta el garaje y volver. Se maldijo porque su triste suerte ni siquiera era completa.

Todo ese día lo vivió con ansiedad. Raúl no lo visitó esa tarde y él se alegró, ya que su hermano aparecería indefectiblemente al otro día.

Cuando finalmente estuvo solo a la mañana siguiente, fue directo al cajón. Al abrirlo casi se desplomó del susto luego de comprobar que la caja no estaba allí. No podía entender qué había pasado: si Victoria lo había espiado mientras el buscaba o si los niños por casualidad habían estado jugando allí y al ver las puertas centrales abiertas (crasa omisión que había cometido por apresurarse) habían metido sus narices donde no debían. Cualquiera fuera el motivo, su venganza había ido a parar a la basura. Era inexplicable su mala suerte.

En la desesperación abrió el segundo cajón y vio que la caja estaba allí. No encontró palabras para flagelarse. Luego subió las escaleras sin ningún prurito: esta vez no había consumido nada de tiempo y no esperaba otro día.

Guardó el arma en el ropero, se acostó en la cama y se arropó.

II

—Creo que llegó el momento de decirle.

—Mirá que si le decimos ya no hay vuelta atrás. Decirle significa que nuestro plan está acabado y sólo falta que llueva. Decirle significa además arriesgarnos a que no acepte y buchonee o que acepte y no sepa guardar el secreto.

—Es que si no corremos riesgos nunca vamos a salir de acá. “El que no arriesga no gana”, Hugo.

—Te felicito por el refrán, pero la cosa es, ¿estamos en condiciones de correr semejante riesgo?

—Ya analizamos las desventajas que conlleva compartir nuestra idea con un infradotado como lo es ese muchacho: primero que todo, que no tenga los huevos para sumarse y nos haga perder quién sabe cuánto tiempo más esperando a que entre otro preso al pabellón; segundo, que si se suma, no sea capaz de mantener todo en silencio y disimular cada una de nuestras huellas...

—Es lo que te acabo de decir, Alfredo.

—Dejame terminar. Tercero, que no sepa usar las herramientas que le vamos a proporcionar y por último, que sea incapaz de sobrellevar una situación de riesgo, hablando del día en el que nos escapemos, ¿no? Pero de todos modos, eso último no lo podemos saber y nunca lo sabremos hasta ese día.

—Sí.

—Y por otro lado, ya analizamos las ventajas con las que contamos al incluir a este pibe: antes que nada, es joven y fuerte, fundamental para la etapa final; que sea joven y nosotros viejos, puede significar que el chico no exprese en ningún momento su disconformidad (si es que la tiene) con el plan. Su juventud, por otro lado, también nos puede jugar en contra, pero ambos sabemos que la principal causa por la que este muchacho será nuestro elegido...

—No te apurés...

—Bueno, que la principal causa por la que este muchacho podría ser nuestro elegido, es que tenemos una necesidad impetuosa de salir de acá. Vos por Mariana, yo por ojalá supiera qué. Hay que rajarse de acá, Hugo. Y si dejamos esfumarse esta chance...

—Entiendo todo lo que decís. Me hacés sentir la madre que le pide al hijo de quince años cuatrocientas razones por las cuales lo dejaría ir a bailar esa noche de lluvia. Es que tengo miedo, ¿me entendés? Mirá si este pibe echa todo a perder: me arrepentiría toda la vida. Y lo mataría, como te dije una vez que casi hago con mi abogado.

—Yo también tengo miedo, desde que llegué acá tengo miedo. Pero si no supero ese miedo, me voy a perder toda la vida encerrado.

—...

—Sos demasiado precavido, Hugo. Así, sin arriesgarte, no vas a llegar a nada en la vida.

—Claro, tenés razón. Pero respondeme una cosa: vos, Alfredo, el arriesgado, el que se la juega, el temperamental, ¿adónde carajo llegaste?

—¿Le decimos al pibe o no le decimos?

—Está bien, pero decile vos.

III

Vidal tocó el timbre de la casa de Marmota y fue atendido por la madre de ese amigo que no veía hacía un año, desde aquella disputa por Karen que había terminado a las trompadas.

—Hola, Teresa, ¿cómo andas, tanto tiempo?

—¿Te puedo ayudar en algo? —preguntó la mujer como si no lo conociera.

—Ando buscando a Juampi.

La mujer cerró la puerta y tras cinco minutos apareció Marmota.

—¿Qué querés?

—Hola, Juampi...

–¿Juampi? Por qué no te vas a la recalcada...

–Me peleé con Karen.

Marmota permaneció pasmado durante una era geológica.

–Pero mal, nos golpeamos y bueno... –Vidal se detuvo preguntándose si le convenía seguir hablando– Me fui y no tengo casa.

Marmota estaba ido.

–Y como sé que a vos Karen te escucha, a pesar de todo, quería saber si podías ir a ofrecerle el hombro, por lo menos.

Marmota volvió en sí y su boca abierta comenzó a transformarse en una sonrisa. Vidal no se destacaba por su lucidez, sin embargo no era ningún tarado.

–También quería saber si me podía quedar acá unos días, hasta que resuelva mi futuro más o menos...

–¿Está en la casa ahora? –indagó Marmota.

–Sí, pero yo te decía...

–Nos vemos –Marmota salió a la calle, cerró la puerta y echó a correr hacia la casa de Karen.

–Pero, pará, ¿me puedo quedar en tu casa?

–¡Ni en pedo! –gritó Marmota y dobló en la esquina.

IV

Las mismas miradas del día anterior fueron más inquisidoras al comprobar que Alfredo entraba solo a la cantina. Eso pasaba únicamente cuando el visitante buscaba algo. Podía ocurrir que quisiera hacerse cliente vitalicio del bar y que se estuviera iniciando, pero eso a la edad de Alfredo era algo inconcebible: a esa edad uno ya tenía “su” bar desde hacía años y si lo cambiaba, era por razones de fuerza mayor, como una mudanza o la huída del pasado.

Alfredo escudriñó a lo largo y a lo ancho de la estancia en busca de la rubia que lo había hecho pensar en veinticuatro horas lo que en

toda una vida. Su corazón se detuvo al corroborar que la mujer no se encontraba en ninguna mesa ni en la barra. Tanto quilombo para esto, pensó y se maldijo.

Reculó hacia la puerta, pero frenó: no podía irse sin pedir nada, pues ya no podría volver a ese lugar. Entonces se sentó y esperó al mozo, que tardó más que la tarde anterior en atenderlo. Le pidió una cerveza y mientras se distraía viendo cómo el empleado se rascaba sus partes con las dos manos, oyó la voz que tanto esperaba.

–Hola, guapo –dijo la rubia y Alfredo levitó en su silla.

–Pensé que no habías venido –respondió Alfredo sin rodeos.

–Yo pensé que no ibas a venir. Estaba en el baño. ¿Me puedo sentar al lado tuyo?

–Sería un gusto –aceptó, impresionado por la forma en la que se estaba desempeñando– ¿Querés tomar algo?

–Una botella de vino –contestó la mujer mecánicamente.

–Mozo, ya la escuchó.

El mozo asintió con la cabeza, pero seguía rascándose las criadillas. Sonrió, luego rió, y dio media vuelta. Antes de llegar a la barra ya estaba carcajeando.

–¿Cómo te llamás?

–Omara, ¿vos?

–Alfredo.

Luego de media hora de una parrafada amena en la que los dialogantes comenzaban a acercar sus sillas de a milímetros y sus cuerpos a emanar una sustancia que delataba sus intenciones, la esposa de Alfredo entró a “La taberna” corriendo a los gritos.

–¡Hijo de puta! ¡Por eso tenés ladillas! –acusó Rita pegándole con todo lo que tenía a mano: sus manos, la botella de cerveza que estalló en la frente de Alfredo y un servilletero de metal que tuvo el mismo destino. Una vez que se agotó, estalló en un llanto mudo y se marchó tambaleándose y chocándose con todo lo que se hallaba en su camino. Los demás clientes volvieron las miradas hacia el hombre infiel e inme-

diatamente regresaron a sus cosas, acostumbrados a ser espectadores de ese tipo de escenas.

Alfredo, la cabeza ensangrentada, jamás sabría cómo se había enterado Rita de su paradero. Omara le sujetó la cabeza y la examinó.

—Vayamos ya a mi departamento, que hay que hacer algo con esta herida.

El herido no pudo contestarle.

—¿O preferís que te lleve a un hospital?

—No, no, está bien, yo me arreglo.

—Pero no te podés quedar así. Insisto: vayamos a mi departamento.

—Bueno.

—Eso sí: me vas a tener que interiorizar un poco en el tema de esas ladillas.

V

Abrieron la otra celda del pabellón negro y acostaron a Sergio en la litera. Vidal se quedó con él y Hugo y Alfredo salieron de la celda.

Ya a solas, el muchacho observaba al guardia, que tenía heridas en todo el cuerpo y le hacía recordar a Karen. Le limpió la cara llena de sangre con la camisa de Alfredo y Sergio abrió los ojos. No estaba inconsciente, sino muy aturdido. Pestañaba lentamente, y respiraba cada tanto. Vidal tenía la sensación de que pronto lo dejaría de hacer. Vio que se agitaba y trataba de abrir la boca: quería decir algo.

Vidal se inclinó para intentar oír lo que el guardia intentaba decirle. Sergio empezó con una “e” y la repitió varias veces en un volumen ínfimo. Ante cada una de esas vocales, los ojos de Vidal se abrían cada vez más: que la vida de ese hombre (a pesar de que fuera el que más odiaba en el mundo) dependiera de él, hacía que cada detalle lo alarmara. Tenía la certeza de que si aquel moría allí mismo la culpa se la echarían a él, entonces era vital que entendiera lo que le quería decir.

—Él... — el guardia pudo completar una palabra.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Él? ¿Él qué? ¿Quién es él? ¿Qué quiere él? ¿Él dijo qué? ¿Él es “El Maligno”? ¿Quiere algo de “El Maligno”? ¿Se olvidó algo en la celda de “El Maligno”? ¿El inhalador? ¿Usted es asmático? ¿Usted es asmático y se olvidó el inhalador en la celda de “El Maligno” y necesita eso para enchufárselo en su nariz y no morir de asma?

A Vidal lo invadía la incoherencia y su ataque de nervios exasperaba a Sergio, que si hubiera tenido su cachiporra a mano, seguramente hubiera reunido sus últimas fuerzas para destrozarse la cabeza del joven.

—Él-sa...—siguió Sergio.

—¿Él sa? ¿Él sa qué? ¿O Elsa? ¿Elsa es su esposa? ¿Quiere que Elsa, su esposa, esté acá al lado suyo? ¿O Elsa es su hija? ¿Quiere despedirse de su hija Elsa y aconsejarla para el resto de su vida? ¿O es su madre? ¿Quiere confesarle a su madre algo que nunca se animó a contarle pero como está en sus últimos momentos necesita desahogarse?

—Él-sa-sab —gemía el moribundo, mientras Vidal se movía de un lado a otro y casi lo sacudía.

—¿El sasab? ¿Eso qué es? ¡Ah! ¡El sábado! ¡Ya entendí! Pero ¿qué pasa el sábado? ¿Por qué el sábado y no el miércoles, o el martes o el domingo? ¿El sábado? ¿Es porque comemos carne los sábados? No entiendo. ¿Qué tiene que ver que comamos carne con que usted está acá postrado?

—Él-sa-be-pe... —Sergio estaba furioso, pero aún no se rendía.

—¿El sabepe? ¿Usted inventa las palabras o es que yo soy un ignorante?

—Él-sa-be-pe-pe...

—¿Él sabe Pepe? No, Valentín me llamo. ¿O usted se refiere a algún Pepe? Un momento, Pepe le dicen a los José. Pero no conozco a ningún José de acá adentro. Aguarde: ¿José no es el tarado ese de la cocina? Ah, no, no. Ese es Julián. Pero ¿de qué Pepe me está hablando? ¿Y qué es lo que sabe Pepe? ¿Algo importante? ¿Quiere que le pregunte a Pepe sobre algo? Pero primero dígame quién es Pepe. ¿Es su hijo? ¿O usted es trollo? ¡Ah! Elsa es su madre y Pepe es su padre. Usted quiere que yo les comunique algo a sus padres, eso es. ¿Elsa ve a Pepe?

Sergio no toleraba más esa situación. Había podido salir de esa celda

de la muerte en la que una entidad lo había atacado ferozmente, pero no soportaba a ese mentecato. Con sus últimos resoplos de vitalidad, se incorporó, tomó a Vidal del cuello y terminó su frase final.

–Él sabe, pelotudo.

Cayó en la litera y dejó de respirar. Vidal no se percató de la defunción hasta sacudirlo un millar de veces interrogándolo a los gritos en balde.

–¿Quién sabe qué? ¿Qué sabe quién? –el muchacho repitió sin cesar esa secuencia. Lo detuvo Hugo, que ingresó a la celda corriendo.

–¿Qué pasó? –indagó Hugo sin tener la más ínfima noción de lo que allí estaba ocurriendo.

–Se murió –respondió Vidal.

–¿Cómo que se murió? ¿Qué hiciste? ¿Te dejamos cinco minutos solo y se muere? ¡Cinco minutos! ¿Podés acaso ser más inútil?

–Pero ¿yo qué culpa tengo? Estaba hecho mierda.

–Y vos lo ayudaste sacudiéndolo. No era un sonajero, ¿sabías? Era un desgraciado que se estaba muriendo.

En medio de la discusión entró abruptamente a la celda un hombre con uniforme de guardia.

–¿Y vos quién sos? –preguntó atónito Hugo. No entendía cómo y por qué alguien que no fuera Alfredo entraría por esa puerta.

–Es Toba –se escuchó la voz de Alfredo entrando detrás–. Un guardia del pabellón amarillo.

–El inoperante éste –Hugo señaló a Vidal– dejó que Sergio se muriera.

–¿Qué pasa acá? ¿Quiénes son ustedes? –Toba quiso averiguar.

–Somos extraterrestres y venimos a conquistar el planeta Tierra –bromeó Alfredo–. Callate la boca y sentate ahí. No vuelvas a hablar o lo vas a lamentar. Ahora, Hugo, explicame qué pasó.

–Que te lo explique el inútil éste, que fue quien estuvo presente aquí. Yo llegué y ya estaba muerto.

–Lo que pasó –balbució Vidal– fue que este tipo quiso decir algo y le costó tanto que se murió. En realidad lo alcanzó a decir, pero yo todavía no lo entiendo.

–¿Qué dijo?! –rugieron Hugo y Alfredo al unísono.

–Las palabras exactas fueron “Él sabe, pelotudo”.

Los dos mayores del grupo de escape se quedaron pensando por algunos segundos, tratando de resolver rápidamente ese enigma. Tobal se hallaba aún más confundido.

–Lo de pelotudo lo entiendo muy bien –dijo Alfredo–, pero el resto...
¿Quién sabe qué?

–¡Es lo que yo le pregunté! Pero creo que ya se había muerto.

–¿Pero quién carajo puede saber algo? –profirió Alfredo– Pensemos en todas las probabilidades y rápido.

–Primero los demás presos de nuestro pabellón –propuso Hugo.

–El viejo Bernabé me tiene asco a mí –empezó Vidal–. Se llevaba bien con Sergio, y si sabe algo seguro que le contó.

–Pero, ¿cómo va a saber? –preguntó Hugo preocupado.

–No sé, no sé.

–¿Y los demás? –intervino Alfredo– ¿Justo?

–¡Ah! ¡Justo! –se iluminó el muchacho– A Justo lo vi hoy sonriendo cuando el comisario nos estaba retando en la panadería. Lo vi por la rendija de la puerta y el muy hijo de puta se reía mirándonos.

–Claro, y por eso armó esa escena cuando no quería cambiarte de tarea, Alfredo. Yo siempre sospeché de ese desgraciado.

–Esperen, esperen –sosegó Alfredo–. Yo también sospeché siempre de ese idiota, porque además es amigo del comesario...

–Comisario, Alfredo, por favor –corrigió Hugo indignado.

–Bueno, da igual, está entongado con el comisario. Si sabía de algo seguro que se lo dijo. Sin dudas: si alguien sabe de algo es él.

–Pero entonces con lo que estás diciendo se concluye que el comisario también sabe, porque si Justo sabía de algo y en el caso de que hubiera sabido se lo habría dicho al comisario, se deduce que le dijo algo, ¿me entendés?

–Creo que sí.

–¿Y Tacio? –preguntó Vidal inocentemente.

–¿Estás loco? –inquirió Alfredo– ¿No te enteraste todavía de que Tacio es sordo?

–Sí, pero qué sé yo.

–Además, ¿cómo iba Sergio a saber que Tacio, el sordo, sabía de algo? Descartémoslo a Tacio y pensemos coherentemente, por favor.

–Sergio dijo “él sabe” –reflexionó Hugo mientras se rascaba la barba–. Que diga “él” está marcando que la persona que sabe de lo nuestro es alguien de relevancia.

–¿Por qué?

–Porque si no, no hubiera dicho “él”. Imaginate que el que supiera de lo nuestro fuera Abelardo, el que limpia: ¿vos creés que Sergio hubiera dicho tan misteriosamente, “él sabe”? Yo creo que no.

–Pobre Abelardo, a mi me parece un buen tipo –se lamentó Alfredo.

–Fuera de eso, no tiene que ser buen o mal tipo para que Sergio lo considere relevante. Tiene que ser, justamente, relevante.

–Valga la redundancia –reflexionó Alfredo.

–¡¡¡Redundancia, bestia!!! ¿Cómo podés ser tan animal?

–Bue, bue, dejalo ahí, Hugo –se excusó el iletrado–. Concentrémonos en el vivaracho que sabe de nuestros planes.

–¿Y Abelardo? –retomó Vidal.

–¿Por qué no lo acusás también al gato Silvio? –ironizó Alfredo.

–Como decía antes de que me interrumpieran, yo creo que el que sabe es el comisario –polemizó Hugo.

–Es probable, pero para que se enterara el comisario, alguien le tuvo que haber soplado, ¿o no? Quiere decir que entre nosotros, los presos del pabellón azul, hay un soplón.

Los tres presos se miraron entre sí.

CAPÍTULO 8

I

—¿Y en qué fecha tienen pensado escaparse?

—El primer día de junio en que llueva: ese mediodía van a estar vestidos de policías los tres. Los uniformes se los van a sacar a Sergio, a Annunziati y al primer guardia que crucen luego de salir del pabellón negro, señor comisario.

—¿El pabellón negro? ¿Cómo piensan llegar al pabellón negro estos criminales? Ese está reservado para los internos de extrema peligrosidad y estos tres no son capaces de matar a una mosca.

—No sé cómo piensan llegar, esa parte del plan no la entendí. Creo que van a tratar de romper alguna regla para ser sancionados, señor comisario.

—Quédese tranquilo que yo no voy a impedir que vayan al pabellón negro. Voy a hacer todo lo posible para que su precario plan funcione. Hasta la puerta: ahí los voy a agarrar. ¡Je! ¡Qué bueno que va a estar eso! Atraparlos en el último segundo, cuando piensan que la gloria está en sus manos. Es más doloroso cuando se está ahí nomás, ¿vivo? Por ejemplo, en mi opinión prefiero, si se me hace tarde, perder el colectivo sin enterarme. Es decir, llegar a la parada y esperar hasta que llegue sin saber cuánto tiempo transcurrió desde la última vez que pasó. Prefiero eso antes que ver al colectivo pasar delante de mis narices. Mi nariz, es decir. Es más odioso verlo pasar ahí y saber todo lo que uno va a tener que esperar hasta que pase de nuevo. Si uno no lo vio pasar, puede pensar que va a llegar de un momento a otro, pero si le pasó enfrente, tiene la certeza de que va a tener que esperar media hora, cuarenta y cinco minutos. La esperanza hace al tiempo más llevadero, ¿no cree?

—Sí, señor comisario.

—Pero me estoy yendo por las ramas. Como dije, voy a estar yo mismo esperándolos a la salida. Les voy a sonreír. Por supuesto que con un ejército apuntándoles detrás de mí.

—Sí, señor comisario.

—Pero ahora dígame una cosa: ¿por qué los delató? Supuestamente los internos tienen códigos. La sociedad tiene códigos, en realidad. Los alcabuetes son mal vistos, y muchas veces con razón. Y eso que desde los niveles iniciales de la educación nos incitan a delatar a un compañero que se copió en un examen o se mandó una macana. A un pobre niño lo ponen entre la espada y la pared: por un lado, los docentes le dicen que lo correcto es decir la verdad, y por el otro, están los compañeros, que con un claro sentimiento de camaradería, encubren al infractor. Siempre encontramos excepciones, por supuesto, y ésta que está frente a mí es una de esas. Pero deje, no me tiene que explicar por qué los delató. Desde mi posición me animo a decir que está mal ser un soplón como usted: es una actitud denigrante. Pero sígalo haciendo aquí dentro, que a nosotros nos conviene. ¿Le parezco muy contradictorio?

—No, señor comisario.

—Mejor. Cada interno que colabora con nosotros para el correcto funcionamiento de la penitenciaría es tratado de otra forma. Si fuera por mí, lo colgaría por alcabuete.

II

Omara pagó el taxi y condujo a Alfredo hasta la gran puerta y verde de un edificio que parecía caerse a pedazos.

—Llegamos. Bienvenido a mi humilde morada.

Alfredo estaba demasiado aturdido por lo que acaba de ocurrir como para elaborar una respuesta.

Subieron unas escaleras que alguna vez habían sido de mármol y que parecían interminables e ingresaron al departamento. Era difícil creer

que una mujer hubiera pisado jamás ese cuchitril: tenía el suelo repleto de periódicos, el empapelado humedecido era incapaz de disimular las rajaduras de las paredes, las persianas estaban desgastadas y destrozadas y ni siquiera en un panteón bicentenario habría podido sufrirse el olor a muerto que había allí.

Pero a Alfredo no le hacía mella pues estaba sumido en sus elucubraciones. Reaccionó cuando Omara le regó la frente con agua oxigenada y lo hizo chillar como un jabalí recién ensartado. Le limpió la herida y le proporcionó compresas frías.

Luego de un rato y media botella de whisky con fines analgésicos, Alfredo ya se sentía mejor y había llegado a olvidar a Rita y todas las imágenes que le hacían doler la cabeza. Fue entonces cuando Omara se le acercó más que nunca y comenzó a acariciarle los muslos. Él, sosteniendo las compresas, se dejó tocar hasta que su organismo lo obligó a actuar. Arrojó las compresas y la besó desenfrenadamente. Se quitó la ropa y empezó a hacer lo mismo con la de Omara hasta que vio algo que le provocó un escalofrío que casi acabó con su vida: el bulto de la bombacha tenía un volumen inapropiado y puntiagudo. Para cerciorarse de que su vida se había arruinado definitivamente, Alfredo arrancó de cuajo la lencería. Enloqueció hasta tal punto que de un instante a otro vio sus manos aferrando el cuello de Omara, o quien fuese. Estaba decidido a matarlo.

Pero Omara tenía la fuerza de un toro y logró evitar la estrangulación, contraatacando con sus brazos que a primera vista parecían delicados, pero que eran capaces de derribar una pared. Los forcejeos terminaron de darle al lugar la apariencia de una catacumba: los pocos muebles se hicieron trizas, las ventanas se resquebrajaron del todo y un pato de cerámica fue destruido de tal forma, que nadie habría pensado que alguna vez hubiera existido. Los dos hombres se revolcaban por el piso cual si fueran gatos riñendo en un tejado. Cuando lograron incorporarse, Omara tomó a Alfredo por el cuello de la camisa, lo levantó en el aire y lo arrastró hasta una de las ventanas. Al estar al borde del abismo,

Alfredo se acordó de una maniobra que le había sido útil en la infancia para burlarse de un perro rabioso que lo había querido atacar.

III

—No sé, no lo había pensado.

—¿Sí o no pibe? No hay demasiadas opciones. Te querés escapar, o no te querés escapar. Es así de simple.

—Y, como querer escapar, me quiero escapar...

—¿Entonces?

—¿Pero ustedes tienen algún plan?

—Por supuesto que tenemos un plan, si no, no estaríamos proponiéndote un escape.

—¿Y por qué a mí?

—Bueno, esa es una pregunta que te la vamos a ir respondiendo a medida que te expliquemos los pasos a seguir. Pero para hacértela rápida: porque cumplís los requisitos del compañero que nos faltaba para poder realizar la operación.

—¿Qué operación?

—El escape, pibe, el escape.

—¡Ah! Claro, qué tonto.

—La verdad que sí.

—Bueno, viejo, aflojá. No te pasés de la raya.

—Escuchame, pendejo, te vamos a dejar las cosas en claro desde un principio: no nos importa de dónde venís, cuán corajudo sos, a cuántos tipos mataste o a cuántas pibas te violaste. No nos interesa ni tu pasado ni tu futuro. Sabemos que tu presente consiste en estar encerrado en una celda como nosotros mismos. Y la verdad es que no nos incumben ni tus deseos, ni tus sentimientos, ni tus rencores ni tus nostalgias, ¿me entendés? No nos importa si le debés plata a alguien, si una mina te cuerneó, si de noche necesitas que el velador esté prendido para poder dormirte, si preferís el

churriguerismo o el rocó, si tenés un pie más largo que el otro, si sabés la raíz cuadrada de catorce o si te lavás los dientes una vez por día, dos o nunca. Sencillamente nos hace falta un colega más para rajarnos de acá y vos encajás perfectamente en el perfil que nosotros imaginamos, ¿me entendés?

—Que encajes perfectamente no quiere decir que te puedas mandar el tupé de acotar, ni de refutar, ni de contradecir, ni de oponer, ni de rebatir...

—En una palabra: de objetar.

—Sí, eso es, ojetear; gracias, Hugo. Justamente, los que ideamos este escape somos él y yo. Nadie más. ¡Ah! Eso es otra cosa. Que no se te ocurra hablar, por más que aceptes ahora o nunca. A nadie, o sos hombre muerto. Como decía Hugo, vos solamente participarías de esto y te llevarías como recompensa nada más y nada menos que el escape. ¿Entendiste, pibe?

—Sí, entendí.

—Mejor así. Ahora decínos, ¿te querés escapar o no te querés escapar?

—Bueno.

IV

Esa tarde merendaron mate con bizcochitos de grasa. Tacio estaba nervioso y para acelerar un poco el trámite, sólo tomó dos mates e hizo un gesto para indicar a Victoria que ya no quería participar más de la ronda. Esperaba que esa dimisión estimulara a los otros dos a que terminaran prontamente de merendar para que Raúl intentara volver a su casa. La estrategia le dio resultado, pues la ronda sólo duró tres mates más: uno de Raúl y dos de Victoria.

Después de ciertos minutos de nada, Tacio se halló solo en la habitación. Abrió el ropero y sacó la escopeta. La examinó unos instantes y vinieron otra vez a su mente lejanos recuerdos, liebres y perdices. No quería que se le pasasen los diez minutos, quería que todo se cumpliera ese día ya que la escopeta no pasaría desapercibida por mucho tiempo en el ropero, puesto que Victoria lo limpiaba con el plumero todas las

mañanas, como si de un día para el otro pudieran ingresar a él kilos y kilos de tierra desde la nada.

Cuando calculó que ya habrían transcurrido unos cinco minutos y medio, se lanzó a la caza. Atravesó el pasillo y descendió por la escalera sufriendo cada escalón de esa maldita madera crujiente. Cuando por fin arribó a la planta baja ya no tomó recaudos: corrió a la puerta de entrada, vio de frente a la cara de Victoria mientras lo abrazaba y disparó. Una fracción de segundo antes de accionar el gatillo algo casi lo detuvo: la campera de quien estaba abrazando a Victoria era color fucsia. No recordaba que su hermano usara esas gamas. Es más, estaba seguro de que su hermano nunca había tenido una campera color fucsia. Sin embargo, fue justamente una milésima de segundo y no más. Quizás sólo un segundo habría bastado para detener la empresa, pero el gatillo ya había sido accionado y Nilda, la vecina que odiaba pero no para tanto, tenía un agujero de medio metro en la espalda.

V

—¿Y con eso qué?

—¿Cómo “y con eso qué”?

—¿Qué tiene que ver eso con que andás escuchando a aquellos dos hablar de un escape?

—Y, justamente: te acabo de decir: “afanzar la justicia”. ¿Te parece justo que dos individuos que tienen que pagar sus delitos en un penal quieran escaparse?

—No es de mi incumbencia.

—“Constituir la unión nacional”. ¿Te parece un hecho que promueva la constitución de la unión nacional el que estos dos malandras decidan algo así sin consultar con los demás semejantes?

—O sea que estás enojado porque esos dos no te incluyeron en su plan.

—No, no, no. Estás equivocado, Bernabé. Al decir sin consultar no quiero

decir que si ellos me consultan a mí voy a aprobar su empresa. No, señor, yo nunca dije eso.

—¿Y por qué ellos habrían de consultarte a vos? Es más, si se quisieran escapar, al último que consultarían serías vos.

—Es una barbaridad lo que estás diciendo. ¿Por qué yo, Justo Manrique, sería el último en consultar?

—Porque tenés fama de alcahuete, quieras o no.

—Yo defendiendo las causas justas y honorables y estoy dispuesto a ser perseguido por eso. Pero vos, ¿qué pito tocás? ¿Estás de acuerdo con que esos dos quieran escaparse?

—No estoy ni de acuerdo ni en desacuerdo. Es más: ojalá los agarren y los caguen a palos, pero si se quieren escapar, yo no me voy a meter en el medio. Aunque ahora que lo pienso, podría sacar algún provecho de esto, alguna extorsión. Podría extorsionar a ambos lados: tanto a los guardias como a estos dos. A los policías les podría decir que sé de alguien que se quiere escapar, pero que el dato les costará cierta cantidad de dinero. Y a Hugo y Alfredo les podría hacer desembolsar para mantener mi silencio. Y los podría extorsionar en más de una ocasión.

—Sos un delincuente sin arreglo. Y eso no es lo peor de todo: sos un pecador destinado a arder en las llamas del infierno.

—¿Ah, sí? Ya estoy en el infierno y mirá como tiemblo.

—Pero voy a hacer lo posible para ayudarte.

—¿Ayudarme a qué?

—A aliviar tu dolor.

—A mí no me duele nada.

—Como tú digas.

—¿Tú? ¿Ahora sos gallego, Justo?

—Perdón, perdón. Quise decir “vos”, no “tú”. Olvidate que dije “tú”. Quise decir “vos”, en serio. No sé por qué salió de mi boca la palabra “tú”. Nunca la había usado. “Vos” y punto.

—Bueno, no te pongas histérica.

—No, no, estoy bien, estoy bien.

VI

Vidal se gastó el dinero que le quedaba en tres cajas de vino tinto y las bebió en el parque. Se maldijo por haberle contado a Marmota y, tras vomitarse los pantalones, decidió dejar el orgullo de lado y rogarle de rodillas a Karen que lo perdonara. Si estaba Marmota con ella, no importaba, sabía que ese idiota no pertenecía al tipo de hombre que le gustaba a Karen.

Mientras emprendía el regreso forzó un llanto para darle más credibilidad a su arrepentimiento. Se detuvo a unos metros de la casa y trató de recordar las peores cosas que le habían sucedido. La borrachera le facilitó la empresa, y en pocos minutos estaba llorando desconsoladamente.

Se tambaleó hasta la entrada y advirtió que la puerta estaba abierta y todas las luces del interior prendidas. Pestañeó varias veces y entró corriendo.

—¡Perdoname, mi amor! —gritó llorando.

Los cuatro hombres con uniforme policial que estaban dentro de su casa lo observaron con asombro por unos segundos. Vidal estudió las caras de cada uno de ellos y finalmente dirigió su mirada al centro de la estancia, donde yacía el cadáver de Karen, totalmente destrozado.

—¿Cuántas puñaladas le diste, animal? —lo reprochó uno de los policías.

Vidal permaneció boquiabierto.

—Cállese, González —dijo un hombre bajo de sobretodo que salía del baño restregándose las manos.

—¿Qué pa... —comenzó a decir Vidal.

—Soy el detective Jáuregui, de Homicidios.

—¿Qué pa... —repitió Vidal y fue interrumpido nuevamente.

—Arréstlenlo —ordenó el hombre de sobretodo. Vidal intentó escapar y dio media vuelta, pero se encontró con los nudillos de alguien y se durmió.

VII

La posición de los cuatro hombres en la celda fue idéntica por varios minutos. El cadáver de Sergio hacía más estática la escena y el silencio se apoderó de las golas de esa gente. Hugo seguía rascándose la barba mirando al único rincón desocupado de la celda, vista intencional ya que no podía pensar de la misma forma si permanecía mirando a la cara a otra persona. Alfredo, en cambio, alternaba cada tanto el gris del suelo con el rostro de Hugo. Casi no pensaba: esperaba una respuesta de su compañero. Vidal, a su vez, mudaba su enfoque desde la figura preocupada de Hugo a la silueta expectante de Alfredo. No sólo no pensaba y esperaba lo que los otros dos pudieran decidir, sino que también tenía miedo de que lo acusaran de algo. Y por último, estaba Tobal en una esquina, intercalando los rostros de esos tres desconocidos frenéticamente. Improbablemente (si había algo más improbable aún no se había descubierto), Sergio quizás estuviera observando a todos, a Tobal inclusive, desde un lugar lejano. Por lo pronto, su cadáver yacía expresivamente en el catre.

—Che, Tobal, ¿vos sabés algo? —escrutó Alfredo.

—¿Algo como qué? —respondió el guardia amarillo devolviéndole la vida a su garganta.

—Lo que sea, botón.

—¿Y por qué habría de saber algo? —preguntó Tobal. Los dientes le castañeteaban y Hugo lo advirtió, por lo que decidió formar parte de la indagatoria.

—No te pongas nervioso, ¿Tobal es? Sí, Tobal. Si no sabés nada, no hay por qué temer —dijo Hugo inteligentemente.

—Yo no sé nada, no se la agarren conmigo. Aparte no entiendo qué tendría que saber. ¿Qué es lo que está pasando acá?

—Nosotros somos quienes hacemos las preguntas acá —dijo Alfredo—, creo habértelo dejado bien en claro.

–¡Qué original! –exclamó Hugo sorprendidamente– ¿De qué película lo sacaste eso? “Nosotros somos quienes hacemos las preguntas acá” –se burló frunciendo los labios como queriendo tener bigotes.

–Pero, ¿qué te pasa, Hugo? –inquirió Alfredo desconcertado– ¿Para qué lado pateáis vos? ¿Te querés escapar o romperme las pelotas a mí nada más?

–Ah, se trataba del escape –pensó en voz alta Tobal y todos lo miraron.

–¿Qué? ¿Acaso sabías algo del escape? –sonsó Alfredo.

–No, no, yo ya dije que no sé nada –respondió el guardia.

–Un momento –deliberó Hugo–: observemos cómo la contracción entre una preposición y un artículo determinado puede cambiar todo y dejar en evidencia a este hombre.

–¡¿Qué?! –gritaron todos al unísono. Parecía que hasta Sergio había hablado. Al percibir que incluso Tobal preguntó, Alfredo le propinó una patadita en el tórax.

–Tobal dijo: “se trataba del escape”. Ese “del” está indicando que él sabía previamente de un posible escape. De lo contrario no hubiera usado ese “del”, hubiera usado un artículo indeterminado: un “un”.

–¿Cómo? –reclamó Alfredo desorientado.

–Claro, si él no hubiera sabido que un escape era posible, que alguno de los presos estaba planeando un escape, hubiera dicho: “Ah, se trataba de un escape”, pero dijo: “Ah, se trataba del escape”, ¿me entendés? De el escape. Es decir que por más que no supiera que nosotros éramos los que nos queríamos y queremos escapar (de hecho cuando entró a esta celda preguntó “¿Quiénes son ustedes?”), ya sabía de antemano que alguien se quería escapar. Ahora ese alguien se transformó en nosotros.

Alfredo gesticuló de una forma que significaba que había entendido el planteo de Hugo. Vidal se hallaba boquiabierto. Todos miraron a Tobal. Si tenía algún argumento para desmentir la hipótesis de Hugo ya era tarde: se había sonrojado tanto que se asemejaba a la cabeza de un fósforo.

–¿El acusado tiene algo que decir al respecto? –bromeó Alfredo y

luego largó una carcajada.

–Yo no me reíría tanto –dijo Hugo preocupado–. Si éste sabe, el finado también sabía y además de testamento nos dejó un “Él sabe”, es de suponer que más gente sabe de lo nuestro. ¡Hasta un guardia del pabellón amarillo lo sabe! ¿Te das cuenta? ¿Cuántos más lo pueden saber entonces?

–Es verdad, no lo había pensado.

–Yo tampoco –intervino Vidal, el ausente presencial.

–La puta madre –rezongó Alfredo– ¿Y ahora qué hacemos?

–¡Qué jodida que es la incertidumbre! –filosofó Hugo– No nos frustraron el plan por una pura casualidad, no podemos seguir con esto.

–Pero tampoco podemos tirarnos atrás –acotó su colega.

–No, ya es tarde: hay dos finados y un prisionero. Además deben estar todos esperándonos afuera. Si salimos de acá nos cagan a escopetazos.

–¡Buenísimo! –ironizó Alfredo– Nuestro plan era escaparnos de la cárcel y ahora se redujo a ver cómo mierda salimos de este pabellón en el que encima vive un troglodita. Salimos de Guatemala para meternos en Guatepeor.

–¡Qué buen refrán! –satirizó Hugo– Pero, ¿de qué sirve lamentarnos? Ya estamos jugados. Busquemos una solución inmediatamente. Si pudiste salir del pabellón y volver a entrar incluso con un guardia de prisionero, ¿por qué no vamos a poder hacerlo otra vez?

–Porque ahora sabemos que ellos saben –intuyó Alfredo.



SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 9

I

—La situación es la siguiente, señores: los internos cuatro mil seiscientos veintiséis, cinco mil novecientos noventa y nueve y ocho mil doce planean escaparse. Tal vez esto no les parezca algo novedoso, teniendo en cuenta que ya estaban avisados de un éxodo factible, pero el dato clave que desconocían era la fecha. La fecha es hoy, más precisamente esta medianoche.

—Entonces la fecha no es hoy, sino mañana, las cero horas de mañana —interrumpió un pelirrojo que se hallaba sentado en la cuarta fila del auditorio.

—Tiene usted toda la razón, oficial Victoriano —éste miró a sus costados con una sonrisa triunfal—, pero lamentablemente queda usted despedido. Retire sus cosas y márchese. En menos de ocho minutos lo quiero fuera de esta penitenciaría para siempre.

—Pero...—intentó el intrépido.

—No hay peros. Retírese antes de que haga que sus ex colegas lo saquen a la fuerza. ¿No sería humillante que quienes hasta hace quince segundos eran sus compañeros de trabajo lo tuvieran que sacar como si fuera un perro que se mete en una iglesia? Váyase con dignidad, hombre, y no vuelva nunca más.

Victoriano se ruborizó.

—Usted no puede hacer esto, comisario.

—Señor comisario, para usted. Sí, Victoriano, puedo hacer esto y mucho más. Por última vez le voy a pedir que se retire. Estamos ante una alerta de escape y usted nos está haciendo perder el tiempo. Si los internos llegaran a escaparse, yo lo mandaré a usted a darle explica-

ciones al maldito inspector general. Váyase ya si quiere volver a trabajar de policía alguna vez.

Victoriano se paró y mientras oscilaba entre piernas y sillas tratando de atravesar la fila, se percató de que los vistazos de sus ex colegas representaban tanto compasión como regodeo. El comisario lo seguía con una mirada impertérrita. El flamante desocupado apoyó su mano en el picaporte, miró de soslayo y murmuró algo que Froilán no alcanzó a oír.

—¿Cómo dijo, Victoriano? —inclinó el comisario frunciendo el entrecejo y casi cerrando sus pupilas.

—No dije nada.

—Sí, ha dicho algo. Yo lo he visto.

—Le juro que no dije nada, comisario —Victoriano se sonrojó.

—Señor comisario, para usted, he dicho. ¿Encima osa tratarme de loco o de sordo?

—No, no, no quise tratarlo de loco ni de sordo, señor comisario.

—Pero lo hizo. Ahora mismo dígame qué dijo.

—Le digo que he dicho que no había dicho nada, señor comisario.

—Veo que no va a confesar. Usted, Roccaplana, dígame qué ha dicho Victoriano. Usted es quien se halla más cercano a la puerta y seguramente ha oído con claridad lo que este desobediente ha dicho.

—Sss...sss...sss...sssí —tartamudeó Roccaplana, un guardia que parecía más enano que su propia silla.

—¿Qué dijo, Roccaplana? Dígame qué dijo Victoriano.

—¿Te te te textual? —preguntó

—Sí, hombre, vamos.

—Dijo: “Fracasado” —delató sin tartamudear.

—Muchas gracias, Roccaplana. Y en cuanto a usted, Victoriano, le aviso que todo este episodio estará constatado en su expediente. Si vuelve a entrar a una cárcel, lo hará en condición de preso. ¡Fuera de mi vista!

Victoriano terminó de accionar el picaporte y antes de irse miró a Roccaplana con desprecio.

—¡Alcahuate! —bramó y dio un portazo.

Froilán retomó el discurso ante los cincuenta oficiales, guardias y demás hombres que se hallaban en la sala.

—Antes de continuar con lo que estaba diciendo hasta que el irresponsable que acabo de despedir me interrumpiera, les quiero decir que desde mi posición me animo a juzgar que está mal ser un soplón como Roccaplana. Es una actitud denigrante.

—Pero señor...—se interpuso el acusado.

—Cállese, Roccaplana, si no quiere terminar como Victoriano. Es una actitud denigrante y punto. No aliento ese tipo de actitudes, quiero que lo sepan.

Roccaplana estaba más incómodo que en aquella primera cena en la casa de sus ex suegros cuando se olvidó de ponerse los zapatos. Esa noche había estado todo el tiempo tratando de desviar la vista de los demás comensales ignorando que el suegro se había percatado ni bien lo hubo visto por la ventana cuando llegaba. Ese sería un factor decisivo para el divorcio.

—Ahora sí, volviendo al tema por el cual los he reunido aquí: los internos cuatro mil seiscientos veintiséis y bla bla bla fueron destinados hace poco más de una hora al pabellón negro por decisión mía. Los guardias encargados del traslado fueron Porrigo y Annunziati...

Algunos guardias menearon sus cabezas.

—El quid de la cuestión es que no he recibido noticias de ellos, por lo que es de suponer que los internos se amotinaron y tienen el control del pabellón. Sabemos que los presos tenían planeado escaparse el primer día lluvioso de junio, pero suponemos que no tenían planeado amotinarse. El hecho de que se hallen fuera de los rieles que habían pactado puede sernos favorable en el sentido de que probablemente los internos estén cayendo, si es que no cayeron aún, en un estado de desesperación y de descontrol. Ese incidente, por el contrario, también nos puede jugar en contra si ante la desesperación los internos están dispuestos a hacer cualquier cosa. Suponemos que Porrigo y Annunziati han sido tomados como prisioneros y seguramente tratarán de negociar su liber-

tad a cambio de las vidas de los guardias, pero no conseguirán ningún trato: son delincuentes y merecen estar entre las rejas. Con respecto a las vidas de los guardias, esto es algo que sucede en todas las cárceles: en todas las penitenciarías fallecen heroicamente guardias y oficiales, no hay por qué alarmarse. También está la posibilidad de que ya los hayan matado o quizás se están disputando allí dentro, eso lo tendremos que averiguar. El peligro máximo que corremos es que los internos tengan todo planeado, incluso esta reunión que estamos teniendo ahora. No sabemos qué coeficiente intelectual tienen los amotinados, pero tenemos que estar preparados para enfrentar a Isaac Newton, Napoleón Bonaparte y Gioachino Greco en conjunto. Sabemos que uno de los amotinados, más precisamente el interno ocho mil doce, tiene veintiún años. Pero ¿quién sabe? Quizás haya sido un niño prodigio, el mejor de su clase, abanderado de su colegio, etcétera, al que le gustaba delinquir. Recuerden que Wolfgang Amadeus Mozart empezó a componer a los tres años y que el mismo Jesús de Nazaret hacía travesuras cuando niño. Tranquilamente podríamos estar ante un superdotado. Es al muchacho a quien más temo.

Los oficiales, guardias y el resto del personal que ocupaba la sala iniciaron un murmullo que, como una bola de nieve, fue convirtiéndose en un batifondo.

—¡Orden! ¡Orden en la sala! —mugió el comisario— Comportémonos como profesionales, por favor. Algunos de nosotros, la gran minoría, nacimos para esto. Estamos preparados para cosas como éstas. No hay por qué temer, señores, son sólo tres internos encerrados en un pabellón. ¿Qué mal nos pueden hacer? Ya sé que las vidas de Porrico y Annunziati están en peligro. ¡Pero las nuestras no! Por eso no tenemos que preocuparnos. Con esto no quiero decir que no vamos a tratar de salvar a nuestros colegas, ni mucho menos, ni que vamos a dejar que esta insurrección cumpla su cometido. Esos tres reos van a pagar por lo que hicieron y por lo que tratarán inútilmente de hacer. No se van a escapar, de eso pueden estar seguros. Controlaremos cada puerta, cada

claraboya, cada centímetro de esta penitenciaría. Permaneceremos sin comer y sin dormir hasta que esos tres bárbaros muestren la hilacha. Repito: no se saldrán con la suya. Tienen los minutos contados. Larra-tea, tráigame otra botella.

II

—Todavía no puedo entender cómo se enteraron estos tres —se lamentó Alfredo.

—Ojalá sean sólo tres —auguró Hugo—, pero no perdamos el tiempo en estupideces y en suposiciones. No seamos como la policía que gasta su tiempo en buscar el culpable de alguna causa perdida y no ve o no quiere ver lo que realmente está sucediendo en la calle. Seamos prácticos: si no hacemos algo van a entrar y no van a tener piedad.

—¿Entrar? —se extrañó Vidal— ¿Cómo van a entrar si nosotros tenemos las llaves de todo el pabellón?

—¿Vos sos idiota o te hacés? —lo atacó Alfredo— ¿Pensás que no tienen otro juego de llaves? Deben tener cientos.

—Pensá dos veces lo que decís, pibe —añadió Hugo. Vidal, resignado, volvió su vista al suelo.

—El muchacho tiene razón —aportó Tobar desde su rincón—. Hay un solo juego de llaves del pabellón negro. Es que nunca se usa, sólo para la bestia.

Los mayores del grupo quedaron atónitos y Vidal sonrió.

—¿Vieron? —inquirió socarronamente.

—Pará, mocoso —indicó Hugo con el orgullo tocado—. ¿Qué te hace pensar que este tipo está diciendo la verdad? Es uno de ellos. Nos está diciendo que hay un solo juego de llaves para que nosotros estemos confiados, descuidemos la cuestión y en una de esas entre un pelotón y nos haga puré.

—Totalmente de acuerdo con Hugo —enfaticó Alfredo. Luego observó

al guardia confesor— ¿Por qué habrías de favorecernos?

—Me salió del alma, no sé, si no me quieren creer es problema de ustedes.

Alfredo se acercó y apretó los testículos de Tobal con frialdad, como si estuviera cambiando la lamparita de un velador.

—¿Es verdad?

—Sí, es verdad! —gritó el torturado.

—¿Seguro? —Alfredo incrementó la presión— Mirá que te hago chiflar si no... ¿Querés chiflar, eh? ¿Querés chiflar?

—¡No, por favor, eso no! ¡Les juro que estoy diciendo la verdad!

—Bueno, así me gusta —Alfredo soltó a Tobal, que se retorció en el suelo y gemía—. Yo creo que está diciendo la verdad. ¿Quién no diría la verdad si le aprietan los huevos?

—De todos modos yo conservo mis dudas —se resistió Hugo—. Decime, Tobal, ¿qué es eso de que te “salió del alma”?

—Sí, —empezó el guardia más calmado— quiero decir que fue como un reflejo. Siempre me molestó la incompetencia del comisario y de los oficiales y guardias del penal.

—¡Ajá! Se trata de una especie de rencor, entonces... —azuzó Hugo.

—Más que de una especie, de un rencor por completo —reflexionó Tobal en un tono que sorprendió a todos. El hombre estaba echado como un pordiosero en un rincón acariciándose el pubis y empezó a hablar en una forma pausada y tranquila—. Hace años que vengo aguantando las estupideces de todos esos buenos para nada. Especialmente las de ese comisario de poca monta, que piensa que es Nerón o Alejandro Magno. Da órdenes como si fuera el capitán de un barco, pero no sabe que está a bordo de una canoa a la que se le está pudriendo el casco y cuyos tripulantes están esperando la ocasión ideal para zambullirse. Hasta es preferible que te devore un tiburón.

—¡A la mierda! —exclamaron a coro los presidiarios.

—Es así, lamentablemente no somos la mayoría los que queremos deshacernos de ese déspota caricaturesco. Él subsiste porque tiene a

una gran cantidad de aduladores que le siguen de atrás como perros. Yo creo que tiene que pasar algo para que todos se den cuenta de que la explotación y el maltrato de Froilán tiene que llegar a su fin, por las buenas o por las malas.

—¿Algo como qué? —preguntó Hugo en un tono que fracasaba en el intento de ser desinteresado.

—Algo grave, supongo. Con eso no estoy diciendo que la esposa le tiene que partir el palo de amasar en la cabeza, aunque no estaría nada mal. Tiene que pasar algo importante acá en la cárcel, algo negativo para su gestión.

—¿Algo como qué? —repitió Hugo.

—Algo grotesco.

—¿Grotesco? —preguntó Vidal— ¿Eso qué carajo es?

Hugo se interpuso vanidosamente.

—Una cosa ridícula, nene, extravagante. ¿No, Tobal?

—¿Qué? —preguntó el raptado boquiabierto— ¡Ah, sí! Algo que lo deje en un ridículo tal que no se anime ni siquiera a mirarse a un espejo que adelgaza.

—¿Y qué tiene que ver que el espejo adelgace o no en este caso? —intervino Alfredo dubitativo. La pregunta descolocó aún más a Tobal.

—No sé.

—Bueno, entonces habría que pensar en algo ridículo que sea negativo para la gestión de Froilán —Hugo no quería dejar pasar la ocasión y le echó una mirada reprobatoria a Alfredo.

—Exacto —contestó Tobal.

—Un ejemplo podría ser el escape de algunos internos —osó Hugo—. Nunca nadie se escapó de esta cárcel, ¿o no?

—¿Es verdad! Sería lo más humillante para Froilán. Siempre nos recuerda a todos el orgullo que le da que nadie se haya escapado de este penal de mierda. Todos sabemos igual, que esconde lo de ese tal Ferguson.

—¿Ferguson? —preguntaron los demás al unísono.

—El único tipo que se escapó de esta penitenciaría.

—¿Y cómo se escapó? —indagó Alfredo excitado

—El caso Ferguson es una leyenda: pasó hace muchos años y no queda nadie en esta cárcel más que el comisario y Abelardo, el que limpia en el pabellón azul...

—Nuestro pabellón —acotó Vidal y recibió las miradas censuradoras de sus dos colegas, que no veían por qué brindarle información a un guardia.

—Sólo el comisario y Abelardo saben exactamente lo que ocurrió; los demás siempre cuchicheamos sobre ese mito que quedó dando vueltas.

—Contanos de la leyenda... —solicitó Hugo.

—Ferguson era un médium, ¿vieron lo que hacen esos tipos? Estaba condenado por asesinar a cuatro ancianas y lo más raro era que las cuatro viejas tenían enfermedades terminales. O sea que si el tipo les tenía bronca por algo podría haber esperado un tiempito a que las viejas fallecieran de muerte natural. Pero la cosa es que las mató y en cada caso había sido contratado por la familia de las viejas que querían ver si el chanta éste las curaba con sus poderes. No sólo no las curó, sino que las apedreó.

—¿Apedreó? —se extrañó Alfredo.

—Un loco bárbaro. La leyenda cuenta que este Ferguson, una vez en la cárcel, se comunicaba telepáticamente con el comisario: penetraba en sus sueños y lo hacía tener pesadillas. Hasta le ordenaba cosas que Froilán cumplía al pie de la letra, sonámbulo. Por ejemplo, si a Ferguson se le antojaba algo de comer, en segundos obtenía lo que quería comunicándole al comisario algo como “Andá hasta la heladera, sacá un pedazo de mortadela, metelo entre dos tostadas y traémelo a mi celda.” Suena increíble, pero parece que a Ferguson le funcionaba. Cuando se cansó de mandarlo a hacer diligencias (dicen que hasta lo hizo correr desnudo por todo el penal gritando “Soy Julieta Capuleto”), utilizó sus poderes mentales para escaparse: le ordenó simplemente que le abriera la celda, que lo acompañara hasta la puerta de la penitenciaría y que le diera un gran abrazo. Después de ese episodio, cuentan que Froilán

despidió a casi todo el personal de la cárcel y algunos empleados desaparecieron.

—¿Puede hacer eso?

—Justamente eso es lo que aborrezco: el tipo hace lo que se le da la gana y nadie le recrimina nada. Son todos ciegos, sordos y mudos ante él.

—¿Nadie lo puede rajar?

—El inspector general, que viene acá una vez cada cinco o seis meses o cuando hay algún disturbio. Es bastante rudo y el comisario no le cae muy bien. Pero Froilán le convida una copa de vino y el inspector se marcha contento elogiándole la gestión.

—Debemos —colectivizó Hugo— hacer que el inspector se dé cuenta de que si no echa al comisario va a quedar en un ridículo tal que no podrá mirarse en un espejo que adelgaza.

—Es imposible —lo detuvo Tobal—. ¿Cómo vamos a hacer eso?

—Es simple —dijo Hugo apretando los labios.

—Vamos, Hugo, no sherlockiés —lo chuleó Alfredo.

—Y vos no inventes palabras que ya hay muchas en la lengua castellana. Es simple por la siguiente razón: ellos no saben que Sergio y Annunziati están muertos, ni tampoco que Tobal está de nuestro lado. Es decir que piensan que tenemos tres prisioneros y nosotros nos vamos a aprovechar de eso con esta pequeña radio que tengo en mi mano izquierda.

III

—¿Dónde mierda estabas, pendejo? —aulló la sombra.

—Estaba escuchando al Partido —tembló el chico y recibió una cachetada.

—¿Y qué mierda voy a comer yo esta noche si vos te la pasaste escuchando al Partido?

—No sé, papá.

El hombre descargó una serie de trompadas.

–Papá tiene que comer, inútil. Si papá no come, papá se enoja.

–Perdoname, papá –sollozó Quique.

–Maricón –sentenció el hombre y lo abofeteó.

Entre tanto ruido apareció la madre de Quique.

–¡Hijo de puta! ¡Dejá a mi hijo en paz! ¡Vos sos el que tiene que traer comida acá!

El hombre bajó el tono y se dirigió a su hijo.

–Pendejo, ahora quiero que te quedes mansito ahí y mires lo que le va a pasar a la irrespetuosa de tu madre.

El hombre se sacó el cinturón.

–¡Putá! ¡Te voy a enseñar a callarte la boca!

La oscuridad y las lágrimas no impidieron que Quique fuera testigo una vez más de las trompadas, patadas y rodillazos que su padre propinaba a esa mujer a la que los golpes y el hambre perpetua habían convertido en una lúgubre y delgada figura, de una cara roja que parecía haber sido sumergida en ácido.

El cuarto comenzó a llenarse de sangre y Quique intentó detener al torturador, pero obtuvo un fuerte trompazo en la quijada que lo hizo volver a su lugar. Cuando su madre llegó al borde del vahído, el cernícalo se detuvo.

–Ahora mirá esto y aprendé, pendejo.

Se desabrochó los pantalones y comenzó a penetrar a la mujer, que apenas respiraba.

–¡Basta! –gritó el niño pataleando– ¡Dejala, hijo de puta!

El hombre se detuvo y se acercó a su hijo.

–¿Cómo me llamaste? –apretó los dientes.

–No dije nada –respondió Quique.

– Te pregunté cómo me llamaste, carajo.

–No sé –pretendió el chico.

El hombre lo agarró por los pelos con la mano izquierda y con la derecha comenzó a golpearle la boca.

–Te la voy a destruir, pendejo, así no vas a decir lo que no tenés que decir.

Luego de hacerle caer varios dientes, el hombre se largó a reír a carcajadas.

–Mirá cómo te quedó la boca, pendejo. Se te van a ir las ganas de hablar ahora.

Mientras el hombre golpeaba a su hijo, la madre de Quique fue a buscar el hacha que usaba el monstruo todos los días para cortar leña y cobrando las fuerzas que surgen cuando la supervivencia parece llegar a su fin, hachó a su marido en el húmero izquierdo. No había esperado generar un daño tan contundente y se alegró.

El hombre, gimiendo desesperado, la empujó con el brazo que le quedaba, tomó el hacha y la desmembró.

Quique ya no sabía si lloraba sangre o si llovía. El asesino agarró lo que antes era su brazo y lo añoró gritando. Después miró sobresaltado al chico y se le aproximó.

–Vos no viste nada acá.

A Quique no se le ocurrió otra cosa mejor que gritar en busca de auxilio, a pesar de que ningún vecino solía entrometerse en problemas ajenos. Esa noche, en cambio, un hombre que vivía a dos chozas de la de Quique estaba aburrido. Buscó su machete y quiso averiguar qué estaba pasando.

IV

En medio de una llovizna que sólo servía para hacerlos parpadear con mayor frecuencia que de costumbre, los oficiales y guardias formaron en la gallera cuatro filas de diez hombres cada una. El comisario, al frente, comenzó su discurso solemne.

–Hombres fieles a sus convicciones y demás yerbas: lo que harán próximamente representará lo bien arraigado que tienen los valores pa-

trios y espirituales en ustedes mismos, porque yo una vez conocí a una viejita que me dijo “Persevera y triunfarás”.

Todos los subordinados se miraron entre sí: nadie entendía a ese mandatario que probablemente ya estuviera ebrio.

—¡Adelante mis valientes! ¡Denme un hurra! —al no recibir respuesta, el comisario gritó escupiendo— ¡Dije que me dieran un hurra, carajo!

—¡Hurra! —se unieron todos los formados en exclamación rimbombante.

—¡Ahora vayamos y destrocémoslos! ¡Tráiganme sus tripas! ¡Violen a sus mujeres y asesinen a sus hijos!

—¡¡Un momento!! —se escuchó a lo lejos desde uno de los extremos. Un sujeto petiso, pelado, de traje y anteojos que le cubrían casi todo el rostro atravesó toda la gallera agitando un brazo en lo alto. Próximo al grupo, se patinó y cayó en el barro. El comisario tuvo que hacer un gran esfuerzo para no reírse.

—¿Qué pasa aquí, Froilán?

—Inspector general, tenga usted muy buenos días, señor. ¿Por qué ha venido hoy aquí? No es que su presencia nos moleste; por el contrario: es una grata sorpresa. Pero su próxima inspección estaba programada para un mes adelante.

—No se haga el pelotudo, Froilán. Sabe bien por qué estoy aquí: he recibido un llamado de uno de sus oficiales avisándome nada más y nada menos que en esta cárcel hay un código naranja. ¡Código naranja, Froilán! Y usted no me ha dicho nada.

—Pero, Renato...

—¡Inspector general, para usted!

—Estimadísimo inspector general, yo no le avisé nada porque aquí está todo bajo control, ¿no es así, oficiales? —el comisario se dirigió a todos sus subordinados clavándoles una mirada amenazadora.

—¡Hábleme a mí, Froilán! —rugió el petiso— ¡Me importa un carajo lo que digan los oficiales!

—Disculpe, inspector general. Lo que trataba de explicarle es que aquí no ha pasado nada grave como para que yo tuviera que llamarlo e inte-

rrumpir su trabajo.

–No sea condescendiente, Froilán. Aparte me dice que no ha pasado nada grave y ¿qué significaban esos gritos? “Violen a sus esposas y asesinen a sus hijos”, ¿me puede explicar eso, Froilán? ¿A las esposas de quiénes ordenó que violaran, como si fuera Atila el Huno?

–Le explico, inspector general: con los oficiales, guardias y demás empleados del penal hemos estado ideando un simulacro de un motín. Como nunca suceden esas cosas en esta penitenciaría, creímos conveniente ejercitarnos. Quién sabe: quizás alguna vez los presos se amotinen y tendríamos que estar preparados, ¿no lo cree?

La expresión furiosa del inspector comenzó a mutar: el rojo de sus pómulos fue desapareciendo junto con su agitación.

–Bueno, la verdad es que me ha sorprendido, Froilán –los oficiales y guardias volvieron a intercambiar miradas–. Es saludable y efectivo tomar medidas de esa índole. Nunca está de más un poco de prevención, pero, por favor, no ordene asesinar ni violar, hombre.

–Tiene usted razón, inspector general. Lo que pasa es que me compe-
netré mucho con la situación de alerta y me pasé de rosca.

–Está bien, de todos modos lo felicita..

–¡Señor comisario! –gritó un guardia que venía corriendo desde el otro extremo del que había surgido el inspector. Todos lo observaron–
¡Creo que tienen secuestrado a Tobal! ¡No aparece por ningún lado!

El inspector giró la cabeza hacia el comisario.

–Urrutia, quédese tranquilo que por el momento suspendimos el simulacro debido a la agradable visita de nuestro inspector general.

–¿Simulacro? –interrogó el guardia patidifuso– ¿De qué está hablando, señor comisario?

–¿Vio que bien preparado está el asunto, inspector general? Están tan metidos en sus papeles que olvidaron que esto era un simulacro. A algunos guardias no les dijimos que todo esto era fingido, pues queríamos ver cómo se comportaban ante una situación de riesgo.

–¡Muy bien, Froilán! –se entusiasmó el inspector– Me asombra su

capacidad, realmente. Disculpe por haber dudado de usted: la verdad que es magnífico lo que ha logrado aquí.

–No me haga sonrojar, inspector general...

–A partir de ahora puede llamarme Renato, a pesar de tener un rango inferior.

–Muchas gracias. Quiero que sepa que siempre lo aprecié, Renato.

Las miradas desconcertadas eran cada vez más.

–Bueno, me voy a retirar entonces así pueden continuar con esta excelente tarea. Le aviso que voy a comunicar a las demás autoridades lo que usted está haciendo aquí y vaya uno a saber: quizás usted termine siendo colega mío.

–Sería un placer como también un honor, Renato.

–Para mí también –el inspector dio media vuelta para marcharse. No había caminado aún diez pasos cuando la radio del comisario comenzó a escupir unos vocablos distorsionados.

–Tenemos a Porrico, Annunziati y Tobal. Si no hacen lo que nosotros pedimos, vayan encargándose de comprar tres ataúdes.

El inspector giró ciento ochenta grados.

–¡Ah! –dijo sonriendo– Veo que también interpretan los papeles de los amotinad...

Antes de que terminara de hablar, el comisario desenfundó su revólver y le propinó cinco balazos en el pecho. Al sufrir el impacto, el cuerpo del miope salió casi volando un metro y medio hacia atrás. Luego apuntó a Urrutia y le dio un tiro en la cabeza. Los oficiales contemplaron mudos.

–Si alguno más se opone a mis órdenes, va a terminar como estos dos. Nadie va a salir de esta cárcel, sino en un coche fúnebre. Ahora llévense esos dos cuerpos.

CAPÍTULO 10

I

—¿Qué fueron esos tiros?! —exclamó Vidal, aferrándose al brazo de Hugo.

—No sé, vamos a ver —propuso Alfredo.

—¿A ver? —preguntó Hugo mientras se sacaba a Vidal de encima— ¿Por dónde? El único lugar por el que podemos ver es la puerta de este pabellón. ¿Tenés intenciones de abrir esa puerta de curioso nomás, así nos cagan a tiros? No sé que pudo haber pasado, pero lo cierto es que le hablé por radio a alguien e instantáneamente se escucharon unos balazos. Y no fueron contra nosotros.

—¿Se estarán tirando entre ellos? —indagó Alfredo.

—¡Buenísimo! —se alegró Vidal— Llamalos de nuevo, así se matan todos.

—No es mala idea —rumió Hugo.

—¡Esperen! No pueden hacer eso, hay gente honesta e inocente allá afuera —se preocupó Tobal, que se preguntaba si alguno de sus pocos apreciados colegas estaría muerto.

—¿Y? —lo rebatió Alfredo.

Tobal se tomó la barbilla con una mano.

—Qué sé yo, lo dije por protocolo.

—Pará, tiene razón. No podemos jugar con la vida de la gente —se apiadó Hugo.

—Pero yo lo que quiero es escaparme —rezongó Alfredo.

—Yo también quiero escaparme, pero sin asesinar a nadie, ¿me entendés?

—¿Asesinar? Yo no pienso asesinar a nadie.

—Si llamamos por la radio y alguien muere, estamos siendo asesinos.

—No, un momentito: si yo no aprieto el gatillo no soy ningún asesino, ¿eh? Que eso quede bien en claro.

–Escuchame una cosa Alfredo: un presidente que manda a matar a un pueblo entero de aborígenes o de gente de otras naciones ¿no es un asesino porque sencillamente no aprieta el gatillo?

Alfredo se quedó pensativo por unos cuantos segundos. Hugo había ganado la discusión, como en el boxeo: si uno tardaba diez o más segundos en responder o justificarse, había perdido el punto en disputa.

–Esperemos unos minutos a que nos respondan –cambió de tema Hugo–. Si no responden, ahí sí vamos a tener que llamarlos de nuevo. Y muchachos: les voy a pedir que no se muevan de acá. Con tan sólo asomarnos al pasillo podríamos recibir un balazo.

Los cuatro hombres permanecieron en silencio por algunos minutos. Todos pensaban, a diferentes velocidades y niveles: aun el nuevo Tobal se encontraba meditabundo. Sin mirar a los ojos a su interlocutor, Alfredo quiso sacarse una duda.

–Che, Hugo, y si responden, ¿qué les vamos a pedir?

Transcurrieron nueve segundos antes de que Hugo respondiera.

–Buena pregunta.

–¿Qué? –se extrañó Alfredo con cierta satisfacción– ¿Hablaste con ellos para chantajearlos pero no pensaste qué les íbamos a pedir?

–Bueno, no soy perfecto.

–Ni mucho menos –rezongó Alfredo.

–Pueden pensar ustedes también, ¿eh? –se atajó Hugo– ¿Todo yo lo tengo que hacer? No tengo experiencia en escapes de cárceles, les comuniqué. Esta es la primera vez.

–¡Ahora sos la víctima!

–¿Vos qué hubieras hecho? A ver, explicame. Porque es fácil criticar lo que hacen otros, pero más fácil es quedarse cruzado de brazos. Y vos hacés las dos cosas a la perfección, ¿me entendés?

–Bueno, bueno, muchachos –medió el guardia–. Pensemos en lo que les podemos pedir.

–A mí me vendría bien un buen mate –dijo Vidal, la vista desenfocada.

–Claro, ese es un ítem elemental que no podemos obviar para esca-

parnos de esta cárcel –ironizó Alfredo y miró a Hugo buscando una mirada consintiente, pero no la halló: Hugo se mantenía irresoluto tras los dichos de Vidal. Alfredo arqueó las cejas ante tal expresión.

–No es mala idea, ¿eh? No es mala idea –coincidió Hugo–. Si les pedimos algo así, los desconcertaremos. Ellos seguramente estarán pensando que queremos una camioneta blindada puesta en marcha en la puerta con ametralladoras adaptadas a los costados, o algo por el estilo. Pero no, vamos a pedirles un mate. Vamos a hacer esto lento, hasta agotarlos. Además, ¿quién de ustedes rehusaría de un buen amargo?

II

–Qué sé yo, Mansilla, quémelos con querosén –relativizó Froilán.

El agudo silencio en la gallera se tornó hiriente cuando la radio volvió a sonar.

–Queremos un mate, un kilo de yerba y cinco termos con agua caliente. Tienen cinco minutos. Si no cumplen, comenzará la masacre.

El comisario contestó impulsivamente.

–Escúcheme, interno, ¿cómo piensa que vamos a tener en cinco minutos cinco termos con agua caliente? Por desgracia no tenemos un volcán aquí en el penal...

La voz tardó algunos segundos en reaparecer. El comisario sonrió y miró a los guardias y oficiales. Ellos no sonrieron.

–No se quiera pasar de listo, Froilán. En este preciso instante Porríco, Annunziati y Tobal se están lamentando de su imprudencia. Escuche si no.

La radio sufrió un parpadeo sonoro y se escucharon unos gritos. El comisario no se habría inmutado si no hubiera sido porque todos allí le indicaron con la mirada que hiciera algo. No era que fuera obsecuente, sin embargo no quería que sus subordinados se volvieran en su contra.

–Está bien: les llevaremos el mate, la yerba y los termos. Pero dennos algo más de tiempo para calentar el agua.

Luego de otros segundos de irresolución, la radio volvió a sonar.

—Tiene diez minutos. Le concedo eso sólo porque tenemos ganas de tomar-nos unos buenos verdes. Si se opone, final del juego.

—Espere, recluso —se apresuró Froilán antes de que la conversación por radio finalizara—. Si vamos a negociar, necesitamos tener garantías de que los tres guardias se encuentran con vida, por el contrario no nos serviría de nada negociar. Recuerden que ustedes son internos y que, justamente (en todos los sentidos de esta palabra), están dentro de un pabellón que no es el adecuado pero sin ir más lejos es un pabellón. Demuéstrennos que están vivos los tres y les daremos el mate.

La intermitencia se repitió. La voz denotó un cierto grado de agitación.

—¡No juegue con la vida de sus hombres, Froilán! ¡No juegue o habrá sangre! Tráiganos el mate a través de Abelardo, el que limpia. Él será testigo de la supervivencia de los guardias.

Luego de la conversación, el comisario se mantuvo contemplando la radio en su mano derecha. Esbozó una sonrisa y observó a los perplejos subordinados.

—Calabrese, vaya a calentar el agua. Usted, Roldán, encárguese del mate y de la yerba. No pidieron azúcar, así que no hay por qué llevarles. Están asustados —dijo asintiendo con la cabeza—. Lo sé por la forma como hablaron. Me les salí un poco de las respuestas que esperaban y los desconcerté, ¿vieron? Ni siquiera calcularon cuánto tarda en calentarse el agua para el mate. Hasta un retardado sabe que no se pueden calentar cinco litros de agua para mate en tan sólo cinco minutos. ¿Cuánto más pueden aguantar ahí dentro? La desesperación les va a jugar en contra. Aseguro que haremos todo lo posible para salvar la vida de aquellos héroes, pero por el momento les pido la mayor sobriedad y por encima de todo: el silencio. No creo que ninguno de ustedes sea tan imprudente como para avisar a nadie, ¿no es así? No sé quién fue el imberbe que avisó al idiota del inspector, pero vamos a suponer y creer que fue Urrutia. Ya ven cómo terminó Urrutia. Si alguien llega a abrir la boca va a terminar como este desgraciado ¿entendido?

No voló una mosca tras la pregunta del comisario.

–Dije: ¿Entendido?!

–¡Sí, señor comisario! –se escuchó a coro.

–Así me gusta, señores. Sepan que no intentaremos ninguna maniobra en el momento del intercambio. Abelardo, como ellos requirieron, les alcanzará el mate y los termos y pispeará más o menos para corroborar qué pasa allí dentro.

Lavallén, un oficial que se hallaba en la segunda fila, interrumpió por un momento el monólogo del mandatario.

–Disculpe, señor comisario –dijo tímidamente–: si Abelardo pispea, no ve señales de vida y nosotros no hacemos ni decimos nada, ¿no estaríamos siendo dúctiles?

Casi todos allí pensaron que el implacable comisario balearía a Lavallén. Sin embargo, Froilán consideró la propuesta del oficial, ya que éste le había obsequiado una vez un juego de copas eslovenas con motivo de su cumpleaños.

–Entiendo lo que dice, Lavallén –todos respiraron aliviados–. En toda negociación con este tipo de seres infrahumanos hay que hacer concesiones. Uno no sabe cómo van a reaccionar, por eso hay que tener cuidado. Pero también es verdad que si mostramos una imagen blanda, se confiarán y empezarán a pedir lo que sea. ¿A alguien se le ocurre la forma en la que podamos comprobar que el botín de guerra de ellos sigue con vida sin pasarnos de la raya?

–Yo conozco la caligrafía de Annunziati –emitió Orlando, un guardia del pabellón rojo, desde la última fila –. Un par de veces hicimos unos asados. Él es el que anota siempre.

–¡Pero mire qué bueno! –ironizó Froilán– Dígame, Orlando: ¿de qué carajo nos puede servir que usted conozca la caligrafía de Annunizati? ¿O sólo quería contarnos a todos que se juntaba a comer asados con esa momia? ¿Tiene alguna buena anécdota para relatarnos, así perdemos el tiempo y los hacen papilla a aquellos allá adentro?

Orlando había pensado que como el comisario había escuchado las

sugerencias de Lavallén, lo haría de la misma forma con él.

–Estee, no, señor comisario –trastabilló el guardia rojo–. La idea que se me ocurrió es que le podemos pedir a los presos...

–¿Pedir? –lo cortó el comisario– ¿Amablemente, mediante una tarjeta dorada y un ramo de flores?

–Disculpe usted, señor comisario, mi incorrecto modo de expresarme –se excusó Orlando–. Exigir, esa es la palabra adecuada. Se me ocurrió que podemos exigir a los amotinados que nos confeccionen tres cartas, o pedazos de papel, con las respectivas anotaciones de Porrigo, Annunziati y Tobal.

–¿Anotaciones de qué, Orlando? –se quejó indignado Froilán.

–Disculpe, señor comisario. La letra, la letra...

–¿La letra de qué, pedazo de imbécil?!

–¡Que escriban algo, para asegurarnos de que estén vivos! –gritó el guardia con una voz femenina.

El proceso que parecía llevar una vez más al comisario a desatar su ira se detuvo.

–No es algo descabellado. Es más, hasta se podría decir que me parece una buena idea. No es que no se me hubiera ocurrido, tan sólo desconozco la caligrafía de mis subordinados. Esa es una de las pocas cosas en las que no presto atención y que se me pasan de largo. Otra cosa, Orlando, dígame: ¿qué tan bien conoce la caligrafía de Annunziati?

–Ehhh, no sabría decir –dijo el descolocado guardia–. Hicimos unos cuantos asados...

–Ya lo ha dicho, pero, ¿recuerda exactamente qué palabras leyó que hubieran sido escritas por Annunziati?

–Y, las mismas de siempre. No son muchas...

–¿Cuáles?!

–Eh, “chorizo”, “vacío”, “tira de asado”, “vino”, “pan”, “ensalada”, no sé. Una vez lo vi escribir “entrañita” y otra vez “morcilla” con ese.

–Eso es de muy buena ayuda. Imagínese, Orlando: usted es prisionero de una tribu de caníbales en Papúa Nueva Guinea. Llega un cónsul a

la tribu, pongámosle, y les ofrece pilchas y espejitos de colores a cambio de que lo dejen escribir a usted, el cautivo, algunas palabras en un papel para demostrar que está vivo. ¿Qué es lo que usted escribiría, estimado Orlando? –preguntó Froilán apretando los dientes.

–“Estoy vivo” –vaciló Orlando–, no sé.

–En realidad no sabría qué escribir, hombre, pues ¿cómo entendería usted que tiene que escribir palabras para un cónsul que viene en su ayuda? ¿Acaso entendería a los caníbales? No. De todos modos, muy bien Orlando, en cierta forma. Porque precisamente es lo que sobre seguro escribirían nuestros queridos guardias, ya que por más semejanzas que encontremos, los amotinados no son caníbales de una tribu que no habla el español, entonces supuestamente comunicarían a sus rehenes exactamente o con algunas variaciones el mensaje que les queremos hacer llegar. ¿Se entiende? En síntesis y a modo de conclusión, usted lo ha dicho, Orlando: escribiría “Estoy vivo”, ¡no “morcilla” con ese, ni “chorizo” ni “berenjena”! –se exasperó el comisario.

En un acto reflejo, Orlando habló de más.

–Yo nunca lo vi escribir “berenjena”, señor comisario.

Los ojos de Froilán parecieron salirse de sus órbitas.

–¿Me toma por idiota? –rugió desenfundando su revólver: contrariamente a como esperaban todos allí, no asesinó al lengüilarga, sino que, emulando a un western, comenzó a disparar a los pies del guardia– ¡Baile, baile, irrespetuoso!

Por fortuna para Orlando, apareció Calabrese cargando los cinco termos y una bolsa de nailon que contenía un mate de plástico, dos paquetes de yerba y una bombilla plateada. Con todos esos objetos contorneándole la silueta, provocó la risa disimulada de varios oficiales y guardias que no sabían si estaban disfrutando de ese acto o si reían para no llorar.

–Bueno, gracias al colega Orlando hemos perdido el tiempo para converger en una estrategia que nos sirva para enterarnos de la situación de los guardias. No vamos a tener otra opción que esperar a ver

con qué nos salen estos enfermos. Quizás estén asustados y se esfuerzen demasiado en demostrarnos que los guardias aún se hallan vivos. Quizás saben muy bien lo que hacen, como he dicho antes. Zapala, acompañelo a Abelardo hasta la puerta del pabellón. Repito: no intenten nada extraño. Por esta vez hagamos lo que nos pidieron.

III

El hombre entró a la choza y se encontró con un cadáver mutilado, una persona sosteniéndose su brazo izquierdo desprendido y un niño que parecía haberse bañado en un estanque lleno de sangre.

–Froilán –intervino Carrizo–, ¿qué estás haciendo? ¿Estás en pedo?

–¿Qué hacés acá, Carrizo? Tomátelas.

–Me las tomo siempre y cuando me expliques lo que pasó acá.

–¿Y a vos qué carajo te importa? ¿Sos cana ahora? Andate antes de que te dé un hachazo, borracho.

– Yo me voy, pero al pibe no le hagas nada –recluló el vecino.

–Al pibe le hago lo que se me dé la gana.

Para demostrar que era consecuente con lo que decía, el flamante manco pateó a su hijo en la cara. Carrizo se le arrimó de súbito y lo mató a machetazos.

Para Quique eso significó el alivio que había esperado siempre. Le desagradó que su salvador siguiera mutilando al difunto varios minutos después de haberle quitado la vida, pero la satisfacción de hallarse libre de ese monstruo era mayor. Esperó a que Carrizo terminara con las amputaciones y, una vez que aquél se cansó y lo miró, le hizo algo parecido a una sonrisa.

–Gracias.

–No hay por qué, querido. Te voy a sacar de acá, pero primero anda a lavarte la cara aunque sea, que pareces un muerto vivo.

Quique accedió y volvió al cabo de pocos minutos con un aspecto

menos bestial. Carrizo estaba golpeando su cuerpo contra el pedazo de cadera que se había desprendido del cuerpo de la mujer. Al advertir la presencia del chico se detuvo, arrojó la cadera de la que colgaban los fémures y se dispuso a inspeccionar la vivienda. Abrió las alacenas y lo único que encontró fue una lata de arvejas. La tomó con la mano izquierda, la contempló unos segundos, sonrió y levantó los hombros.

—Algo es algo.

Media hora de requisa le dejó a Carrizo una ganancia de seis pesos con cuarenta y siete centavos.

—No está nada mal para una hora de laburo, ¿no, pibe?

IV

—Interno, Abelardo está en la puerta con lo que nos pidieron. Recuerde lo que nosotros le pedimos.

—Y usted recuerde que si alguno de sus hombres trata de hacerse el héroe, uno de los rehenes pierde la vida —amenazó Hugo. Luego, guiñando un ojo a Alfredo y a Tobal, lanzó un “Suerte, muchachos”.

Los dos hombres caminaron hasta la entrada que, como pertenecía al sector de máxima seguridad del penal, consistía en un portón de acero de casi tres metros y tenía dos cerraduras. Por desgracia o por fortuna, no se podía ver lo que ocurría del otro lado. Cuando estuvieron a un metro de la entrada, Alfredo palmeó la espalda de Tobal.

—Vos sabés lo que tenés que hacer —dijo uniendo sus labios y aprobando con la cabeza.

—Así es —respondió Tobal imitando el gesto.

Alfredo abrió los cerrojos y entornó el portón. Tobal exhibió su rostro por la hendija, mientras Alfredo le presionaba el cuello con la punta del revólver.

Del otro lado estaba Abelardo con la encomienda y unos pasos atrás un hombre uniformado. Al advertirlo, el portador del arma le susurró

al rehén al oído.

–Decile al otro que se vaya.

–Hola, Tobarito –dijo Abelardo sonriendo del miedo.

–Que se vaya Zapala –respondió crudamente Tobar.

Zapala y Abelardo se miraron con incertidumbre y permanecieron inactivos.

–Que se vaya, Abelardo –insistió Tobar apretando los dientes y abriendo los ojos del todo.

–Andá Zapala –ordenó Abelardo.

Zapala se sonrojó y observó a Tobar y a Abelardo, preguntándose si eso era lo correcto, pero el movimiento del revólver en el cuello de Tobar apuró los trámites y Zapala se fue casi trotando.

–Pasame los termos uno por uno –indicó Tobar en voz baja.

–Pero pará, Tobarito. Pri-primero tengo que cerciorarme de que estén vivos vos y los muchachos.

–¿No me ves que estoy vivo?

–Sí, sí, a vos sí –aclaró Abelardo como si hubiese habido necesidad–. ¿Pero los demás están bien?

–Todos bien.

–Gracias al cielo –se alivió el viejo y comenzó a alcanzarle la encomienda al rehén. Cuando finalizó, lo miró a los ojos–. Vos no te merecés esto, Tobarito, por Dios, la Virgen, los santos, las...

–Bueno, andá, andá –Tobar evitó todo sentimentalismo, su rostro desapareció y el portón se cerró.

Abelardo se quedó contemplando algunos segundos al portón con tristeza y se llevó una mano al pecho. Después meneó unas cuantas veces la cabeza resignado y se marchó hacia la gallera.

CAPÍTULO 11

I

A pedido de Hugo apoyaron los termos en el piso dejando una distancia de diez centímetros entre cada uno.

—¿Querés jugar a los bolos? —ironizó Alfredo.

—No. Pasame la bombilla, Tobal.

Desentendido, quien fuera el receptor de la encomienda le alcanzó la bombilla.

—¿El mate no lo precisás? —sugirió Vidal, que no sabía de qué se trataba ese asunto, pero quería pasar por docto.

—Pasámelo también.

Hugo comenzó a examinar detenidamente la bombilla: se la acercó hasta pocos centímetros de los ojos, y la examinó como lo haría un arqueólogo al encontrar un pedazo de eslabón perdido luego de cuarenta y cinco años de búsqueda; la hizo girar en el aire, como un niño jugando con un avioncito de juguete; la olfateó con diferentes niveles de inspiración; se la arrimó a la oreja y la zarandeó con el propósito de percibir algún sonido interior; por último lamió las dos extremidades para luego percutir con sus labios en busca de un sabor extraño.

—¿No te la querés meter en el culo también? —bromeó Alfredo y provocó la risa de los demás, salvo la de Hugo, cuyo rostro contrajo una expresión rígida.

—¿No entendés lo que estoy haciendo? —refunfuñó.

—¡No! —respondieron todos a coro. Al ver que los otros dos también habían intervenido en su contra, Hugo agudizó su dura imagen.

—Quiero aseverarme de que no hay nada raro en todo esto. Imagínense que estos canallas pudieron haber rociado con algunas gotas de

cianuro todo esto que nos dieron...

–Ya es medio tarde para vos, si lo hicieron –polemizó Alfredo.

El comentario tomó a Hugo por sorpresa y, como empezaba a sonrojarse, decidió continuar con su examen. Aprehendió el mate con la derecha y meneó la cabeza.

–¿Ahora qué pasa, viejo? –protestó Alfredo.

Hugo lo miró desilusionado, como si le hubiese preguntando cuánto era dos más dos.

–¿Cómo “qué pasa”? ¿No ves esto? –sacudió el mate en el aire. Todos seguían el movimiento de su mano para tratar de interpretar la incógnita– ¡Es de plástico! ¿Cómo pueden existir los mates de plástico? ¡Es una falta de respeto!

Alfredo intentó comunicarle con la mirada que había perdido el juicio, pero el tático Vidal se injirió a favor de él.

–Es verdad, no se puede tomar mate en uno de éstos –argumentó el muchacho–: sale horrible y se lava a las tres cebadas.

–¡Pero, por favor, muchachos! –reclamó Alfredo– ¡Yo toda la vida tomé mate en uno de éstos!

–¿Qué?! –se sobresaltaron Vidal y Hugo.

–Sí, ¿qué tiene? –el acusado levantó los hombros y escondió el cuello.

–¡No conocés el sabor del mate, entonces!

–¡Sí que lo conozco, che! Y antes que todos ustedes. Aparte, ¿en qué toman mate? ¿En mates de cristal?

–Pero, Alfredo, no seas sotreta –salmodió Hugo–. Todo el mundo sabe que los mejores mates son los de calabaza o los de palo santo, depende del gusto personal.

–Vos lo dijiste, depende del gusto personal. ¿Acaso a mí no me puede gustar tomar mate en uno de plástico?

–Sinceramente, no –censuró Hugo.

–¡Ah! ¿No me puede gustar? Mirá de lo que me entero... ¡Sos vos ahora quien decide si algo me puede o no gustar a mí!

–No seas exagerado, Alfredo...

–Pero, Hugo, ¿es lo que estás diciendo! Déjenme vivir en paz.
 –Tiene razón... –medió Tobal.
 –¿Ves? –preguntó Alfredo.
 –...los mates en mates de plástico no merecen ser llamados mates
 –concluyó el guardia neófito.
 –¿Qué pasa acá? ¿Están todos confabulados en contra mío?
 –No seas perseguido, Alfredo –sermoneó Hugo tornando a Alfredo más iracundo.
 –No soy perseguido, ustedes son unos locos represores.
 –¡Tampoco es para tanto! –relativizó Tobal antes de que los ánimos siguieran caldeándose.
 –Yo mate ahí no tomo –dijo Hugo cruzándose de brazos para luego repetir oración y acción– Yo mate ahí no tomo.
 –Vamos, Hugo, dejémonos de tonterías, es sólo un mate.
 –Yo tampoco –se retrasó Vidal.
 –¿Vos tampoco qué?
 –Yo tampoco tomo mate de ahí.
 –Pero ¿quiénes se creen que son? ¿Los reyes de Estados Unidos?
 –Nunca hubo reyes en Estados Unidos.
 –Bueno, no es el punto, Hugo.
 –Es como tomar cerveza caliente, Alfredo –ejemplificó Hugo–. Para tomar cerveza caliente, yo prefiero no tomar y punto.
 –Entonces ¿para qué carajo pedimos todo esto?
 –Yo no sabía que nos iban a traer esta porquería.
 –Pidámosles un mate como la gente –sugirió Vidal.
 –¿Estás loco? –se inquietó aún más Alfredo– Decime que estás jodiendo.
 –A mí no me parece una mala idea –Hugo repitió el gesto reflexivo de media hora antes.
 –A mí tampoco –reforzó Tobal.
 –Acá hay algo que no entiendo –dijo Alfredo ya riéndose–: o estoy loco yo o ustedes están en curda.

—¿Por qué te ponés así, Alfredito? —preguntó Hugo en un tono condescendiente.

—No me provoques, Hugo —amenazó el otro señalándolo con el dedo índice—. Es una locura: van a pensar que les estamos tomando el pelo si les pedimos que nos cambien el mate.

—Esa es la idea, justamente.

—¡Ah! Mirá vos, yo pensé que la idea era escaparnos de este lugar. ¿No quieren pedirles unos bizcochitos también?

El silencio que se apoderó de la celda por algunos segundos le hizo ver a Alfredo que los otros tres estaban decididos a enfrentarse sin vacilaciones contra el otro bando. Si él insistía en tomar más recaudos antes de negociar con el comisario, lo único que lograría hacer sería ablandar a los inconscientes pero valientes hombres de su facción.

—Eso es! —exclamó Hugo— ¿Cómo no se me ocurrió antes? Les vamos a pedir una buena cantidad de bizcochitos y un mate de calabaza. ¿O de palo santo? ¿Qué prefieren? Y al mediodía algo rico de comer, porque hace años que no como algo rico.

—¡Es verdad! —se sumó Vidal sonriendo y mirando al “horizonte”— Acá lo único que nos dan es esa pasta informe sin sabor, ese pollo repugnante o la sopa fría que me hace vomitar. ¡Qué bueno sería un buen asado!

Se desató una catarata de anhelos y pitanzas. El hambre engañada por años hizo que Alfredo dejara las diferencias estratégicas con sus compañeros y se sumara a la charla gastronómica.

—¡Un pastel de papas! —dijo luciendo toda su dentadura— Con cebolla de verdeo, como a mí me gusta.

—O lasaña...

—¡Cordero!

—¡Lechón al asador!

—¡Chivito!

—¡Un revuelto gramajo bien grasiento!

—¡Una pata entera de jamón crudo!

—Ñoquis a la boloñesa...

–Churrascos con ensalada mixta, si no...
–¡Tan sólo una muzzarela con jamón y huevo!
–Y un buen vinito –Hugo perfeccionaba el menú ficticio–. Un tinto de esos que te dejan el paladar contento.
–De postre queso y dulce... –propuso Alfredo.
–¡Ma que queso y dulce! –lo corrigió Hugo– Una torta de chocolate de un metro y medio.
–Milanesas con papas fritas –babeó Vidal, escapó a la sobremesa imaginaria y retomó el plato principal.
–¡Sí! –pronunciaron Hugo y Alfredo a coro, probablemente estando ambos de acuerdo con Vidal por única vez en todo ese tiempo– Eso es incomparable –prosiguió Alfredo–. Inenarrable– acotó Hugo–. Y si es a caballo mejor aún –completó Vidal.
Tobal, mientras, permanecía callado: no le parecía una actitud muy considerada de su parte hablar de comida, pues el sólo almorzaba en el penal y sus cenas eran propias de un ser humano.
–Repasemos –sugirió Hugo–: lo que haremos será reclamar, en un tono elevado, que nos cambien el mate por uno de calabaza. Tenemos que actuar como si estuviésemos indignados y dar a entender que tan sólo un detalle como éste puede hacer que las vidas de los guardias lleguen a su fin. Luego, y en afán de percibir la reacción del comisario, que esperemos que esté llena de incertidumbre, dejaremos pasar unos segundos antes de hacer el pedido siguiente: el almuerzo. ¿Qué quieren almorzar muchachos?
–Milanesas con papas fritas –respondió Vidal automáticamente.
Hugo sonrió y prendió la radio.

II

El chico no preguntó dónde lo llevaba, pues lo único que deseaba era salir de esa pocilga infernal.

Recorrieron algunos metros en la oscuridad hasta llegar a la casa de Carrizo, que era de chapa casi en su totalidad. El dueño había tapado en frustrada empresa algunos baches con cartón para engañar al frío. No tenía ni luz ni agua y tampoco tenía velas. En realidad no tenía casi nada, sólo un almohadón polvoriento y espeso de pana verde y una bicicleta vieja. Además de eso, en el cuartucho había un olor penetrante que hacía abrir las fosas nasales.

Quique pasó la noche escuchando el variado concierto de resuellos de Carrizo que se detenía de pronto y volvía a empezar una y otra vez. Carrizo se levantó al amanecer y orinó en uno de los rincones de la choza.

—Hola, pibe —sonrió al percatarse de que Quique estaba despierto.

—Hola —respondió el chico expectante.

—¿Tenés hambre?

—Sí, mucha hambre.

—Bueno, ahora vamos a ver qué podemos garronear.

Carrizo se dejó caer nuevamente al almohadón y Quique se dio cuenta de que pasaría hambre en cualquier punto de ese vecindario.

III

Las caras largas ya eran símbolo del ánimo de los oficiales y guardias. El comisario era el único al cual la conciencia no le remordía: se mostraba pensativo; tenso por un lado, como quien elige un color en la ruleta y espera, pero a la vez despreocupado, como quien sabe que ningún color hará tambalear su economía.

—Muy bien —el comisario perforó el aire—, pensemos lo siguiente: los amotinados nos tienen extorsionados con la vida de tres guardias, eso no es ninguna novedad. Pero reflexionen en esto: ¿qué pasaría si los amotinados no tuvieran rehenes? ¿Con qué medios o herramientas intentarían negociar? Un momento, un momento. No estoy desvalorizando las vidas de Porrigo, Annunziati y Tobal, por cierto que ésas valen

tanto como las de ustedes. Quiero decir que los amotinados no podrían negociar sin los rehenes, por tanto no es de su conveniencia asesinar a los guardias, ¿se entiende? Una vez que los maten, ¿con qué fundamentos nos mantendrían afuera del pabellón negro? ¿Cómo detendrían nuestra entrada a balazos? El seguro de vida que tienen, es justamente, la supervivencia de los guardias cautivos. En síntesis, no creo que los maten y lo que propongo es entregarles otra vez lo que nos pidieron, pero esta vez con algunas alteraciones. Para llevarlas a cabo, me voy a contactar con el profesor Méndez.

—¿Qué tipo de alteraciones, señor comisario? —preguntó el oficial Zanabria en nombre de todos.

—Quédese tranquilo, Zanabria, que a usted no le va a pasar nada.

El curioso se quedó callado.

—Los reos comerán milanesas con papas fritas, como pidieron. De eso encárguese usted, Julián. Lleve la comida a mi despacho que ahí lo estaré esperando con el Profesor. Por el momento, todos los demás vuelvan a sus tareas, que tenemos una penitenciaría que atender. Ya bastante tiempo hemos perdido cancelando los trabajos de todos los internos. Abelardo, consiga un mate de calabaza y bizcochitos y repita el procedimiento de hace unos minutos. No hable ni con Tobal, ni con nadie. Quiero que me oigan bien: a partir de este momento, los internos cuatro mil seiscientos veintiséis, cinco mil novecientos noventa y nueve y ocho mil doce se arrepentirán de haber nacido.

El comisario se retiró a su despacho, pero los oficiales y guardias se mantuvieron en silencio algunos instantes más cruzándose miradas. La dispersión estaba iniciándose cuando Barragán, un guardia del pabellón blanco, preguntó a la lluvia:

—¿Quién es ese tal profesor?

—Méndez, el profesor Méndez —respondió Salgueiro, guardia del pabellón rojo—. ¡Un loco! —gritó girando una de sus muñecas en las cercañas de uno de los parietales— Un loco capaz de cualquier cosa. Es el que le metió avena en las orejas a Bonifatti para curarle una otitis.

Ya sabemos cómo terminó esa historia. También es el que se lleva los cadáveres cuando muere alguien aquí dentro. Vaya uno a saber las cosas que hace con esos cuerpos, quizás se los come o les mete garbanzos en las cavidades...

—Por ahí se los... —trató de intervenir Manzieri, un gordinflón encargado de vigilar la gallera.

—Sí, sí —lo cortó Salgueiro—, ya lo sabemos, Manzieri.

El gordo se ruborizó: toda su vida había tenido la sensación de que el mundo entero lo acusaba de onanista y se reía de él.

Quienes no se habían retirado se dieron cuenta de que la tertulia había concluido o de que no llegaría a un fin esperanzador.

CAPÍTULO 12

I

Algunos de traje, otros con delantales blancos, ocupaban el noventa y cinco por ciento de las sillas en el salón. Principalmente los de las primeras filas eran los que hacían anotaciones. La mayoría de los que ocupaban las últimas se hallaban allí con el objetivo de conseguir una credencial luego de la disertación. Escuchaban y miraban al hombre de barba blanca y anteojos enormes que estaba sentado tras una mesa lejana en el fondo y exponía, balbuceaba, tosía y bebía agua en ciclos que ya habían acostumbrado al público.

—...por tanto no es más que una visión del mundo, entonces, parasensorial, filosófica, metafísica o religiosa...

Uno de los ocupantes de la última fila hizo todo lo posible para disimular un bostezo y se acomodó a codazos en su asiento, provocando el malestar de sus vecinos de la penúltima, expresado por los carraspeos o miradas de soslayo. Mientras seguía el del fondo con su discurso, el soñoliento miraba su reloj, sus zapatos y su pasado oscuro.

—...de acuerdo a las demás interpretaciones, estoy calificado para decir, o al menos profundamente loco como para...

Las risas se desataron en la sala. Quien combatía el sopor a cuatro vientos odiaba esas atribuciones de la intelectualidad. En verdad odiaba a todos los que ocupaban la sala.

—...en el momento en que estoy aquí hablando y ustedes allí sentados oyéndome, en realidad lo único que acontece es mi presencia, que puede ser mental, también. Intento decir que la vida es únicamente la de uno y todo lo que la rodea es una especie de teatro montado para la realización de la obra, que no es otra cosa que la vida misma...

Tras dar el primer cabezazo, el aletargado de la última fila fue despojado de súbito del umbral del reino de los sueños por un colega fastidioso que no sólo tenía un olor lacerante debajo de las axilas sino que además preguntaba y escupía al hacerlo.

—Disculpe, Doctor Janowski —intervino el del sobaco maloliente—, ¿usted está queriendo decir entonces, que todos nosotros, “los demás”, no somos más que meros actores de su vida, estamos programados para intervenir directa o indirectamente en ella o sólo formar parte del medio ambiente?

—Así es —respondió el otro desde el fondo.

—Entonces, ¿yo no existo? ¿No tengo capacidad de elaborar mis propios razonamientos, sino que estoy regido arbitrariamente por una entidad superior para hacerle creer a usted que somos todos seres humanos?

—Espere, espere, no vaya tan rápido, joven —lo detuvo el Doctor Janowski— ¿No entiende que todos nosotros, podríamos ser, del mismo modo, “actores” de la vida de usted y no usted de la mía, o de la de otro en esta sala, o de la de un niño escandinavo?

Mientras los murmullos se adueñaban de la conferencia, una muchacha ingresó por la puerta principal. Su vestimenta delataba la profesión de secretaria.

—¿Usted es el profesor Méndez? —preguntó terminando de despabilar al hombre del último asiento.

—¿Quién lo pregunta?

—Tiene una llamada telefónica, profesor.

El profesor Méndez entendió eso como una panacea y le sonrió a la chica. Salió casi corriendo del salón y la mujer lo condujo a una oficina donde sólo había un escritorio con un teléfono. Luego de descolgar, oyó una voz que le era muy familiar.

—Mil pesos, profesor.

—En menos de una hora estoy ahí —respondió.

II

Abelardo no pudo siquiera ver el rostro de quien recibía el mate de calabaza y la bolsa con bizcochitos. En un momento pensó en decir algo. Quizás fueran las manos de Annunziati, o de Sergio. Eso lo hubiera tranquilizado, pero el comisario había sido muy firme.

III

¿Esta pendeja qué se cree? ¿Qué me va a venir a echar a mí de mi propia casa? No puedo volver a la casa de esos viejos de mierda. Por ahí el zopenco de Marmota me deja quedar unos días. Seguro que el maricón no se anima por miedo a que lo reten sus papis. Y después se hace el dandy que toma whisky.

IV

—Ahhh —suspiró Hugo, el mate en la mano—. Ahora sí.

Devolvió el mate a Vidal que era quien cebaba, también contento.

—Che, Hugo —Alfredo no pudo quebrantar la parsimonia—: por ahora vamos bárbaro ya que conseguimos todo lo que pedimos: mate dos veces, bizcochitos y el almuerzo que nos van a traer. Pero, de ahí a escaparnos del penal hay un largo trecho, ¿o no?

—Ya lo creo, pero a medida que pasen las horas, los de allá afuera se van a ir cansando y nosotros vamos a ir incrementando la intensidad de nuestros pedidos. Mientras, nos alimentamos mejor que nunca y pensamos sin agotarnos, sin ansiedad. Tomá mate, Alfredito, tomá mate.

—Macanudo, pero, ¿vos no pensaste que los de allá afuera también se pueden alimentar? También pueden pensar, por qué no. Y son muchos cerebros más.

—Sin embargo, los “rehenes” los tenemos nosotros. Además usá el

sentido común: es un día horrible y estarán todos pensando en llegar a casa, ducharse y escuchar al Partido calentitos. Nosotros ya estamos en casa, no hay apuro.

–Me estás queriendo decir que no tenemos un plan en concreto.

–Teníamos un plan, Alfredo, y lo sabés. Sabés bien todo el tiempo que nos costó idearlo, para que se desvaneciera tan fácilmente. Entonces no nos queda otra que improvisar y yo creo que lo estamos haciendo bastante bien.

Alfredo pensaba que Hugo siempre tenía un as en la manga, pero luego de esa conversación no estaba tan seguro.

V

El comisario cerró la puerta de su despacho y se quedó con la mirada fija en ella por unos segundos. Luego ensayó una sonrisa y dio media vuelta para entrevistarse con el profesor Méndez, que estaba sentado en uno de los sillones al lado del escritorio.

–¿Quiere algo de beber, profesor?

–Usted sabe lo que me gusta, Froilán.

–Me refería a una bebida alcohólica, o a alguna gaseosa. O soda.

–Por el momento paso.

El comisario se sirvió vino tinto en un vaso muy largo y viejo, tal vez el menos apropiado para disfrutar de un buen vino tinto. Pero ese tampoco era un buen vino tinto. Agregó al menú dos pastillas que sacó de un bolsillo, atravesó la estancia y se acomodó en su imponente sillón, del otro lado del escritorio. Acarició el borde del vaso, por más ordinario que éste fuese, prendió un cigarrillo y recién allí avistó al profesor, que estaba observando uno a uno los detalles de ese lujoso despacho.

–¿Le gusta? –preguntó Froilán al notar que Méndez miraba su retrato.

Cualquier persona en el mundo que conociera al comisario habría respondido instantáneamente que sí y seguramente agregado algún que

otro adjetivo ampuloso, pero la sola tardanza del profesor en responder indicaba que estaba verdaderamente loco.

–No –juzgó después de algunos segundos de profundo análisis, sin añadir ningún justificativo. Froilán se enfureció, pero sabía que ese hombre no estaba del todo en sus cabales y que el tema no era muy relevante, por lo menos en esa ocasión. No quería desperdiciar el tiempo en estupideces.

–Mire, profesor, tres de nuestros internos se han amotinado...

–Bueno, bueno, bueno, a mí no me interesa, Froilán –interrumpió Méndez–. Sólo dígame qué tengo que hacer y, por sobre todas las cosas, págueme que estoy apurado.

El comisario extendió su mano derecha hacia el primer cajón del escritorio, donde guardaba su preciado revólver, pero frenó a mitad de camino.

–Está bien –masticó Froilán–. Quiero que envenene una comida que le vamos a dar a los amotinados. Pero no quiero que falle, ¿me entendió?

–Nunca fallo –respondió Méndez con solemnidad. Froilán sabía que el profesor mentía.

VI

Caminaba desde la reja hasta la ventana en dos pasos largos. Su compañero estaba recostado en la litera hacía quince minutos y él había gastado ese tiempo para hurgar en su memoria.

–Hace diez años que estoy aquí y ésta es la segunda vez que pasa algo así –dijo Justo por primera vez desde el suceso de la panadería.

El viejo seguía en la misma posición: no dormía ni lo intentaba, pero estaba boca arriba observando el techo.

–Lo que había pasado la otra vez –continuó Justo–, si mal no recuerdo hace unos siete años, fue la llegada de ese tal “Doc” del pabellón rojo. En esa ocasión el penal quedó paralizado, incluyendo a todos los

guardias y oficiales. Ese tipo era famoso. Su juicio oral lo habían seguido millones de personas. Un asesino serial de esos de película. Entonces nadie se lo quería perder. Como un pueblo entero se moviliza ante la llegada de una celebridad, aquí pasó lo mismo, con la diferencia de que nosotros, los presos, no pudimos movernos mucho, ¿no?

El estoicismo de Bernabé ya parecía sobreactuado.

–Pero hoy...

El viejo impidió que Justo continuara con su soliloquio.

–Che, Justo, ¿te acordás, más o menos, cuándo vino “El Maligno” a parar acá?

A Justo le sorprendió esa pregunta por el hecho de que él mismo nunca se la había hecho.

–La verdad es que no lo sé, pero estaba desde antes de que nosotros llegáramos, de eso estoy casi seguro.

–Desde...

–Ahora que hago memoria, el mismo comisario Froilán me dijo que ese “Maligno” estaba desde antes de que llegara él también.

–¿Y por qué le dicen “El Maligno”?

–Tampoco lo sé, pero imaginátele. Lo debe decir en su expediente. Llegó a decirse que fue parido por un basilisco o que él mismo parió un basilisco, ya no me acuerdo.

–Mataría por saber qué hizo ese tipo.

–No, Bernabé, nada en este mundo vale la pena como para que mates.

–Mirá quién habla... ¿A quién querés engañar, Justo? Ya sabemos todos por qué estás entre rejas y no predicando por ahí.

Justo se sonrojó y, enfadado, no habló por más de dos horas.

VII

A Julián no le gustó nada: si bien él se había limitado a cocinar y nada más, creía formar parte de una gran injusticia.

VIII

Un petardo nomás, camino quince cuadras o me voy al parque a tirarlo. No, me puede ver alguien. La vieja no, porque ni se mueve de su puerta, pero todos los demás, por ahí, quién te dice, un mandado, un matasapos, una de esas desvergonzadas salidas a correr, que, por así decirlo, duran un mes, el tiempo justo para que el placer (o mejor dicho, el dolor) derrote al deber. Pero, un momento: ¿es ese mi principal obstáculo? ¿Que alguien me vea? Supongo que estoy siendo un tanto (un tantazo) egoísta. Mi principal obstáculo tendría que ser... No, no. Mi principal obstáculo debe ser la falta de consideración. Además, ellos me confiaron los cuetes a mí. No puedo hacerles esto. Sería, además de una falta de consideración, un acto despreciable, casi un delito. ¿Qué me diferenciaría de un ratero, de un falsificador o hasta de un asesino? Nada. No se es más o menos ladrón, más o menos corrupto. Se es o no se es. Ser o no ser. Blanco o negro. ¿Y si camino veinte cuadras?

CAPÍTULO 13

I

Tras quitar el papel que envolvía la comida, a los amotinados se les escapaba la saliva del límite labial. A pesar de tener tanta hambre como sus colegas, Hugo los detuvo antes de que se abalanzasen como fieras sobre la parva de milanesas con papas fritas.

—¡Esperen! —gritó.

Todos lo miraron pensando que esta vez sí había enloquecido.

—¿Ahora qué, Huguito? —casi sollozó Alfredo.

—Este alimento puede haber sido envenenado, ¿no lo pensaron? Miren el color de esas papas.

Los demás hicieron caso. Tobal tomó una papa frita de un extremo y se la acercó a milímetros del rostro. Alfredo hizo lo mismo pero con unos cuantos centímetros de diferencia: quería tener la papa lo suficientemente lejos de su boca para que el olor no lo llevara a tragársela. Hugo los miró y los tres asintieron. Vidal estaba un tanto apartado, la cara de un color que había sobrepasado el rojo y entraba en la gama de los violáceos. Al advertirlo, Hugo se extrañó y le dijo:

—¿Te estás mimetizando?

Mientras Tobal y Alfredo carcajeaban, Vidal, con la expresión de un niño que le cuenta a su madre que se ha mojado los pantalones, dijo entrecortadamente:

—Me comí una papa.

—¿Cómo que te comiste una papa? —preguntó Hugo encolerizado— ¿Sos idiota? ¿No ves el color que tienen? ¿Azul! ¿Cuándo comiste vos una papa azul?

—Bueno, ya está, ya me la comí. Es sólo una papa.

—¿Y eso te da lo mismo? ¿Sabés que puede tener veneno?

—Y bueno, si tiene veneno ya me la comí, qué le vamos a hacer.

—Ah, pero qué buen razonamiento, muchacho. Si es por eso, ¿por qué no te comés todas las papas, si total ya estás envenenado? Hacela más rápida, morite enseguida.

—Comete todo, dale —ironizó Alfredo, pero Vidal no descifró el sarcasmo y obedeció: se metió tres, siete, diez papas en la boca y las fue deglutiendo hasta acabar con toda la canasta de plástico. Los otros lo observaron sorprendidos, menos por la imprudencia del muchacho que por su rapidez al comer.

Con el transcurso de los minutos, Vidal empezó a sentirse extraño. Una comezón en la nuca lo invadió seguida de un dolor creciente en el abdomen. Creyó, inicialmente, que eso era a causa de los nervios que la condición de amotinado le provocaba, pero cuando su nuca parecía ser víctima de las cuchillas de una trituradora, pensó en el veneno. Primero intentó rascarse echando la cabeza hacia atrás y haciendo fricción entre la nuca y la parte superior de su espalda. No quería usar las manos pues haría que los demás, que se hallaban inspeccionando las milanesas como forenses en la morgue, sospecharan que el veneno había surtido efecto en él.

Cuando la picazón se tornó insoportable, se llevó una mano a la nuca, se frotó y se pegó una cachetada simulando matar a un insecto.

El malestar se extendió por todo su cuerpo y en todos sus sentidos: sentía la piel como cuando tenía fiebre, cada cosa que rozaba lo raspaba; sus fosas nasales recibían un olor a podrido digno de un chiquero; la lengua se le secó y sentía que su boca estaba repleta de un sabor a puré de papas recalentado; las voces de los demás las oía en un registro cada vez más bajo, como si los colegas estuviesen poseídos, y por último sus ojos percibían cada vez menos luz y las paredes se manchaban de rojo.

Cuando se llevó los dedos a la cara para refregarse los ojos, los brazos se le desprendieron y los veía flotar en el aire. Intentó incorporarse pero lo mismo sucedió con sus piernas, que desde las rodillas hacia el

pie dejaron de ser parte de él. Se observó aterrorizado los muñones y quiso gritar algo pero sólo escuchaba notas gravísimas que salían de su boca. Alcanzó a decir una a de “auxilio” y tras emitir esa vocal, vio como salía de sus cuerdas vocales y pasaba a ser parte de esa escena: la a, en minúscula y negra, atravesando todo ese lugar rojo y en movimiento oscilante desde el suelo hasta el techo. Un líquido verde salió expulsado de su boca y una de las bestias que estaba a su alrededor unió algunas sílabas en una tonalidad mayor pero no menos demoníaca. Luego el piso se volvió rascacielos, el rascacielos pared, la pared piso, cíclicamente. Recordaba haber consumido varios tipos de droga con Karen, pero ninguna le había proporcionado esos efectos. Después los recuerdos se volvieron parte de la escena: no sólo Karen se hallaba ahora en la celda, sino que sus padres, Marmota y sus compañeros de colegio daban vueltas también. Apareció Dedalus, su primer perro, explotó y lo manchó de sangre. Sintió que alguien le agarraba la cabeza para luego ver a su propio cráneo en las manos de otro. Más tarde todas las criaturas de todos los cercos que estaban allí y siempre habían estado, aullaron al unísono destrozándole las orejas en mil pedazos. Lo que alcanzó a oír fue “¡Ahí viene!” y se le vino encima una sombra, la más grande de todas las sombras, y luego el fin.

II

Cuando ya era de día, Quique sintió que se dormía, pero se despabiló al sentir que Carrizo le acariciba las mejillas. Pensó que el hombre necesitaba algo de afecto, pues no tenía hijos, y no dijo nada. Una vez que se detuvo, Carrizo se incorporó, fue hasta el rincón donde se hallaba la bicicleta y la tomó por el manubrio y el asiento.

—Éste es mi avión —sonrió orgulloso—. ¿Te gusta, nene?

—Es muy linda.

El chico mentía porque la bicicleta le parecía horrible.

—¿Vamos? —propuso el indigente.

—Vamos —asintió el efebo.

Se subieron a la bicicleta y salieron del barrio. Carrizo silbaba una milonga mientras Quique se tomaba de sus harapos y disfrutaba como si estuviera en un parque de diversiones. Tomaron un sendero de tierra que se extendió por kilómetros y que concluía en la base de un monte. Antes de llegar, Quique fue testigo por vez primera de una imagen que no olvidaría jamás.

—¡Mirá! —gritó conmovido— ¡Agua!

—Sí, pibe. Esa es la laguna. ¿Nunca la habías visto?

—No —contestó el niño con los ojos brillosos y una sonrisa de par en par. Carrizo frenó el velocípedo y contempló la laguna unos segundos.

—¿Querés nadar? —inquirió.

—Eso qué es? —preguntó el infante asombrado.

—¿Cómo? ¿No sabés qué es nadar? ¿Nunca te metiste al mar o a una pileta?

Quique negó con la cabeza.

—Increíble. Bueno, vamos entonces.

Se acercaron a la orilla, pero antes de que el chico se sumergiera, Carrizo intentó sentirse útil.

—Pará, pibe, no te acelerés que te vas a ahogar. Dejá que yo te explique cómo tenés que hacer. Primero te sacás la ropa, porque no sé si sabés que cuando se junta la ropa con el agua, se moja. A menos que quieras que se moje, sacátela, ¿entendiste?

—Sí, señor —respondió Quique excitado.

—Bien, entonces. Después lo que vas a hacer es acercarte al agüita y con la punta de los dedos de los pies acariciarla para saber qué temperatura tiene. Mové los pies así y así —ejemplificaba el hombre ante la atenta mirada del novato—. Luego, si el agua no está demasiado fría, te vas metiendo despacito hasta que te llegue al cuello. Ahora creo que va a ser conveniente que no te metas más que hasta el ombligo. Por si las moscas, digo.

–Bueno.

–Y si el agua está fría, no te metas despacito: en ese caso conviene que te zambullas.

–¿Zambullas?

–Sí, que te zambullas, vos sabés: que te tires de cabeza, que te echés un chapuzón. Pero como no quiero que metas la cabeza abajo del agua por ahora, mejor metete despacito. Y si esta muy fría te metés otro día, ¿listo?

–Sí –respondió confundido pero alegre.

–Bueno, dale, nene, dale, metete de una vez así seguimos viaje.

El chico dejó de lado todas las indicaciones y corrió a conocerse con la suavidad palustre. Cayó de nuca en el colchón acuoso e hizo enfadar a Carrizo, que lo sacó bruscamente del agua.

–¡Pendejo irresponsable! –exclamó– ¡Te acabo de decir todo lo que debes hacer y no hacer y a vos te importa un carajo!

Quique lo atisbaba ensimismado.

–Yo me preocupo por vos, ¿no te das cuenta? Y vos me pagás de esta forma, desagradecido.

–Perdón –alcanzó a decir el chico, que no concebía la gravedad que Carrizo le atribuía al asunto. Muchos años después, durante una tarde de meditación en el penal, el comisario Froilán un buen día había de comprender que todo ese teatro había sido sólo un pretexto.

–¿Perdón? ¿A vos te parece que con una palabrita lo podés solucionar todo? Si sólo con palabras pudiéramos solucionar nuestros problemas, ¡qué felices seríamos! No, pibe, no me basta con que me digas “perdón” con esa carita de inocente para remediar tus fallas.

–Bueno, pero ¿qué tengo que hacer para que me perdones?

Carrizo detuvo su amonestación y se rascó la barbilla.

–Vení, acercate.

III

Hugo sudaba y movía la cabeza para todos lados: había estado sufriendo el calor más que de costumbre desde que había ingresado al pabellón negro. El penal se caracterizaba por el vaho constante, pero allí hacía más calor que en ningún otro lugar, a él no lo podían engañar. Nunca siquiera Alfredo, y eso que lo había acompañado unos cuantos años, lo había visto arrastrado por semejante consternación.

—Les vamos a pagar con la misma moneda —habló al fin.

—¿Cómo? —preguntó Alfredo con miedo.

—Les vamos a devolver el cadáver de Sergio, para demostrarles que nosotros también somos capaces de asesinar.

—¿Creés que eso sería una buena idea?

—Yo no lo llamaría una idea... —dijo Hugo mirando un punto fijo— Lo llamo venganza. Es más, estoy dispuesto a entregarles el cadáver de Annunziati también, así entienden nuestra fórmula: uno nuestro, dos de ellos.

—Pero Huguito —Alfredo arqueó las cejas—, sólo tenemos tres rehenes, o como los quieras llamar. Si se enteran de que dos están muertos, no los vamos a intimidar y no van a querer negociar. Van a decir “¿Qué le hace una mancha más al tigre?”. Si murieron dos, puede morir uno más. Imaginate si se enteran además que Tobal está de nuestro lado. ¡Nos cagarían a tiros sin dudarlo! Yo creo que hay que pensar algo mejor.

La sensatez con la que habló Alfredo tranquilizó a Hugo.

—Ya sé —intervino Tobal mientras orinaba en un rincón—: no hay por qué hacerle saber al enemigo que hemos perdido a uno de los nuestros, si sólo nosotros lo sabemos. Podemos hacerles creer que con su estrategia perversa han perdido a uno de los suyos.

—¿Qué? —preguntó Alfredo automáticamente, como de costumbre: prefería hacer repetir las cosas a los demás para que estos se las explicaran y le ahorraran el esfuerzo de pensar.

–Envenenemos el cadáver de Sergio y devolvámoslo, así pensarán que metieron la pata, que nosotros usamos a ese hijo de puta como conejillo de indias y que les salió el tiro por la culata.

–¡Excelente! –aprobó Alfredo.

Hugo, que se consideraba el cerebro del grupo, pecó de jactancioso y no avaló el plan de Tobal con tal rapidez.

–¿Cómo piensan envenenar el cadáver de Sergio? No le podemos hacer ingerir comida, está muerto, ¿se acuerdan?

Esa pregunta dejó pensativos a los otros seres vivos que quedaban en esa celda.

–Hummm –emitió Tobal–. Hay que encontrar la forma, alguna tiene que haber.

–Tenemos que hacer evidente que la causa de la muerte de Sergio no fue otra que el envenenamiento –pensó Alfredo en voz alta–. Está molido a palos, lleno de sangre y sus ropas deshilachadas. Para que los de afuera piensen que Sergio ha morido...

–¡¡¡Muerto!!! –en el grito de Hugo se unieron, como las gotas de una vela, Aquiles, Mariana, Froilán y todo lo que lo había tenido y lo tenía a maltraer.

–Bueno, bueno –Alfredo apenas se ruborizó–, para que los de afuera piensen que Sergio ha muerto envenenado, éste tiene que estar verde como Vidal.

–Vidal se comió todas las papas fritas –sentenció Tobal.

Los otros miraron horrorizados al canasto de plástico que había contenido a la comida emponzoñada. Revolvieron el envoltorio en busca de al menos una papa frita, pero no había ninguna.

–¿Y las milanesas? –se le ocurrió a Alfredo– ¿Estarán envenenadas también?

–No voy a ser quien lo corrobore –dijo Hugo sardónicamente.

–Ya sé, pánfilo –le respondió el otro mirándolo de soslayo–. Nadie va a comer eso.

–Probemos –propuso Tobal.

–¿Te volviste loco? –arremetió Hugo– Prefiero morirme de inanición.
–Lo que sugiero es que le introduzcamos una milanesa a Sergio de alguna forma y comprobemos si le hace algún efecto.
–Engordarlo no lo va a engordar –bromeó Alfredo, pero no le prestaron atención.
–La sangre no le circula por las venas –afirmó Hugo meditabundo.
–No creo que eso impida que los pigmentos de la piel se vuelvan de color verde.
–¡Ah! ¿Sos anatomista también? –zahirió Hugo.
–No, pero no perdemos nada con probar. Si no funciona, hay que cambiar el plan.
–¿Cómo sugerís que lo hagamos? –preguntó Alfredo.
–Creo que deberíamos intentar con todas las cavidades.
–¿Absolutamente todas? –se sorprendió Hugo.
–¡Ja! –exclamó Alfredo sonriendo– ¡Lo que hubiera dado para ver la cara de Sergio mientras le metíamos una milanesa por el culo!
Hugo frunció el ceño manifestando desagrado ante los dichos de su colega. No le deseaba eso ni a su peor enemigo, aunque no le hubiera disgustado ver sufrir de una forma similar a Aquiles.
–Cortemos las milanesas en pedacitos, aunque sea una empresa casi imposible con estos cubiertos de plástico –propuso Tobal.
Luego de una costosa tarea, ya con decenas de trocitos de milanesa en las manos, los tres hombres se dispusieron alrededor del cadáver.
–Un momento –frenó Alfredo–: uno de nosotros tres va a salir totalmente desfavorecido, ya saben a lo que me refiero.
–Yo creo que lo más justo es un sorteo –simplificó Hugo.
–Estoy de acuerdo –enfaticó Tobal.
–¿Qué modo proponen? ¿Un pan y queso? –fraguó Alfredo.
–¿De a tres? –cuestionó Hugo.
–No, vos contra él, luego yo contra vos y finalmente él contra mí –reglamentó Alfredo.
–Pero puede haber un triple empate, busquemos una forma más ve-

loz y más determinante – se opuso Hugo.

–Con ese criterio debemos descartar a su vez al papel y tijera –coligió Alfredo tomándose el mentón.

–Por supuesto que sí –Hugo sacó pecho.

–¿Y qué querés entonces? ¿Jugar a las escondidas, al mejor de diez? ¿No querés cazar patos, también?

–No seas exagerado, Alfredo.

–Pero a todo le tenés que ver el lado complicado, siempre así vos.

–Y vos hacés todo en caliente sin detenerte a pensar.

–Creo que si nos seguimos deteniendo en cada detalle, van a entrar por esa puerta y nos van a meter a nosotros las milanesas por el culo.

–¡Basta! –gritó Tobal– ¡Yo me encargo del ano, ustedes de las orejas, la nariz, la boca y los ojos, y punto!

Por fin les había servido discutir a Hugo y a Alfredo.

IV

–Colega, este chico no tiene remedio.

–Déjeme a mí que ya recibirá el castigo que le corresponde. Gracias por su colaboración con La Obra, colega.

El hombre de túnica violeta se alejó unos metros previendo una eventual despedida: sabía que en la mayoría de los casos, eran padres los que abandonaban a sus hijos en ese lugar. Carrizo se acercó a Quique e intentó acariciarle la cabeza.

–¡No me toques, hijo de puta! –exclamó el chico esquivando su brazo.

–¿Ve lo que le digo, colega?

–Completamente –asintió el otro con la cabeza.

Carrizo dio media vuelta y desapareció tras el enrejado.

–¿Adónde estoy? –preguntó Quique al hombre de túnica.

–Pronto lo averiguarás, hijo –le respondió–. ¡Ordenanza! Llevate a este chico al salón.

Quique vio cómo se acercaba alguien con una túnica y una capucha que no le dejaban mostrar ni un centímetro de piel. El hombre de la túnica apoyó las manos en los hombros del chico y se agachó para estar a la altura de él.

—¿Cómo te llamas, hijo mío?

—Enrique. ¿Soy hijo tuyo?

—No, Enrique, yo nunca tendré hijos.

—¿Quién sos?

—No importa, colega Enrique.

—Ahora también soy tu colega...

—Así es. Acompáñame.

—¿Acompáñame? ¿De dónde saliste vos que hablás así? Se dice acompañame —dijo el niño acentuando la última a.

—Como tú quieras, pero sígueme, por favor.

Recorrieron un pasillo largo lleno de puertas y en la octava, el ordenanza se detuvo, hurgó en uno de sus bolsillos y sacó un llavero. Una vez abierta la puerta, se agachó nuevamente.

—Aquí es, colega Enrique.

—¿Qué es? ¿Qué hay acá?

—Pronto lo averiguarás, hijo.

—Pero, ¿por qué no me dicen de una buena vez qué hago acá y dejan de decirme “Pronto lo averiguarás”?—rezongó el chico— El otro me dijo lo mismo. ¿No me podés decir aunque sea tu nombre y qué hago acá?

—Sólo te diré que lo que te pueda pasar allí dentro no es culpa mía sino tuya. Y si tampoco es tu culpa, yo no puedo hacer nada para solucionarlo, pues también soy humano. Sólo el Colega Superior puede ayudarte. Pero tú tienes que ayudar al Colega Superior a que te ayude.

A Quique se le vino el mundo encima: “Lo que te pueda pasar allí dentro” había dicho el ordenanza, y eso no le olía nada bien.

—¿Qué me querés decir? —preguntó el chico mientras los dientes le traqueteaban— ¿Qué me puede pasar ahí dentro?

—No te lo puedo decir, hijo mío. Que el Colega Superior te honre —el

ordenanza empujó a Quique adentro de la habitación.

Antes de que terminara de cerrar la puerta, Quique puso el pie y sollozó.

–Pará, pará. Aunque sea decime cómo te llamás, así te llamo por tu nombre.

El hombre abrió un poco más la puerta y se sacó la capucha: era un jovencito al final de cuentas. El tono de voz que utilizaba y el léxico que empleaba disimulaban su verdadera edad.

–Me llamo Justo, colega. Adiós.

V

Una vez finalizado el trabajo asqueroso, Hugo, Alfredo y Tobal se quedaron contemplando el cadáver de Sergio por unos minutos deseando que tomara un tinte extraño. El rostro permanecía igual, bañado en sangre casi por completo, los ojos abiertos. Le sacaron el uniforme para observarle el pecho y éste también presentaba heridas que lo enrojecían, pero el color de Sergio no era otro que el de un hombre lacerado con uñas, dientes y manotazos. No había ninguna parte del cuerpo que manifestara el estado de envenenamiento como sí las había en el cadáver de Vidal. Lógicamente, el plan de infusión no había funcionado.

–Yo les dije –sermoneó Hugo.

–Sí, vos nos dijiste, Hugo, ya sabemos –masticó Alfredo.

Antes de que comenzara una nueva discusión entre los antiguos compañeros de celda, Tobal se sacó el uniforme y se anudó la camiseta en la frente. Tenía unos abdominales bien marcados y era evidente que había estado trabajando en sus pectorales. Tres gotas grandes de sudor le atravesaban el pecho y los otros dos las siguieron con la mirada.

–Cuando yo laburaba en la ferretería tenía el cuerpo así. Mirá como quedé ahora –se lamentó Alfredo.

Tobal se rascó la barbilla, entrecerró los ojos y empezó a hablar con

un volumen apenas audible.

–Debemos demostrarle al sistema que podemos vivir fuera de él.

–¿Qué? –preguntó Alfredo.

–No sólo que podemos vivir fuera de él sin alterarlo: estoy diciendo que lo podemos destruir o al menos que podemos contribuir a su destrucción.

–¿De qué carajo habla éste? –indagó Alfredo a Hugo, que se encogió de hombros.

–El cadáver de este muchacho lo vamos a devolver igual –decidió Tobal–, por más que no parezca envenenado.

Los demás le miraban los ojos encendidos como brasas, fijos en la nada.

–Además, hay que darles un mensaje por escrito.

–¿No te parece suficiente mensaje el cadáver de Sergio? –preguntó Hugo– Léí que la mafia japonesa manda un dedo por correo, o algo así. Nosotros les estamos mandando el cuerpo entero.

Tobal se quedó pensativo.

–No es mala idea la de mandarle un dedo –dijo ajustándose el nudo en la cabeza.

–Mandemos la poronga, también –intervino Alfredo.

–Ya tenías que salir vos con tus groserías –rezongó Hugo e introdujo a la previsible carcajada de Alfredo.

–A lo que me refiero –retomó Tobal– es a que con un mensaje escrito reforzaríamos el mensaje visual: les va a impresionar mucho ver a uno de los suyos muerto y más de esa forma brutal.

–Ajá –asintieron los otros a coro.

–Pero si escribimos algo van a darse cuenta de que además de actuar como animales somos capaces de usar el cerebro.

–Vayamos al grano –apremió Hugo–: ¿qué querés escribirles?

VI

Pinchó el último raviol y lo deslizó por todo el plato intentando aprovechar lo que quedaba de salsa. Lo observó y sólo pensaba en el sabor que tendría. No pensaba en el motín que amenazaba a su penal. Después de masticar demasiado tiempo para tan poco volumen, Froilán terminó la botella de vino tinto, se sacó la servilleta que tenía encajada en el cuello de la camisa, se limpió los labios y el mentón y eructó. Había leído no sabía dónde que en la antigüedad los reyes eructaban para demostrar que estaban satisfechos con el banquete. Y no era para menos: él en cierto modo era un rey, a pesar de que la comida que le preparaban especialmente a él lejos estaba de ser la de un banquete. Aunque la de los presos es peor, se dijo y rió. Una vez había tenido que comer la comida de los presos, ya que su anterior cocinero personal, un tal Edmundo, había pedido licencia por una grave enfermedad. Ese día Froilán lo telefoneó para indicarle que no volviera a faltar bajo ninguna excepción, que “no hay enfermedad en este planeta que impida mi almuerzo”. Edmundo volvió al día siguiente y la gente lo notó claramente deteriorado. Aguantó unas semanas más y murió en la mismísima cocina. El comisario juntó a unos cuantos guardias, oficiales y miembros del personal de cocina y limpieza que conocían a Edmundo y declaró que no podía haber fallecido en un lugar más apropiado que allí y que por eso todo el mundo debía alegrarse. En ese momento todos aplaudieron, pero meses después se arrepentirían al enterarse de que al pobre Edmundo le habían descubierto una leucemia y que el trabajo no había hecho otra cosa que acelerar lo inevitable.

Camino a su despacho lo interceptó Calabrese, agitado y sudando.

—¿Señor comisario! ¡Señor comisario! ¡Hay un muerto!

—¿Adónde? —preguntó Froilán absorto, mirando para todos lados.

—Cerca del pabellón negro, señor comisario, el de los amotinados.

—Ya sé que es el de los amotinados, idiota. No provoque más suspenso

del que hay, dígame quién carajo se murió.

–Sergio Porrigo, uno de los rehenes.

–Ya era hora... –murmuró el comisario y al ver que Calabrese arqueaba las cejas completó– Ya era hora de que dieran alguna señal. Lamentablemente lo hicieron de un modo horrible.

–Y eso que todavía no vio el cuerpo, señor comisario...

–¿Qué tiene el cuerpo, Calabrese?

–Venga a verlo usted mismo, señor comisario. Está yaciendo a pocos metros del pabellón negro, señor comisario.

Los dos hombres se dirigieron hacia la gallera: el jefe a pasos largos y decididos y el subordinado a pasos cortos y veloces, frenando para no chocarse con aquél.

Froilán se indignó al ver el tumulto que se había formado alrededor del cadáver: no le gustaba enterarse último de las cosas ni que sus empleados las hicieran por sí solos. No hizo falta que gritara o que diera codazos para allanarse el camino, sólo bastó que uno de la muchedumbre lo viera llegar, corriera la voz rápidamente y todos se alejaran del muerto.

Por orgullo, el comisario no se alteró, pese a que esa imagen le causó repulsión y le trajo recuerdos espantosos.

–Qué animales... –fue lo único que dijo por varios minutos.

Froilán contemplaba cada centímetro del cadáver una y otra vez para entender qué clase de ser humano era capaz de semejante escabechina en un solo hombre. En cada examen se detenía en un punto fijo: el pecho. Allí había sangre, como en todos lados, pero había heridas de mayor profundidad y con forma.

–Roldán, traiga una manguera –ordenó después de meditar unos instantes.

El lacayo volvió en menos de un minuto con una extensa manguera roja y blanca.

–Aquí tiene, señor comisario.

–Yo no tengo nada, Roldán. Límpiele el pecho al fiambre.

Roldán miró con pavor al fenecido.

–Vamos, Roldán, no es tan grave –lo animó el comisario–: sólo tiene que manguerear, ni siquiera lo debe tocar.

El agua bañó la parte superior de la masa inerte y a medida que la sangre fue desplazada se pudieron ver unos dibujos en el pecho. Froilán se acercó y observó sin entender si eso era un mensaje o qué. Tras unos instantes de interpretaciones místicas, un oficial llamado Giunta descifró el misterio.

–Son letras.

–¿Letras? –preguntó más de uno.

–Creo que es acadio.

–Pero Giunta, no diga boludeces –gruñó el comisario–. ¿Acadio? ¿Eso qué carajo es?

–Una lengua antigua, de hace miles de años.

–¿Cómo mierda sabe que eso es acadio? ¿Usted lo habla?

–No, pero leí recientemente un artículo en...

–¿Y usted cree que éstos malandras pueden saber una lengua antigua? –interrumpió Froilán– ¡Por favor! No conocen siquiera el castellano.

–Hoy usted dijo que podíamos estar ante Mozart, Bonaparte y no sé quién más...

–Sí, pero esos seguro que no sabían acadio, Giunta. Le repito la pregunta: ¿usted piensa que esos animales saben acadio?

–No, señor comisario, ellos no saben acadio seguramente.

–¿Entonces? ¿Para qué inventa sandeces?

–Ellos no saben, pero quizás uno de los rehenes sí sepa.

–Vamos, por favor. Que uno de ustedes sepa acadio es tan probable como que uno de esos incivilizados lo haga.

–Sepa quien sepa, creo que es conveniente que alguien descifre el mensaje, señor comisario.

–No me diga lo que tengo que hacer, Giunta. Aparte usted ya no tiene la banca del inspector, así que no se pase de la raya.

–Sí, señor comisario –masculló Giunta.

–Pero de todos modos, hagamos lo siguiente: encontremos a alguien que sepa acadio, y si en verdad el mensaje que dejaron en el pecho de este hombre está en esa lengua, le daré la razón a usted. Si de lo contrario, esto no está en acadio, lamento decirle que perderá, al menos, su trabajo.

Giunta tragó saliva.

–La cuestión ahora es: ¿quién carajo sabrá acadio? –se preguntó el comisario en voz alta meneando la cabeza.

Abelardo, que estaba como de costumbre con sus manos apoyadas en la fregona, apeló a su antigüedad en el penal.

–Recuerdo que una vez un guardia me dijo que sabía leer acadio y yo le respondí “Que al pedo que está la gente”.

–Conque un guardia, ¿eh? –exclamó el comisario esquivando la mirada de Giunta.

–Herrazuriz, hágame el favor de revisar los expedientes de todos los guardias. Ese tipo de detalles los registramos, así que si alguien sabe acadio, debe estar anotado en alguna parte.

Todos los guardias allí presentes se estremecieron al preguntarse qué detalles habrían averiguado sobre ellos mismos. Algunos se ruborizaron.

CAPÍTULO 14

I

Mocarro: moco que cuelga de las narices sin limpiar. Epa: ésta la podría usar. Cómo les digo. ¡Mocarros del oprobio! Naaa. No hay relación. Pero, a ver, oprobio qué quiere decir. O. La o, la o. Este diccionario está bastante viejito. Si tenés que pasar de la be a la u es casi un hecho que arrancás una página. Ontólogo, Oñez de Loyola, opa. ¡Ja! Qué buena palabra opa. También la puedo usar alguna vez, aunque es bastante dócil. Opas llenos de mocarro. Mocarros opas. Mocarropas, jajá. Mocarropas. Ópalo, opinión, Oppenheimer, oprimir, oprobiar, acá está. Oprobio: Afrenta, ignominia. ¡A la mierda! ¿Qué querrá decir ignominia? Vamos a la i, capitán.

II

Herrazuriz volvió después de algunos minutos con el rostro pálido.

—¿Qué le pasa, Herrazuriz? —interrogó el comisario— ¿Vio a un muerto? Froilán se echó a reír a carcajadas.

—E, e, e, encontré lo que me pidió, se, se, se, señor comisario —titubeó Herrazuriz.

—¿Y? ¿Quién es el salame que sabe leer en acadiao?

—To, Tobal, señor comisario.

Al comisario se le paró el corazón, menos por pensar que Tobal formara parte activa del amotinamiento que por tener que concederle la razón a Giunta, ese subversivo que le molestaba como los pelos de la nariz. Miró al oficial esperando una sonrisa o un comentario tal como “¿Vio, señor comisario, que yo tenía razón?” que le sirviera de pretexto

para fusilarlo, pero Giunta no hizo ni siquiera una mueca y eso le dolió aún más. Le disgustaba ese tipo de personas, las que vanamente se creían más inteligentes. Lo volvió a mirar los ojos y por varios segundos esperó que flaqueara e hiciera algún gesto, pero nada: Giunta parecía una estatua.

—¿Vio, Giunta, que yo tenía razón? —preguntó Froilán. El oficial se quedó boquiabierto y nadie intervino en favor de él.

Quizás por olvido o porque en realidad sabía que no tenía la razón, el comisario no echó a Giunta como había amenazado antes.

—Entonces o Tobal está del lado de ellos, o lo obligaron a hacer esas cosas y quién sabe cuántas más. Lo cierto es que seguimos sin tener a nadie que sepa acadio. Dorrego, encárguese usted.

—Sí, señor comisario, pero, ¿qué hago?

—¡¡Consiga a alguien que sepa acadio, pelmazo!!

—Sí, señor comisario —el flacucho Dorrego respondió con sumisión.

—Llame a quien sea y consígame a un pelotudo que sepa acadio.

Dorrego salió dando brincos por toda la gallera.

III

Bernabé se paró al fin y Justo se sorprendió: hacía más de dos horas que no se movía de su litera sin siquiera decir una palabra, rascarse una rodilla, prender su odiosa radio o silbar aunque sea una melodía. Ni el paso inútil del tiempo, ni el silencio ensordecedor, y sobre todo la falta de guardias en el pabellón parecían importarle al viejo. Además, no estaban trabajando como cada día ni los llevaban al comedor. Justo iba a romper el hielo, pero Bernabé le ganó de mano y, mirando a través de los barrotes, preguntó lo mismo que él iba a preguntar.

—Che, ¿nos darán de almorzar?

Justo estaba meditando la respuesta, sacando cálculos de acuerdo a la inmediata comparación con el caso de aquella vez, el del Doc, cuando

Bernabé lo interrumpió con un eructo y se echó en su litera.

Transcurridos unos minutos, Justo pensó que la pregunta seguía vigente y respondió “Yo supongo que sí”.

—¿Tenés alguna idea de lo que puede haber pasado?

Justo vaciló: no sabía si le convenía hablar, y si lo hablaba con alguien (ya lo había hablado, de todos modos) tampoco sabía si Bernabé era el indicado, pues era impredecible. A pesar de su unión obligada con el viejo, no le tenía confianza y no quería verse perjudicado. Como cuando te cuentan un secreto, pensó: “vos le asegurarás al tipo que nunca lo vas a revelar, bajo ninguna circunstancia, pero después pasan algunos meses y lo que era un secreto pasa a ser una simple anécdota y se te escapa en alguna reunión, con algún conocido o amigo. Pero resulta que el que te había contado el secreto, no coincide con vos en que eso era una simple anécdota”. Un “¡Justo!” de parte del viejo lo trajo de vuelta.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Te pregunté si tenías alguna idea...

—Ah, sí —esa afirmación apresurada sepultó sus recaudos.

—¿Sí?! ¿Y por qué no me lo dijiste antes?

—No parecías muy dispuesto a entablar un diálogo...

—Dale, dale —interrumpió el viejo—, no seas histérica y contame qué sabés.

—Como te dije la otra vez, escuché que aquellos sátrapas se querían escapar.

—¿Y?

—Hoy en la panadería me pidieron que le cambiara a Alfredo el puesto, que él fuera a amasar y yo al horno.

—No es la primera vez.

—No, no fue la primera vez, pero hoy lo pidieron con más vehemencia.

—¿En qué te basás para decir eso?

—Yo me negué en un principio y ellos empezaron a insistir. Nunca me había negado y no sé que hubiera pasado las otras veces si lo hubiera hecho, pero ni bien me empezaron a insistir, sentí que había gato en-

cerrado.

—¿Eso es todo? ¿Por eso en este momento no hay guardias en este pabellón?

—Pará, que no terminé.

Bernabé ya había dejado de mirarlo a los ojos, pero después volvió a atender.

—Al final acepté el cambio de roles —siguió Justo—, y unos segundos o minutos después, apareció el comisario.

—¿El comisario? ¿En la panadería? —inquirió Bernabé asombrado como negando que eso pudiera ser posible.

—El mismísimo comisario, en la panadería, y se los llevó. No sé qué les habrá hecho, pero es por esa razón quizás que no haya nadie en este pabellón además del sordo y nosotros, y que nos hayan sacado del laburo. Creo que se querían escapar hoy con Vidal.

Los dos hombres permanecieron meditabundos por algunos minutos. Bernabé quiso sacarse otra duda, pero siguió callado. Había algo que no le cerraba: él no le había precisado al comisario la fecha del intento de escape de sus compañeros de pabellón. Quizás el comisario se había adelantado: una medida preventiva, pensó.

IV

Dorrego trotaba hacia la puerta principal pensando adónde podría encontrar lo que le había pedido el comisario. Lo único que se le venía a la mente era que su tía abuela Judith había trabajado casi cuarenta años en la biblioteca de una universidad en alguna parte, pero no se acordaba del paradero de su tía abuela ni de si ella estaba viva aún. Trató de memorizar rápidamente los últimos funerales a los que había concurrido: el de Héctor, un vecino malhumorado; el de María de los Ángeles, la portera del edificio donde vivía su madre; el de María del Carmen Cruz, su amante, y no recordaba más.

–No podés salir –lo detuvo Yanigro, el guardia de la garita contigua a la barrera de la puerta principal.

–¿Cómo qué no? –preguntó sorprendido Dorrego, que aún mantenía en la mente la imagen de toda esa gente velando a los difuntos.

–El comisario nos ordenó no dejar entrar ni salir a nadie sin su permiso.

–¡Pero si él mismo me mandó a buscar a alguien afuera!

–¿Y cómo sé yo si eso es verdad?

–Vamos, Yanigro, no me rompas las pelotas. Correte de mi camino y dejate de joder –rezongó Dorrego, empujó al guardia y se dispuso a marcharse.

Cuando estaba por salir, los cuatro guardias que custodiaban la barrera se interpusieron como lo había hecho Yanigro.

–Vamos, muchachos, ¿ahora ustedes? –se quejó Dorrego– ¿No se dan cuenta de que le están haciendo perder el tiempo al comisario?

–No, Dorrego, es usted el que me está haciendo perder el tiempo –intervino Froilán a sus espaldas.

El escalofrío que padeció Dorrego sólo podía asemejarse a una electrocución. La cara de horror que pusieron los guardias que estaban frente a él viendo los movimientos del comisario le anticiparon lo que vendría. Al escuchar el revólver salir de la funda, Dorrego miró al cielo y esperó el impacto de la culata en su nuca.

–Los felicito, señores –dijo el comisario con naturalidad a los cinco hombres aterrados que tenía en frente–. Siguieron mis órdenes al pie de la letra. Muy bien Yanigro al avisarme por la radio. Repito: no dejen salir a nadie. Si no me obedecen, cumpliré mi promesa y les cortaré las pelotas.

Froilán dio media vuelta y se fue. Los hombres se miraron atónitos y nadie se animó a preguntar “¿Qué hacemos con Dorrego?”. Nadie se animó a hacer nada.

V

¡Ahí está! ¡Por fin! ¡Las comisuras lo delatan! Tiene veintisiete, como casi siempre. Cuando te lo demuestre a vos, se te va a caer el culo. Sí, a vos, Hugo, que me mirás, pero miralo al viejo, mirale los labios y ahí te vas a dar cuenta de que yo tenía razón. La razón no la tenés vos siempre, por más que yo sea ferretero y vos un pobre iluso que no hizo otra cosa en su vida que leer y leer y leer y leer y ser un infeliz. Vos mismo, el que habla como un caballero y tartamudea como un boludo. Yo quizás no haya estudiado en la universidad como vos, pero sé cómo levantarme a una mina. O al menos sé intentarlo. En cambio vos, como ese pobre diablo de Fernando, tenés la receta pero no los ingredientes. Entonces, ni chicha ni limonada. Yo aunque sea, limonada. ¡Caramba! Me engañó el viejo: veintiocho. O mis estudios no están completos o el viejo ya sabe que yo sé y me está cagando. Eso sería terrible, que el viejo sabiera...

VI

Lo primero que hizo Quique fue examinar la oscura y fría habitación, tarea no muy extensa pues se trataba de un cubil húmedo en el que sólo había una lamparita lejos en el techo, un catre en un rincón y un agujero diminuto por el cual pasaban algunas hormigas. No entendía cómo alguien había podido vivir allí, si es que lo había hecho.

Jugó un rato con las hormigas antes de largarse a llorar, patalear y gritar por horas. No había asimilado aún que su madre estaba muerta, ni tampoco lo de Carrizo.

Tras varias horas, escuchó la llave que era introducida en el cerrojo: era Justo con una bandeja y traía pan viejo y un vaso con agua turbia. El chico no vaciló en tratar de aprovechar la mínima manifestación de

piedad que había demostrado ese joven horas antes.

–Justo –Quique creyó que llamándolo por el nombre lograría establecer un vínculo amistoso–, ayudame, por favor. Sacame de acá.

–Colega Enrique –titubeó Justo–: has llegado recién hoy. Si tienes semejante falta de paciencia no resistirás, hijo mío.

–Por favor, hacé algo –insistió el chico desoyendo lo que le convenía interpretar.

–Medita, colega. Si no lo haces no encontrarás la fortaleza para sobrellevar esta vida y llegar a una mejor. Medita, hijo mío, y piensa en lo que has hecho, que mañana tendrás que ser fuerte.

–¿Mañana? –inquirió el chico impresionado– ¿Por qué mañana?

–Hoy por ser tu primer día aquí, es tu jornada de reflexión. A partir de mañana comenzará la Etapa de Castigo y una vez que el Colega Superior considere que has purgado todas tus faltas, comenzarás la Etapa de Perdón.

–¿Castigo? ¿Qué me va a hacer el Colega Superior? –sollozó el chico nuevamente.

–Medita, colega –repitió Justo apoyando apresuradamente la bandeja en el suelo. Cerró la puerta y Quique lloró. Observó detenidamente el pan y luego le dio un mordisco. Aunque sea tenía pan. Recordó al monstruo y todas las noches en las que se fue a dormir sin comer. El pan estaba muy duro y no tenía sabor. Comió apenas y con la miga armó una bolita con la que pasó un par de horas jugando.

Más tarde vio que por el centro de la puerta se abría una barra rectangular. Alguien arrojó por ella un libro. Quique se deslizó hasta la entrada pero no llegó antes de que el hueco se cerrara.

–¡Justo! –exclamó– ¿Sos vos? Ayudame.

Pero nadie contestó. Se quedó observando la puerta resignado unos cuantos minutos. Cuando se cansó de esperar tomó el libro verde y lo examinó. No sabía leer.

VII

Froilán volvió con decisión a la gallera y pateó el cadáver de Sergio como si fuera una bolsa de papas. Mientras los que lo rodeaban lo miraban desconcertados, prendió la radio.

—Páseme con Tobal, interno.

La respuesta no fue instantánea, pero tampoco se hizo esperar demasiado.

—*Señor comisario, ayúdeme* —se escuchó a Tobal del otro lado con una voz tímida.

—Tobal, quédese tranquilo que todo va a marchar bien —el comisario apagó la radio y le propinó otra patada al cadáver. “Este hijo de puta es capaz de estar actuando”, susurró a los demás en la escena. No hacía falta susurrar, pues la radio estaba apagada, empero Froilán no estaba muy familiarizado con “esas tecnologías de mierda”. Ahora, dígame, por favor, ¿qué quiere decir ese mensaje?

—*¿Qué mensaje, señor comisario?*

—El que está en acadio, Tobal. Vamos, ya sabemos que usted saber leer y escribir acadio.

—*Sé leer acadio, pero nunca lo escribí. Aunque creo que podría hacerlo. De todos modos, no tengo idea de qué mensaje me está hablando, señor comisario.*

—Entonces, ¿quién carajo escribió eso en el pecho de Porrico? Ya sabemos que esos delincuentes lo mataron...

—*No se pase de la raya, Froilán* —se escuchó otra voz en la radio, la misma de las anteriores conversaciones—. *El único mensaje que les mandamos está ante ustedes, de la cabeza hasta los pies, ¿me oyó? De la cabeza hasta los pies. Si en vez de intentar estupideces está dispuesto a negociar, sólo use la radio.*

La comunicación se cortó. El comisario pateó nuevamente el cadáver,

pero luego lo observó y permaneció pensativo, a pesar de su notable ira.

Hizo hincapié en la palabra “pies”, se dijo Froilán. Se agachó y tomó a Sergio por las pantorrillas. Le levantó un pie y no encontró nada, pero en el otro notó que había más sangre.

–Roldán, la manguera.

Roldán lavó el pie de Sergio y allí se aclaró la cuestión: con pequeñas letras grabadas en la planta del pie izquierdo, se hallaba el verdadero mensaje de los amotinados. Al leerlo, el comisario pegó un grito al cielo, asemejándose a un lobo que le aullaba a la luna. Se paró y salió corriendo hacia su despacho.

Giunta, que se había ganado el respeto de los demás por su símil enfrentamiento con el comisario minutos antes, repitió las acciones de éste, pero leyó en voz alta el mensaje que los rebeldes habían grabado en el pie: “A Sergio le gustó el veneno. Gracias”.

CAPÍTULO 14 bis

I

–Che, Herrazuriz, ¿te pusiste a pensar quién escribió el mensaje en acadio? –preguntó Giunta al oficial que tenía más cerca.

–La verdad que no, todo esto me ha impactado demasiado como para detenerme en cada detalle.

–Yo no sé a qué le llamás detalle vos, pero no entiendo con qué herramientas pudieron grabarle el pecho de esa forma. Las heridas son muy profundas, ¿viste? Aparte dijeron que ellos no lo habían hecho. Está bien: pueden haber mentido, pero para qué si ellos mismos grabaron el mensaje del pie. Si justamente querían demostrar lo lejos que pueden llegar, se hubieran adjudicado el grabado de ese mensaje en acadio, pero por lo visto no tenían ni la más pálida idea, ¿no?

–No sé, Giunta, a mí no me metas en esto.

–¿Qué te pasa? ¿A qué le tenés miedo?

–Vos sabés a *quién* le tengo miedo.

Gasparini, uno de los oficiales más veteranos del penal –su cabellera totalmente canosa lo demostraba–, escuchó esa conversación y dijo lo que varios estaban esperando.

–Tenemos que hacer algo para que nadie le tenga miedo a nada, ni a *nadie* –la última palabra la pronunció lentamente y observando a Herrazuriz, que miró para un costado.

Giunta tomó coraje tras las palabras de su colega.

–Estoy de acuerdo con Gasparini: hay que hacer algo. No podemos quedarnos cruzados de brazos mientras el comisario mata a quien se le da la gana. ¡Hasta los rehenes están muriendo! Recién me enteré que

asesinó a sangre fría a Dorrego sólo porque el pobre diablo quiso salir del penal para cumplir con las órdenes que aquel mismo le había dado.

—No le ordenó que saliese, le pidió que consiguiera alguien que supiera acadio —argumentó Herrazuriz—. En ningún momento le dijo “salí”.

—Ni tampoco “salga” —acotó Fernández Potrillo, otro oficial, sonriendo y buscando la aprobación de su broma. Nadie siquiera lo miró: todos sabían que casi nunca intervenía en las discusiones y que, cuando lo hacía, era solamente para perder el tiempo haciendo chistes para caerle bien a la gente.

—Como vos quieras, Herrazuriz —continuó Giunta—, pero, ¿de ahí a matarlo? Ya si le daba un sermón era abuso de autoridad. Le pegó un culatazo en la nuca, el descerebrado. Si sigue así nos va a terminar matando a todos, uno por uno.

—Uno —señaló otra vez Fernández Potrillo y ahí sí que lo miraron todos.

II

¿Le creo o no le creo? Le creo, no le creo, le creo, no le creo, le le, no le, late, nola, mucho, poquito, nada. Quizás éste haga lo mismo con cada uno que llega aquí. Se hace el amable, les habla un rato y ¡pumba!, después los abrocha. ¿Cómo alguien puede concebir el concepto de confianza con estos convictos? Concebir; concepto; confianza; con; convictos. Con con con con con, aunque la preposición está bastante forzada ahí. Pero, de cualquier forma, ¿servirá confiar en este tipo que piensa que se llama Alfredo? El piensa “de que” se llama Alfredo, el muy bestia. Dos o tres cebadas y ya te das cuenta, Hugo, viste cómo sos, ya te das cuenta de que el tipo es un analfabeto. Pero bueno, tampoco a la pavada. Seguro que este Alfredo diría “tampoco a la pavadéz”. O peor: “tampoco a la pabadés”. Sos malo, Hugo, ¿eh? ¿Y si no confío? ¿Gano algo? ¿Y qué es lo que puedo perder si confío? El cable rojo o el amarillo. Vamos, no soy tan importante. Mi propia vida en

tan pocas palabras: no soy tan importante.

III

Froilán entró al despacho y tuvo que correr el cuerpo del profesor Méndez para allanarse el camino. Descolgó el tubo del teléfono y marcó. Antes de ser atendido, observó su retrato, la sangre en el piso y sonrió.

–*See, hablee* –contestó el interlocutor de un modo grosero.

–Cacho, preciso que me mande a los muchachos.

–*Quiquee, ¿cómo andá tanto tiempo, negro?*

Froilán hizo como que no había escuchado.

–*¿A cuánto queré?*

–Mándeme todos los que tenga, bien armados.

–*Pero ¿cuánto me vaja garpar?*

–Quédese tranquilo, usted sabe que pago bien –sabía que mentía–. Mándemelos ya mismo.

Colgó el teléfono para no seguir escuchando esa voz asquerosa, se sirvió un vaso de vino y lo bebió todo sin respirar. Repitió el procedimiento dos veces más y eructó estruendosamente. Miró su retrato otra vez y dijo algo parecido a “no saben con quién se están metiendo”. Luego volvió a la gallera y algunos oficiales seguían allí.

–¡Todavía siguen acá, carajo! –exclamó y no se supo si eso fue una pregunta o una afirmación.

–Señor comisario –comenzó Giunta–, va a ser mejor para todos que usted sepa controlar sus impulsos.

Froilán lo miró a los ojos. Con ese hombre tenía algo especial: siempre había querido matarlo, o por lo menos despedirlo, pero nunca había podido pues aquel era pariente del inspector general. Como el petiso de anteojos ya no existía, desenfundó su revólver y se reprochó a sí mismo por no haberlo hecho años antes. Sin embargo, Giunta también desenfundó su revólver y lo imitó Gasparini. De súbito se sumó Roldán

y luego lo hicieron Calabrese, Tirrene, el gordo Manzieri, Fernández Potrillo y Herrazuriz. Estos dos últimos no apuntaron al comisario, sino hacia Giunta, pero nadie se dio cuenta. Al ver que Froilán arrojaba su arma al piso, Fernández Potrillo y Herrazuriz lo apuntaron rápida y disimuladamente. Todos estaban sorprendidos por la veloz rendición del comisario como para notar que dos oficiales habían cambiado de blanco.

Giunta avanzó hacia el comisario sin dejar de apuntarle al rostro, pues tenía la certeza de que Froilán intentaría algo. Pero estaba en desventaja, ya que no tenía arma y estaba bastante ebrio.

—Manzieri, ponele las esposas.

El gordo fue por detrás del comisario con pasos timoratos y cuando estuvo suficientemente cerca recibió un codazo que le rompió el tabique. Froilán sabía que no podría escapar de esa situación, pero al menos quería desquitarse con alguien. Mis propios vasallos, pensó. Mientras Manzieri lloriqueaba y veía la sangre chorrear a gran escala por todo su uniforme, Gasparini se dirigió de un modo más vehemente y evitando toda agresión, logró ponerle las esposas a su jefe.

—Sólo les pido una cosa —exhortó Froilán—: no hace falta que les recuerde que cualquier detenido, por más pobre e inferior que sea, tiene derecho a efectuar un llamado telefónico. Como en este momento estoy siendo detenido, justamente, tengo el derecho de hacer al menos un llamado, ¿no les parece?

Giunta pensó que por más perverso y lunático que fuera, esta vez Froilán tenía razón. Se miró con Gasparini y éste le asintió con los ojos cerrados.

—Está bien. Roldán y Fernández Potrillo lo acompañarán a hacer el llamado y luego lo demorarán en una celda —concedió Giunta.

—¿Y por qué tienen que hacer lo que vos decís? —explotó Herrazuriz— ¿Quién te creés que sos vos para darnos órdenes? Vos no sos nuestro jefe.

—Yo soy el oficial con más antigüedad aquí después de Gasparini, pero

Gasparini ya está en edad de jubilarse y creo que no va a tener ningún problema con que yo tome el mando provisionalmente, ¿no es así?

Gasparini repitió el gesto de asentimiento que había hecho hacía segundos: le encantaba parecer sereno y misterioso.

–¿En qué celda? –apuró Roldán agitando la mano derecha.

–En una del pabellón rojo.

–¿El rojo? –se extrañaron varios y Froilán apretó los dientes.

–Sí. Quédense allí hasta recibir nuevas órdenes y mándenme a los guardias del pabellón rojo.

Roldán y Fernández Potrillo condujeron al comisario a la puerta de su despacho.

–Voy a mear y vuelvo –dijo Roldán y se metió en el baño que estaba al lado del despacho.

Mientras tanto, Fernández Potrillo se acercó a Froilán y le susurró al oído.

–Yo estoy con usted, señor comisario.

El comisario no alcanzó a responder, pues Roldán ya se hallaba al lado de ellos señalándole la puerta del despacho.

–Vamos, entremos y haga la llamada.

Cuando se disponían a ingresar con él, Froilán los detuvo, tuteándolos por primera vez.

–Muchachos, por favor respeten mi privacidad, no tienen ni que sacarme las esposas.

–Primero lo tendré que consultar con Giunta, señor comisario –dijo Roldán.

–Dale, Roldán, no es nada grave, es sólo un llamado telefónico, no voy a intentar nada extraño.

–Pero...

–Vamos, Roldán, no pasa nada –intervino Fernández Potrillo y abrió la puerta del despacho para dejar entrar al comisario.

CAPÍTULO 15

I

El batifondo del pabellón rojo había empezado a disminuir, aunque algunos reos seguían insultando al comisario a los gritos, alaridos y carcajadas.

A pesar del ruido, José Miguel Fernández Potrillo se mantuvo contemplando todo ese tiempo a Roldán, que había estado observando principalmente al comisario y a ese tal “Doc”. El asesino serial estaba haciendo un espectáculo bastante cómico a su entender, pues los insultos que dirigía a Froilán le sentaban perfectamente.

Tanto Roldán como Fernández Potrillo se preguntaban qué estarían pensando los presos al ver a la autoridad máxima del penal encerrada en el mismo lugar que ellos. A Roldán no le parecía una buena idea confinar al comisario a ese pabellón, pues los internos podían interpretar que una crisis aquejaba al correccional y ese no era un día como para que los rojos tuvieran intenciones de amotinarse también.

Roldán mantenía su revólver desenfundado y empezaba a impacientarse porque hacía media hora que no tenía noticias de afuera. Prendió un cigarrillo y generó nuevas reacciones de los internos. Eso lo incitó a “romper” el silencio.

–Tendríamos que ir a ver qué pasa –propuso a Fernández Potrillo.

–Andá vos que yo me quedo. No podemos dejar al comisario acá.

–¿Por qué no? Si está entre rejas.

–Mirá si uno de éstos se zafa...

–¿Y cómo se van a zafar, si también están entre rejas?

–Yo que sé, Roldán, de alguna forma. Se lo comerían crudo y nos culparían a nosotros.

Roldán meditó por unos segundos y respondió.

—Está bien, quedate. Yo no me tardo.

Cuando Roldán dio media vuelta y se encaminó hacia la salida, Fernández Potrillo saltó por detrás y lo noqueó con su cachiporra. En el pabellón rojo se sintió un estruendo comparable al grito del Partido en un estadio colmado de miles de afiliados. Los presos se aferraron a las rejas y saltaron. “¡Sangre!”, se le escuchó gritar a unos cuantos.

Fernández Potrillo tomó las llaves que le habían confiado a Roldán y abrió la celda del comisario. Los convictos no entendían nada pero seguían riendo y gimiendo.

—El plan es el siguiente —comenzó a relatar Froilán como si nunca hubiera sido detenido—: un grupo comando, para llamarlo de alguna forma, aunque se trata de unos muchachos bastante desagradables, inoperantes y, ¡bah!, unos muertos de hambre para resumir. Decía que un grupo comando está llegando al penal y, como no podemos hacer que entre por la puerta principal pues el energúmeno de Giunta no lo permitiría, vamos a hacerlo ingresar por el pasadizo subterráneo.

—¿Pasadizo subterráneo? —se asombró Fernández Potrillo: hacía años que trabajaba en el penal y nunca había visto ni oído hablar de cosa semejante. Qué bueno, como en un castillo, pensó.

—En mi despacho hay una suerte de escotilla que da a un pasadizo subterráneo que conduce, lógicamente, a cierto lugar en las afueras del penal. Los muchachos ya están avisados de que tienen que entrar por allí y como alguien les tiene que ir abrir, que por supuesto, en estos momentos no puedo ser yo, les comuniqué que lo haría usted.

—¿Yo? —se asombró aún más el oficial: no pudo evitar sentirse orgulloso por haber sido escogido por el mismísimo comisario Enrique Froilán para formar parte de una operación especial, quizás la más importante en la historia del penal. Después de eso ¿quién sabía? La fama lo llevaría a las tapas de todos los medios y su sueldo subiría considerablemente.

—Sí, usted. Hay que tener cuidado porque estos muchachos son medio animales y andan bien armados, parecen monos con navajas. Qué-

dese tranquilo que con usted no habrá problema, pues, como ya le dije, lo reconocerán. Vaya a buscarlos ahora mismo y manténgalos en mi despacho. Después encontraré la forma de escabullirme hasta allí y nos reagruparemos para combatir a los insurgentes.

—Sí, señor comisario —respondió Fernández Potrillo con una reverencia militar.

—Antes de que se vaya quiero que me diga una cosa.

—Sí, señor comisario.

—¿Quiénes están de nuestro lado?

—Que yo sepa Herrazuriz nada más, señor comisario.

—¿Herrazuriz? —rezongó Froilán— Preferiría que estuviera del lado de ellos. ¿Nadie más, entonces?

—Tengo entendido que uno de los guardias del pabellón amarillo es sobrino de Herrazuriz y da la casualidad que ese sobrino es una suerte de caudillo en ese pabellón, señor comisario.

—Ah, ahí cambia la cosa —sonrió Froilán—. Bueno, vaya hombre. Las llaves de la escotilla están en el primer cajón del escritorio de mi despacho. Supongo que no va a ser tan idiota de no encontrar la escotilla. Y déme el arma de Roldán y la suya también. Junto con las llaves está mi revólver preferido. Agárrelo y cuídalo más que a su propia familia.

—Sí, señor comisario. ¿Le puedo preguntar algo, señor comisario?

—Más le vale que sea rápido.

—¿Por qué no se escapó por la escotilla cuando fue a hacer el llamado telefónico?

—De aquí no se escapa nadie, oficial. Esto es el infierno y yo no pienso irme de aquí hasta acabar con los subversivos.

—Sí, señor comisario —Fernández Potrillo dio media vuelta y se fue.

Froilán se acercó a Roldán y lo pateó como lo había hecho con el cadáver de Sergio. A su derecha, en una de las celdas, “el Doc” lanzó una carcajada.

—¿Hay quilombo, señorita comisaria? —preguntó el célebre asesino.

Froilán lo observó de soslayo y con desprecio. Pero luego de ver los

ojos de ese delincuente por unos segundos, tuvo una idea.

II

Para llegar al despacho del comisario, Fernández Potrillo debía atravesar toda la gallera. Pese a que ya habían retirado el cadáver de Sergio, un grupo de oficiales se hallaba concentrado allí. A medida que se acercaba, Fernández Potrillo iba distinguiendo las voces y los comentarios de aquellos.

—...los guardias verdes están de nuestro lado —se oía decir a Giunta—; el difunto Urrutia era guardia del pabellón verde lima, y como los verdes siempre fueron famosos por esa camaradería es de esperar que se solidaricen con el occiso, ¿no?

—Sin lugar a dudas —remató Gasparini.

Al ver a Fernández Potrillo, algunos de los que estaban allí se sorprendieron.

—¿Qué hacés acá, Potrillo? ¿No te dijimos que vigilaras al comisario?

—Ya sé, Giunta, pero Roldán me estaba hinchando las pelotas con que no teníamos noticias y no sé qué ocho cuartos. ¿Todo marcha bien aquí?

Giunta tardó en responderle: primero le echó una mirada que, en su opinión, denotaba soberbia.

—Por ahora sí. Todavía no nos comunicamos con los amotinados. Estábamos debatiendo justamente eso cuando interrumpiste...

A Fernández Potrillo le disgustaba ese hombre: sabía que estaba planeando, junto con sus nuevos adláteres, la forma de adueñarse del penal. Por eso no había dudado en inclinarse por el lado del comisario.

—Bueno, me alegro —masticó y se encaminó hacia el despacho de Froilán. Dio unos cuantos pasos rogando no volver a escuchar la voz de Giunta tras sus espaldas, pero la sola entonación de la primera letra bastó para paralizarle el corazón.

—¿Adónde vas, Fernández Potrillo? —inquirió Giunta.

—Sepan ustedes disculparme, debo ir al baño —respondió agitado.

—¿Y para eso vas para allá? De ese lado el único baño que hay es el del despacho del comisario. ¿Desde cuándo meás ahí vos?

El oficial se ruborizó.

—Es que siempre tuve la intriga y las ganas de conocer el baño del comisario, que seguramente es mucho más lujoso de lo que son los nuestros. Aparte Roldán lo usó hace un rato y yo me quedé con las ganas.

—Bueno, andá, pero volvé al pabellón rojo, ¿eh?

Cuando Fernández Potrillo se alejó lo suficiente, Giunta escupió el piso.

—Herrazuriz, seguilo.

III

Por las ventanas del pabellón azul entraba algo más que el calor hiriente: al magro felino, que se colaba por los barrotes en sentido inverso al que hubiera querido hacer cualquiera de los reclusos, lo llamaban Silvio. Cada vez que los guardias lo veían, trataban de darle un puntapié, pero nunca lo alcanzaban. Silvio se divertía (o sufría) trepándose rápidamente y yéndose por el mismo lugar por el que había entrado, para luego de unos minutos repetir el procedimiento.

Una vez lo alcanzaron: el guardia pelado le dio tal patada, que Silvio desapareció por varias semanas, un mes quizás. Todos pensaron que no volvería, pero volvió, con su cola pelirroja y su pecho multicolor, mezcla de naranja, marrón claro y color crema, los ojos verdes y su oreja derecha cortada a la mitad. Tenía veintidós años y unos colmillos de veinte centímetros.

IV

Fernández Potrillo se convenció por completo de que debía permanecer en el bando del comisario al ver el cadáver del profesor Méndez

yaciendo en la alfombra del despacho. Rodeado de un charco de sangre, los ojos abiertos, aquél parecía estar observando aún el imponente retrato de Froilán. Fernández Potrillo había asesinado una vez a un preso y quizás acababa de quitarle la vida a Roldán, sin embargo ese cuerpo inanimado le causó terror. Para colmo Herrazuriz entró dando un portazo.

—¿Qué hacés acá?

—Antes de responderte quiero saber qué pito tocás vos —respondió Fernández Potrillo.

—¿De qué hablás, Pepe?

—Vamos, Juan Carlos... ¿Estás con Giunta o con el comisario?

Herrazuriz advirtió la presencia silenciosa del profesor Méndez y se quedó observándolo pensativo. Luego miró a los ojos a Fernández Potrillo, el único compañero de trabajo a quien podía considerar como un amigo.

—¡Dale, Juanca! No tenemos mucho tiempo.

—¿Y qué vamos a hacer? —pluralizó Herrazuriz. Fernández Potrillo suspiró y sonrió.

—Yo ya me encargué de liberar a Froilán...

—¿Adónde está?

—No sé, no me dijo adónde iba, pero me ordenó que hiciera la posta con una banda de “muchachos” —al ver que Herrazuriz fruncía el ceño, se explicó—. No sé bien qué clase de tipos son esos, pero por lo que me dijo están bien armados y, fundamentalmente, de nuestro lado.

—¿Y adónde tenés que ir a hacer la posta? Si apenas “por ir al baño” Giunta ya me mandó a espiarte, no me viene a la cabeza cómo vas a hacer para meter acá adentro a una banda de tipos bien armados.

Mientras su interlocutor hablaba, Fernández Potrillo abrió el primer cajón del escritorio y como le había explicado el comisario retiró las llaves y un revólver brillante y largo.

—¿Qué hacés con eso? —siguió Herrazuriz con su serie de preguntas. El otro lo desoía, pues se vanagloriaba de tener más información y además

buscaba en el suelo la escotilla misteriosa.

Los “¿Qué hacés?” y “¿Qué buscás?” se repitieron hasta que el oficial tuvo la certeza de la ubicación de la escotilla: luego de desplazar uno de los sillones, encontró una argolla pequeña en medio de la sangre. Jamás la habría notado de no saber que podía estar allí. Con desagrado, ya que se le resbalaba de los dedos por la sangre, tiró de ella una, dos, tres veces hasta que, como si hubiera descorchado una botella, tuvo en sus manos un pedazo de alfombra de sesenta centímetros cuadrados y a sus rodillas un hueco en el que se divisaba una escalera.

—¿Y eso qué es? —preguntó Herrazuriz sobresaltado, las cejas arqueadas.

Fernández Potrillo siguió con su misterio.

—Juan Carlos, prestá atención a lo que te voy a decir: vas a ir al pabellón amarillo y vas a hablar con tu sobrino, que supongo que no se opondrá a formar parte de la resistencia contra los oficiales rebeldes. Si no está de acuerdo desde un principio inventale alguna historia, algo semejante a la pérdida del trabajo o una muerte horrible y tratá de que reclute la mayor cantidad de colegas posible. Recomendale que tanto él como quienes lo acompañen procuren estar alertas ante el aviso del comisario. Estos muchachos van a esperar aquí conmigo en el despacho y el comisario nos va a venir a buscar. Tratemos de actuar con cautela así podemos organizarnos de la mejor manera antes de que Giunta y sus secuaces se enteren de nuestras intenciones. Una vez que se arme el tiroteo es conveniente que estemos bien preparados y que seamos mayoría, si se puede.

Lo único que hizo Herrazuriz fue asentir con la cabeza, temblando. De pronto los dos hombres comenzaron a oír unos pasos que provenían desde afuera del despacho.

—¡Dale, Pepe, metete! —susurró Herrazuriz.

Fernández Potrillo saltó dentro del hueco: prefería torcerse un tobillo en vez de ser descubierto indefenso. Sólo tenía el revólver del comisario y ni siquiera había corroborado si estaba cargado. Pero cuando fueran un grupo suficientemente numeroso ya iban a ver esos. ¡Ja! Qué se pen-

saba ese Giunta, la puta que lo parió.

Herrazuriz colocó la tapa de la escotilla lo mejor que pudo y movió el sillón a su lugar inicial. Luego escuchó la puerta abrirse.

CAPÍTULO 16

I

Al amanecer abrieron la puerta y lo sacudieron.

—Ésta generalmente es la hora de descanso, colega Enrique —dijo Justo en un tono misterioso—, pero como a partir de hoy ingresas en la Etapa de Castigo, esta hora se dedicará, justamente, a tu castigo. Tienes que considerar que a esta hora los demás colegas, como te decía, la dedican al descanso, pero como alguien se tiene que ocupar de tu castigo, ese alguien se perderá una hora de descanso, por lo que es probable que esté enfadado en el momento de penalizarte.

Quique lo miraba sin entender nada.

—Esto te lo digo para que vayas preparándote —prosiguió Justo—, pues en breves minutos uno de los colegas vendrá en intención de purificarte.

—¿Purificarme? —preguntó Quique refregándose los ojos con sus puños y bostezando.

—Así es, colega Enrique: purificarte. Si todo sale bien, el proceso puede durar sólo semanas, pero eso depende de tu buena disposición. Hay quienes pasan años en la etapa de castigo y no logran ser perdonados por el Colega Superior. No es fácil de convencer al Colega Superior. Si de veras no estás arrepentido de lo que has hecho, él se dará cuenta. No puedes engañarlo ni con la mejor de las actuaciones, pero de todos modos, la cuestión no es engañar. La cuestión es arrepentirse: si te arrepientes de lo que has hecho, el Colega Superior cerrará la etapa de castigo.

El chico mantenía la misma cara de asombro y sueño.

—Ahora espera a que llegue quien tiene que venir y acuérdate: haz todo lo que te indique el hombre. Si te niegas a aceptar La Voluntad,

tu camino se llenará de guijarros y púas. Si por el contrario, estás dispuesto a elegir el camino correcto, todo será armonía. Que el Colega Superior te honre, colega Enrique.

“Qué tipo loco”, pensó el niño mientras se rascaba la cabeza y examinaba a Justo, que no lo miraba a la cara. No volvería a ver a ese hombre en veinte años.

Esperó algunos minutos sentado en el catre. El frío le penetraba entre las costillas y el desconcierto sus pensamientos. Observó nuevamente a las hormigas: ellas podían entrar y salir y estaban en compañía.

Luego de un rato escuchó el cerrojo: una gran figura se estableció en la entrada. El sol del fondo le impedía distinguir los rasgos. Quique asoció inmediatamente esa silueta con la de su padre y con aquellos momentos.

Una vez que se acercó y cerró la puerta, el chico pudo ver que el hombre tenía la cabeza cubierta con un albornoz fuliginoso. Esperó unos segundos paralizado en su inmensidad y cerró la puerta.

—Hola, ¿quién sos vos? —preguntó Quique con un acento tímido—
¿Sos el colega superior?

El hombre no respondió y sacó una pinza de plata de un bolsillo.

II

Froilán miró a “El Doc” y volvió la vista hacia la cintura de Roldán. Repitió el proceso tres veces, se arrimó a la celda del homicida manteniendo una distancia prudente y le habló por primera vez desde que aquel había sido recluido.

—Interno dos mil, escúcheme.

No recibió respuesta verbal sino salival, pero se contuvo como lo había hecho con el profesor.

—¿Qué tan lejos iría usted para quedar en libertad?

—Hasta la puerta, pelotudo —contestó El Doc y echó a reír.

Froilán estuvo a un paso de convencerse de que estaba perdiendo el tiempo, sin embargo, intentó por última vez.

–Tengo una sobrinita de siete años, ojos celestes y pelo castaño claro. Hace equitación y los padres la quieren mucho.

Al reo le brillaron los ojos.

–Si usted quiere tenerla un rato a solas, digamos, media hora...

–Con treinta y siete segundos me alcanza –dijo el rojo y se le escapó una gota de baba marrón que fue a parar a sus zapatos lentamente.

–Treinta y siete segundos, cómo no, pero primero tiene que hacer lo que le voy a pedir.

–¿Qué quiere?

–Quiero que me consiga la cabeza de cierto hombre.

–¿Con la tráquea incluida para poder clavarla en la tierra? –a Froilán se le revolvió el estómago.

–No hace falta, sólo quiero su cabeza.

–¿Y de quién se trata? –preguntó el Doc con los ojos desorbitados.

–Un tal Giunta. Es alto, de cabello...

–Giunta...–susurró el asesino y se pasó la lengua por el bigote– Yo sé bien quién es Giunta. Yo sé bien quién es quién acá.

El comisario se sobresaltó ya que le causaba terror lo que ese tipo pudiera saber, pero no sabía que cada persona adentro de ese penal sentía lo mismo hacia él.

–Eso sí, tengo que conseguirle la llave de las esposas.

–No hace falta, lo único que necesito es mi olfato.

III

Fernández Potrillo tanteaba las paredes de cemento inmerso en la oscuridad y preguntándose cuán extenso podría ser ese pasadizo. Su cabeza rozaba el techo y le provocaba dolor: calculó que ese pasaje había sido construido precisamente a la medida del comisario Froilán que,

de un poco más de un metro ochenta de alto, cabía perfectamente allí. Pero él no, que además rengueaba y no había tenido el tiempo ni la precaución de llevar una linterna.

Caminaba y maldecía su destino, pero luego pensaba en el éxito y las recompensas que le esperaban. Me van a llenar de medallas, se dijo. Se acordó de su tío Flavio, que era ciego: si no podía soportar siquiera ese camino unidireccional, en el cual no corría peligro alguno, era incapaz de imaginarse cómo hacía su tío. Después pensó en los muchachos, en qué aspecto tendrían y cómo lo tratarían. Un momento, se dijo y dejó de caminar. ¿Cómo lo reconocerían? El comisario le había dejado en claro que era él quien debía ir a buscar a los muchachos y que a su vez ellos lo sabrían. Pero, ¿cómo? El jamás había escuchado hablar de ellos y suponía que, menos que menos, ellos nunca habrían oído hablar de él. ¿Y si no me reconocen?, se aterró. ¿Si piensan que soy uno de los traidores? Froilán había dicho que eran como monos con navajas... Pero bueno, ya es tarde, ya está, qué le voy a hacer. ¿Y si vuelvo? No, también es tarde para volver. Giunta ya debe estar pidiendo mi cabeza. Seguro que ya lo encontraron a Roldán medio muerto y vieron que el comisario se escapó. Definitivamente no puedo volver. Tampoco puedo escaparme, ni por la puerta principal, ni por este pasadizo, porque ni bien salga a la superficie me cagan a tiros.

Fernández Potrillo golpeaba las paredes y lloriqueaba, pero nadie lo podía oír. Se hallaba atrapado entre dos posibles tipos de muerte, y no veía ni siquiera sus propias manos, que agitaba con impotencia delante de sus ojos.

Pero volvía a darse valor y a pensar en el éxito. Dio algunos pasos y frenó nuevamente: ya no sabía si estaba yendo o volviendo. No se acordaba si se había dado vuelta al golpear la pared. Maldijo a su tío, lo envidió y le pidió perdón, que en paz descansase. Concluyó que no le quedaba otra opción que seguir caminando hasta chocarse con la escalera por la que no había descendido o con la salida al exterior. Cerraba los ojos por miedo a toparse con una pared, como si eso atenuase al potencial impacto. Y otra vez los muchachos. Se tropezó y soltó un

chillido seguido de unas lágrimas de dolor. Siguió arrastrándose, casi gateando. Había soportado cientos de cortes de electricidad en su hogar y había hecho cosas estúpidamente similares, pero en esas ocasiones había tenido el privilegio de decirse y decirle a Marta que “siempre que llovió paró” y de esperar postrado en la cama el amanecer. Sin embargo, allí no tenía ni el privilegio de quedarse postrado.

No le restaba ninguna oración que rezar cuando un ruido metálico invadió de súbito el túnel: su cabeza había golpeado contra un objeto que, luego de palparlo resultó ser una escalera.

Veinte, quince, o aun dos minutos estuvo Fernández Potrillo aferrado a la escalera esperando alguna señal que le indicase lo que debía hacer. Se dio el último empujón para terminar con esa historia y tiró de algo que podía ser una manija. La escotilla no se abre tan fácilmente desde abajo, pensó. Le dio una trompada y se arrepintió instantáneamente. No había terminado de insultarse por décima vez cuando empezó a oír ruidos que provenían de la superficie: alguien estaba intentando abrir la escotilla. A lo mejor sería Herrazuriz, quizás el mismo comisario. La luz le hizo mal a los ojos, pero le hizo darse cuenta de que no había equivocado el camino. Esa gente que lo apuntaba estaba a la intemperie: eran los muchachos.

—Salé —se oyó decir a uno de ellos.

Pisó cada escalón al borde del desmayo, salió y vio a diez hombres harapientos desparramados alrededor del hueco que le apuntaban. De tez oscura, todos parecían ser de temprana edad, a excepción de uno: el que le había hablado. De adusta expresión, pelado y con una barba candado canosa, aquél lo observaba fijamente a los ojos. La escena parecía haberse paralizado y Fernández Potrillo se veía en ella. Quizás le restasen segundos de vida; el balazo podía provenir de sus cuatro costados. De pronto, una sonrisa comenzó a dibujarse en el rostro del hombre de edad madura para convertirse en una risita ahogada y luego en una carcajada. Todos los demás lo imitaron y lo hicieron sentir un payaso en un circo, pero ni por asomo se animó a preguntar a qué se

debía tanta alharaca. Las carcajadas se prolongaron demasiado para su gusto y algunos hombres se golpeaban el abdomen con la mano con la que no sostenían la ametralladora.

Finalmente, el más viejo dejó de reír y poco a poco los demás fueron callándose.

–Vó debé sé Fernánde Poyito –aseveró el líder de la banda.

–Sí, ¿cómo lo supo? –preguntó el oficial ingenuamente y desató una vez más las carcajadas. Algunos ya lloraban de la risa: estaba claro que habían dejado de carcajear a la fuerza y que se habían quedado con las ganas de reírse un poco más, entonces aprovechaban la nueva oleada para descargarse totalmente.

–¿A cuánto como vó conocé vó? –preguntó el viejo sin parar de desternillarse esta vez.

Fernández Potrillo se miró a sí mismo y se sonrojó al entender todo: se caía de maduro que esos hombres jamás habían visto a un albino de dos metros.

CAPÍTULO 17

I

–Herrazuriz, ¿qué hacés acá? –preguntó Giunta sin bajar la mirada hasta el suelo– ¿Y adónde está Fernández Potrillo?

–No sé, yo entré, me encontré con esto y no supe qué hacer –respondió el otro señalando el cadáver e intercalando las miradas hacia Giunta y Calabrese que lo atisbaban con desprecio.

Giunta se quedó observando el cuerpo del profesor Méndez. En parte era cierto lo que decía Herrazuriz: encontrarse de golpe y porrazo con aquello ameritaba como mínimo algunos segundos de estremecimiento. Sin embargo había algo en la expresión del oficial que lo hacía dudar: parecía sobreactuado su papel de conmovido. Al fin de cuentas era un hombre que había visto ese tipo de cosas a lo largo de su carrera, no era un bibliotecario o un ayudante de cocina.

–Espérenme acá que voy a buscar al imbécil de Fernández Potrillo –ordenó Giunta a los otros dos y salió del despacho.

Calabrese también sospechaba de Herrazuriz, puesto que nadie permanece más de diez minutos contemplando un cadáver sin hacer nada. Las dudas se convirtieron en certeza cuando sonaron las radios: era la voz de Gasparini que, pese a la emergencia, seguía sonando parsimoniosa y calculada al extremo.

–Roldán está en coma. Froilán se escapó y el Doc también. Tengan cuidado.

Calabrese se quedó helado y mientras se empezaron a oír unos golpes que provenían desde abajo del sillón. Un ruido metálico y unos gritos de Fernández Potrillo se escucharon como a través de un vaso

de plástico: “¡Juan Carlos! ¿Sos idiota? ¿Quién te dijo que pusieras el sillón encima? ¡Juanca! ¡Juanca! ¿Estas ahí?”. El gordo corrió el sillón y uno a uno comenzaron a emerger hombres armados cuyo hedor ya había ganado el despacho. Calabrese sólo miró a Herrazuriz y no llegó preguntarle qué estaba pasando allí: al mismo tiempo que escuchó unos pasos tras de sus espaldas, se vio a sí mismo intentando ser estrangulado por unos fuertes brazos. Antes de que se quedase sin aire, una ráfaga de metralletas lo derribó junto a su atacante. A pesar de los balazos, Calabrese seguía con vida, pero los brazos de “el Doc”, ya sucumbido, continuaban aferrándole el cogote con la misma fuerza. Simultáneamente, el comisario Froilán entró al despacho y se agachó al lado de Calabrese. No intentó salvarle la vida, solamente le hizo una pregunta que todos allí consideraron insólita, incompatible con aquella situación.

–¿Usa el mismo perfume que Giunta? –indagó Froilán.

Con voz ronca, Calabrese logró decir un “sí” y murió. Froilán se tomó la barbilla con su mano derecha y observó a los demás en su despacho.

–Qué raro –reflexionó–: pensé que este delincuente no fallaba nunca –señaló al “Doc”–. Pero claro, por algo vino a parar a la cárcel, no es perfecto. Lo engañó el olfato.

Nadie entendió nada.

–Yo le ordené que matase a Giunta, no a Calabrese –continuó el comisario–. El tipo me dijo algo del olfato, que lo único que necesitaba era su olfato, como un perro policía, o algo así, supongo.

–Le erró por poco entonces –entendió Herrazuriz–: Giunta estuvo aquí hace dos minutos.

–¡La puta madre! –aulló el comisario y pateó el cadáver de Calabrese. Había dieciséis personas en ese despacho, tres de ellas muertas– Mi error estuvo en indicarles a estos muchachos que aniquilaran a cualquier interno que atravesara sus líneas de fuego. Me olvidé de ese pequeño detalle. Si no hubiera omitido eso, en este momento estaría mandando al loco este a asesinar uno por uno a los insurgentes. Efectividad no le faltaba, finalmente. De ahora en más no disparen a los internos a que-

marropa, ya que tal vez nos puedan ser útiles.

Nadie dijo nada y el comisario miró por primera vez a los muchachos. Al advertir eso, el líder de aquéllos sonrió con lo que le quedaba de su dentadura amarillenta.

—¡Quique!

—No hay tiempo para eso, Cacho. Tenemos que actuar con celeridad, antes de que Giunta sume más guardias a sus filas. Por lo que veo los oficiales están todos del lado de él.

—Lamentablemente así es, señor comisario —intervino Herrazuriz.

—¡Ah! Herrazuriz, ya que lo veo: su colega me dijo que usted tiene un sobrino...

—Sí, señor comisario. Justo antes de que aparecieran Giunta y Calabrese me iba a dirigir al pabellón amarillo para hablar con él.

—Es fundamental tener a todos los guardias de ese pabellón de nuestro lado ya que con el blanco es uno de los más numerosos.

—Sí, señor comisario.

—Vaya ya mismo.

—¿Yo solo?

—Sí, Herrazuriz, usted solo.

—¿No es peligroso? Quizás nos estén esperando los oficiales al mando de Giunta.

—No sea sarasa, Herrazuriz, muera por una causa justa. Qué mejor que morir por una causa justa. ¿O prefiere irse a su casa sabiendo que ese pedante de Giunta insertó el caos en nuestro querido penal y usted no hizo nada para detenerlo?

—No, señor comisario —respondió el gordo aunque pensase lo contrario.

—¡Vaya, carajo!

Herrazuriz salió corriendo y se tropezó antes de llegar a la puerta, luego se incorporó ruborizado, y salió del despacho. Ni bien cerró la puerta se escucharon más de veinte disparos y luego se hizo el silencio.

—¡Hijos de puta! —murmuró Froilán a regañadientes. Más sereno, se

sirvió un vaso de vino— Cuando eliminemos a estos insurgentes recién allí vamos a poder dedicarnos a salvar las vidas de aquellos héroes y bla bla bla —esto último lo mencionó haciendo unos ademanes que demostraron que lo decía más por formalidad que por convicción.

—Son las dos de la tarde —continuó—: si a las cinco no tenemos el control total del penal me suicidaré aquí mismo, delante de ustedes.

Fernández Potrillo pensó que solamente un loco o un genocida podía anunciar un suicidio con semejante precisión y frialdad.

—¿Quihacemo Quique? —preguntó el viejo.

—Ellos tienen controlada esta puerta, por lo que cualquiera de nosotros que intente salir por aquí va a cagar fuego. Dos de ustedes se van a quedar custodiando esta entrada. El albino, los otros ocho y yo saldremos por el pasadizo subterráneo, cuya existencia Giunta ni imagina, y entraremos por la puerta principal a los tiros. Los de la puerta principal calculo que todavía no saben nada, entonces debemos apresurarnos antes de que Giunta les lave el cerebro. Lo mismo se aplica a los guardias de todos los pabellones. ¡Vamos, marchando!

El viejo hizo algunas señas y dos de los muchachos se pusieron en guardia alrededor de la puerta. Todos los demás bajaron por la escalera y los siguieron Fernández Potrillo y por último Froilán, que antes observó por algunos segundos su retrato, bebió otro vaso de vino y agarró un llavero inmenso de uno de los cajones de su escritorio.

II

—Le tendrías que haber pedido algo, Hugo, admitilo —dramatizó Alfredo.

—¿Algo como qué?

—No sé —respondió Alfredo, se dirigió al pasillo y volvió a los diez segundos—. Me estoy cagando de hambre y mataría a mi vieja con tal de fumar un cigarrillo.

–Yo también, Alfredo, pero no podemos llamar nosotros porque vamos a quedar como unos desesperados.

–Hugo, no estamos tratando de conquistar a una mujer.

Hugo no respondió y hubo un silencio que pareció que nunca llegaría a su fin. Tobar continuaba meditando como de costumbre y Hugo parecía haberse resignado, mientras que Alfredo no hacía nada más que emitir bufidos y otros sonidos para hacer evidente que estaba rezongando como un niño al que su mamá había enviado al rincón en penitencia. Al comprobar que los otros jamás volverían a abrir la boca si no los estimulaba, Alfredo habló.

–No me gusta nada la estrategia que están usando aquellos: es justamente el antídoto contra la que se te ocurrió a vos, Hugo. Los tipos nos pueden dejar días acá, total, ¿qué pierden?

–Dos guardias más –respondió Hugo mecánicamente.

–¿Y? ¿Te pensás que les importa?

–Es “pensás que les importa”, no agregues el “te”.

Alfredo se hartó: si iba a morir, por lo menos terminaría con ese corrector soberbio e implacable. ¿Para qué necesitaba mejorar su léxico si no saldría jamás de esa maldita celda? Se acercó a Hugo y le propinó un puñetazo en el rostro. El atacado, asombrado porque pensaba que eso no habría de ocurrir jamás, no intentó siquiera defenderse y recibió una descarga de cinco o seis puñetazos más en el pecho y en el mentón, hasta que Tobar intervino y logró dominar al agresor.

–¡Basta, carajo! –gritó Tobar encolerizado– ¿Se olvidaron de por qué estamos aquí? ¿Eh? ¿Se olvidaron? ¡Para combatir contra el sistema, carajo! ¡Si nos peleamos entre nosotros, cómo vamos a ser capaces de desmoronar el modelo reinante! Para terminar con la hegemonía debemos aunar nuestras fuerzas. Esto es precisamente lo que buscan ellos: el quiebre, las divisiones internas. ¡Así les será fácil acabar con nosotros!

Los otros dos, avergonzados, agacharon las cabezas. A Hugo le sangraba la nariz, pero también se sentía culpable. Se miró con Alfredo y a los dos los invadió la misma sensación de angustia y arrepentimiento. Alfredo dijo un “Perdoname, Huguito” ahogado, se abrazaron y rom-

pieron en llanto. Tobal esperó el tiempo suficiente y se sumó al abrazo, también llorando. “Nosotros nacimos para esto, nacimos para esto y éste es el día” sollozó Tobal.

Una vez que recuperaron el aliento, comenzaron a reír de lo estúpidos que habían sido.

III

Para llegar a la puerta principal, el pequeño ejército del comisario debía atravesar un bosquecito de pinos. Froilán siempre había pensado que tener un pinar lindante a la penitenciaría era contraproducente, pues dificultaba la visión tanto a los guardias de las torres como a los de la entrada, pero en esa ocasión esos árboles jugaban a su favor, al igual que los que se hallaban dentro de la cárcel, pues le servían a él y a los suyos para camuflarse en cierto modo.

Avanzaban sigilosamente en dos filas indias, encabezadas por Froilán y por Cacho, el viejo. Había pocas piñas en el suelo, pero por el barro y la lluvia no eran fáciles de advertir, lo que causó algún que otro tropezón. Los muchachos se rieron cuando uno de ellos cayó de espaldas tras pisar una piña y de súbito recibieron la reprimenda de Cacho, toda en susurros. Cuando giraron sobre uno de los costados del penal, divisaron la barrera amarilla de la entrada principal, pero el ángulo no era suficiente como para ver a los guardias que la custodiaban.

—Esperen acá —murmuró Froilán y se arrastró por el barro, sabiendo precisamente dónde debía detenerse para poder ver, como si tuviese instalado un goniómetro en el cerebro. Estaba a unos ciento cincuenta metros, sin embargo, era capaz de diferenciar a cada uno de los hombres que se hallaban en la puerta principal. Tras años de estudiar las fisonomías de sus subordinados conocía a la perfección sus contexturas y también las de la mayoría de los presos. Si no hubiera estado tan ebrio, habría sido capaz de determinar el tiempo transcurrido desde la última afeitada de cada uno de los guardias.

En un momento, los muchachos y Fernández Potrillo vieron cómo el comisario depuesto golpeaba el barro con impotencia: podían ver que movía la boca, seguramente blasfemando, pero la lluvia les impedía decodificar las palabras exactas. Empero, el mensaje en su conjunto era casi idéntico al que todos se imaginaban.

Froilán volvió arrastrándose con una expresión que indicaba que había superado el trago amargo y estaba planeando algo nuevo.

—Está Giunta ahí en la puerta, la putísima madre que lo parió —comentó con una tranquilidad abrumante—. Seguro que ya les contó de mi detención y mi posterior escape y los alertó de una posible aparición mía.

Los otros sólo se empapaban bajo una lluvia cada vez más furiosa. El cielo se había nublado de una forma tal que ya parecía ser de noche. En ese momento se encendieron las luces de todo el penal y los muchachos se arrojaron al piso mecánicamente. Fernández Potrillo los imitó. El comisario hizo caso omiso de esa cómica acción y siguió hablando. Todos los demás se incorporaron avergonzados tras ver que Froilán no se había inmutado.

—No podemos entrar por la puerta principal. Hoy cuando le decía a usted, Fernández Potrillo, que no podíamos hacer entrar a los muchachos por allí era porque los de la puerta iban a querer consultarme a mí primero antes de hacerlos ingresar e iban a terminar hablando con Giunta, enterándose de la situación. Todo este circo del pasadizo subterráneo era justamente para evitar lo que acaba de pasar. Es en vano volver al despacho, pues la salida de allí está totalmente bloqueada por los rebeldes. ¿Qué podemos hacer? —se preguntó el comisario en voz alta.

Podemos irnos a la mierda, ya que estamos afuera, pensó Fernández Potrillo, pero el comisario quería entrar y recuperar el reino perdido, y si podía matar el máximo número de personas posible, mejor. En ese momento Cacho se alejó del pelotón unos cuantos metros, en dirección a una arboleda. Froilán no se detuvo en ese movimiento y siguió pensando, quizás con la certeza de que ese pringoso se había apartado para orinar. El viejo volvió sonriendo y aclaró como si hubiera hecho falta:

—Lo dijo Platón y lo afirmó Napoleón: la última gota queda siempre en el pantalón.

La última palabra los demás la tuvieron que adivinar pues un trueno ensordecedor precedió al chisporroteo de la alambrada que rodeaba todo el penal.

—Los podemos cagar a tiros —llegó a la conclusión Froilán—. Es muy arriesgado, ya que no sólo descartaríamos el factor sorpresa sino que quizás nos estén esperando allí con todas sus fuerzas.

Un rayo cayó a muy pocos metros de donde estaba el comisario con sus soldados y no sólo iluminó toda la escena sino también a él.

—¡Ya sé! —gritó sonriendo— ¿Cómo no se me ocurrió antes? Sí voy a volver al despacho y voy a hacer un llamado. Óiganme bien: una camioneta va a estacionarse a trescientos metros de aquí —señaló a la derecha del penal y del bosque— y ustedes van a subirse a la parte trasera. El conductor va de alguna forma a distraer a los guardias de la entrada y ustedes van a ingresar al penal. Y ahí sí que van a divertirse con sus metralletas: a todo cuerpo en movimiento le van a disparar a quemarropa, sin siquiera preguntar si es de Giunta, si es mío o si es el Papa. Me lo cagan a tiros, ¿eh?

Los muchachos asintieron con una sonrisa, felices de saber que por fin iban a participar de una guerra. El viejo no sonrió y miró al piso, ensimismado. Fernández Potrillo no era tan optimista, conociendo al demente de Enrique Froilán.

CAPÍTULO 18

I

El guardia revisó más que de costumbre los semblantes de los internos: veía en todos ellos a un potencial amotinado. Cada tanto recordaba que ellos pertenecían al pabellón blanco y que sus condenas no superaban los cuatro o cinco años, por lo que intentar fugarse les podía costar caro. Más les valía esperar y si además lo hacían mediante una buena conducta, sería una cuestión de sólo meses.

Pero cada tanto volvía a Iñiguez ese escepticismo y miraba otra vez a los presos uno por uno entrecerrando los ojos. Internos de pabellones superiores lo hubieran insultado y escupido, pero los del blanco no tenían el propósito de pasarse de la raya.

Había algo que lo había tenido mal a Iñiguez desde la mañana: él prefería no pensar en ello y esperar a que otro lo hiciera.

Salió por unos minutos y se dirigió a una de las oficinas, donde había un anafe. Allí calentó agua para mate y se cruzó con un colega del pabellón amarillo, Alberto “Manuelita” Sánchez, a quien no le disgustó la idea de compartir unos cimarrones.

Luego de hablar del Partido por unos minutos, Iñiguez decidió soltar lo que tenía dentro.

—Manuelita, ¿sabés quién se está encargando en estos momentos del pabellón azul?

—Tenía entendido que de esos pabellones se encargaban Porrico y Annunziati.

Iñiguez pensó que su colega estaba verdaderamente perdido o había llegado tarde al trabajo.

–Pero considerando que esos dos han sido tomados de rehenes –prosiguió Sánchez y tranquilizó a Iñiguez–, en estos momentos quizás no haya nadie encargado de ese pabellón. Aunque no creo que el comisario haya cometido tal imprudencia.

–¿No creés? –preguntó el otro dándole la opción de pensar una vez más lo que estaba diciendo.

–Sí, lo creo, ahora que lo pienso mejor. Este Froilán se ha vuelto totalmente loco.

–Hay que avisarle a alguien, Manuelita. Al idiota de Giunta, o a Gasparini. Se puede tratar de un error muy grave.

Sánchez comenzó a mirar para todos lados y succionó la bombilla casi tragándosela.

–Tengo que hacer una llamada, Carlitos, después vuelvo. Mi hija, vos me entendés. Está internada –Sánchez salió de la oficina corriendo.

Iñiguez llegó a la cuenta de que estaba solo. Lo que correspondía era ir a hablar con Giunta.

II

Cuando el comisario se introdujo en la escotilla y los demás comenzaron a arrastrarse hasta el pequeño bosque a la derecha de la entrada principal, Cacho se acomodó detrás de Fernández Potrillo y lo desnucó con la ametralladora. El oficial desgraciado se desplomó y se hundió en el barro, para siempre. Luego, Cacho esperó exactamente cinco minutos, tiempo suficiente para que Froilán ya se hallase en el despacho y de su chaqueta extrajo un martillo con varios clavos gruesos. Una vez que clavó la escotilla, removió una cantidad de barro suficiente sobre ella como para volverla invisible. Para asegurarse, buscó un pesado tronco que con gran esfuerzo tuvo que trasladar y lo instaló sobre el barro que cubría la escotilla. Si uno no sabía de la existencia de esa peculiar entrada al penal, jamás intentaría correr ese tronco de allí. Finalizado el

trabajo, Cacho prendió otra vez su radio.

III

–Muchachos, si no calculo mal, hace una hora que no nos comunicamos con el comesario –conjeturó Alfredo.

–Así es, Alfredito –asintió Hugo. Se moría de ganas de corregirlo nuevamente para que su amigo entendiera de una buena vez que la palabra comesario no existía, pero el que había escarmentado era él unos minutos antes, entendiendo que al que nace barrigón es al ñudo que lo fajen.

–Al que nace barrigón es al ñudo que lo fajen –indicó Tobal y detuvo el corazón de Hugo, pero no dijo más pues nadie le preguntó a qué se debía tal aseveración.

–Che, Tobal, ¿cómo te llamás? –preguntó Alfredo.

–Vladimir.

–¿Vladimir? –preguntaron los otros dos a coro y echaron a reír sin parar. A Tobal le daba lo mismo.

Cada tanto, la luz de la lamparita de la celda titilaba, seguramente debido a la gran tormenta. En un momento permanecieron en penumbras pues parecía haberse cortado la electricidad. Fue allí cuando Hugo reflexionó:

–Les parecerá mentira, pero tras tanto tiempo encerrado en una cárcel, recién hoy llegué a la cuenta de lo que es ser libre. Uno nuca valora...

Hugo fue interrumpido por los gritos infernales de “El Maligno”, que en la oscuridad hubieran espantado hasta a un sordo.

–Qué lo parió, que bicho raro –comentó Alfredo.

Por unos instantes se dedicaron a oír al incansable chillón de al lado.

–No entiendo a este Froilán –revolvió Hugo–. Le importan poco y nada sus propios súbditos.

–Es lo que decía yo hoy –afirmó Tobal–: nunca le importaron. A nadie le importó nunca nada en realidad. Por ahí alguno se hacía compin-

che de otro, pero todo el mundo cuidaba sus propios intereses, nadie hacía nada por el prójimo. Me acuerdo de un día, hace bastante ya, el único día que el comisario faltó al trabajo en su vida y sin avisar: todos se desesperaron por ver quién ocupaba ese puesto, aunque fuera por una sola jornada. Hubo varios heridos, uno de ellos Sergio, que, obviamente, trató de tomar las riendas desde un principio y terminó en un duelo con cuchillos ante un tal Giunta. Ese Giunta es otro... La cosa es que en vez de aprovechar que el tirano este por fin les dejaba un día de sus vidas en paz, todos terminaron pidiendo de rodillas que volviera el comisario.

–El síndrome de Estocolmo –sentenció Hugo.

Alfredo le hubiera reprochado gustoso un “Y dale con Estocolmo”, pero minutos antes había escarmentado. “Al que nace barrigón es año-
do que lo fajen”, pensó.

–Che y ¿por qué faltó el comisario ese día? ¿Sabés?

–Se rumoreaba que había podido localizar a Carrizo y que lo había ido a asesinar con sus propias manos.

–¿Quién es Carrizo?

–Por lo que me contaron es un tipo, o era, no sé, que le hizo algo horrible a Froilán cuando éste era un niño. Nadie sabe qué le hizo, ni nadie sabe de dónde salió la historia de Carrizo, porque dudo que el comisario la haya contado a alguno acá adentro. Por ahí lo delató su psicólogo.

–¿Froilán tiene psicólogo? No lo puedo creer.

–Tenía. Era un larguirucho sin cabeza que venía todas las semanas y se instalaba en el despacho del comisario por horas. A los pocos días que empezaron a correr los rumores sobre ese tal Carrizo, apareció en el diario, no me olvido más, en la tapa: “Famoso psicólogo descuartizado y comido por ratas”. Parece que todo lo que toca este tipo termina en una zanja.

–Nosotros vamos a ser la excepción –presagió Hugo–: vamos a terminar en una fosa común.

Rieron todos pues ya sabían que no les quedaba otro remedio. ¿Qué más podían hacer, encerrados en la misma cárcel en la que siempre habían estado, con los minutos contados, la luz apagada y esos gritos virulentos del otro lado del pasillo?

IV

Soda cáustica. Definitivamente, Janowski. Soda cáustica en tus manos y las verás derretir. Soda cáustica en tus talones y no podrás partir. Soda cáustica en tus venas y desearás morir. Sí, soda cáustica, definitivamente. Tan claro como el agua. Tan claro como el olor a chivo de este que tiene miedo de no existir por tu culpa, Janowski. Tan claro como dos y dos son cuatro, cuatro y dos son seis, seis y dos son ocho y ocho es la raíz cuadrada de sesenta y cuatro, que a su vez es la raíz cuadrada de cuatro mil noventa y seis (¿por qué no noventa y seis?), que a su vez lo es de dieciséis millones, setecientos setenta y siete mil, doscientos dieciséis. ¿Y? ¿Qué cambia? ¿Qué cambia, Janowski, si total te voy a derretir yo o te vas a derretir vos solo, alguna vez? ¿De qué sirve si vamos a terminar siendo la base de un geranio, un repollo o una nomeolvides? ¡Nomeolvides, jejeje! Jojojó, jujujú, ¡ajajajajowski! ¡Nomeolvides, mirá qué puta casualidad!

V

—Ya está listo el trabajo, Giunta. Tiene que detonar la entrada del despacho, que está siendo custodiada por dos hombres, y después bloquear la escotilla. El comisario va a tener la muerte lenta que usted me pidió. Además, y no es un dato menor, un grupo de ocho hombres va a llegar oculto en una camioneta en unos veinte minutos, calculo. Están bien armados y tienen la orden de asesinar al primer ser vivo que se les cruce. Con eso no puedo ayudarlo, Giunta, bastante hice ya por usted. Yo me marchó, estoy harto de

este lugar. Luego arreglaremos la forma de pago. Adiós.

–Entendido, Cacho –Giunta apagó la radio–. Tirrene, los explosivos.

Tirrene accedió automáticamente y reapareció al cabo de unos segundos con una carretilla, acompañado de un guardia que Giunta había visto pocas veces.

–¿Qué querés, Iñiguez?

–Disculpá la molestia, Giunta. Todo el día me estuvo dando vueltas por la cabeza un pensamiento macabro.

–Pero qué bueno que me lo quieras contar, Iñiguez. Es un excelente gesto de tu parte. ¿Me viste cara de psiquiatra? ¿No ves lo que estamos haciendo aquí?

–Voy al grano: ¿quién está en estos momentos a cargo del pabellón azul? Tengo entendido que los únicos guardias de allí han sido tomados de rehenes, por lo tanto es probable que nadie esté patrullando en ese pasillo.

–Vos lo dijiste –dijo Giunta mientras seleccionaba un paquete de dinamita de la carretilla.

–¿Y eso no les preocupa?

Giunta, Tirrene y Gasparini levantaron la mirada hacia Iñiguez y comenzaron a reír.

–¿Vos pensás que eso es lo que me preocupa en este momento? –siguió riendo Giunta– Si tanto te interesa andá vos, a quién carajo le importa.

Iñiguez dio media vuelta y se retiró furibundo. Los tres oficiales se habían tentado. ¿Quiénes se piensan que son esos tres? ¿Los reyes magos?, pensó el guardia.

VI

El comisario se quedó pensativo unos minutos después de haber colgado el teléfono y observó a los dos muchachos que seguían agazapa-

dos alrededor de la puerta. Finalmente, llegó a la conclusión de que su plan funcionaría, pues conocía muy bien las distintas armas que poseían sus empleados y todas estaban lejos de igualar la potencia de las ametralladoras de los muchachos. Todos los oficiales tenían los mismos revólveres baratos; algunos oficiales portaban escopetas que lo único que hacían era intimidar a los internos, pues no tenían mucho alcance y estaban casi obsoletas. Sólo los guardias de las torres tenían unos rifles con mira telescópica, pero jamás los habían tenido que usar, por lo que era probable que no supieran manejarlos en una emergencia como esa. Además, ante las ráfagas de las ametralladoras de los muchachos, no habría mira que valiera.

–*Froilán* –escuchó el comisario y miró a los dos muchachos, pero éstos seguían en la misma posición, como si fueran gárgolas.

–*Froilán* –volvió a oír y se preguntó si no estaría escuchando voces. Miró hacia su escritorio y comprobó que su radio estaba allí. Se acordó de que en el pabellón negro había tres internos amotinados.

–¿Qué quiere, interno? –respondió por fin el comisario.

–*Queremos un descapotable blindado con vidrios polarizados y a prueba de balas.*

–¿Pero usted es idiota? ¿Para qué quiere un descapotable a prueba de balas si le podemos pegar un tiro en la cabeza?

Se escucharon unas risas del otro lado. Froilán no entendía cómo alguien tan inteligente y capaz como él podía haber sido tomado para la chacota durante todo el día por esos mentecatos.

–*Está bien, tiene usted razón. Despéjenos el camino hasta la puerta de entrada y estacione en la puerta del pabellón negro una camioneta con las características del descapotable.*

–Eso va a ser imposible.

–¿Por qué?

–Porque no tengo ganas.

–*Entonces Annunziati y Tobal morirán en este preciso instante.*

–Que mueran esos dos buenos para nada. ¿A quién carajo le importa?

Es más, cómanselos, ya que no almorzaron.

—*¿Se cree cómico, Froilán? Nos vamos a escapar como Ferguson y le vamos a hacer lo que le hizo Carrizo.*

El comisario tuvo que tomarse de uno de los sillones para no perder el equilibrio. Estrelló la radio contra una de las paredes y, mientras los muchachos lo contemplaban embelesados, se sumergió en la escotilla: entraría como fuese a ese pabellón y estrangularía uno por uno a esos malditos.

CAPÍTULO 19

I

Íñiguez estaba acostumbrado a los “presos diplomáticos”, los pertenecientes a los pabellones amarillo, blanco, verde menta, verde lima, y verde azulado, quienes generalmente tendían a ser más civilizados que aquellos de los pabellones azulados y rojizos. Con los primeros hasta se podía entablar un diálogo, pero nunca había estado cara a cara con un violador o un homicida. Es por eso que cuando Giunta le ordenó que se encargase de los azules, un escalofrío había recorrido todo su cuerpo. Así como los amotinados pertenecían a ese pabellón, de igual modo los restantes podían ser peligrosos. “De todas formas, están entre rejas”, pensó para darse aliento Carlos Íñiguez de treinta y dos años, casado y con una hija que se llamaba Matilde.

Tras estar algunos minutos en la puerta del pabellón aspirando y exhalando y haciendo los ejercicios de relajación que le había recomendado su maestro de yoga Pu Yi (que nada tenía que ver con la dinastía Tsing), el joven guardia se dispuso a entrar al lugar de la incógnita.

Colocó una de las cinco llaves en la cerradura, pero no era la que encajaba, a pesar de ser la única distinta a las demás. Probó una por una las que le faltaban, pero seguía sin funcionar el mecanismo. Parecía como si el agujero estuviera hecho para una llave del tamaño de un puño. Él no sabía cómo eran las llaves de los demás pabellones, por lo que no había sospechado nada en un comienzo, pero al probar en vano otra vez todas las llaves —la distinta la probó unas diez veces—, pensó que algo extraño estaba sucediendo: o la llave era muy grande y se habían equivocado en proporcionarle ese llavero, o alguien había hecho algo

con esa cerradura.

Pensativo y asustado, las gotas del sudor viajando por su sien, apoyó su mano derecha en el picaporte y rezó un Ave María. Antes de terminar, accionó el picaporte y pasó lo que con vehemencia había deseado que no pasase: la puerta se abrió.

Pensó en pedir ayuda, pero creyó que lo tildarían de cobarde. Siempre los guardias de los pabellones contenedores de internos más peligrosos se vanagloriaban de su coraje en contraposición a la tarea “fácil” que tenían aquellos guardias encargados de los pabellones como el que él tenía a su disposición, era por eso que creía que estaba ante una buena ocasión para demostrar su valentía. Además corría el riesgo de quedar en ridículo, si no se trataba de algo serio. Abrió la puerta del todo e ingresó al pabellón apretando los dientes.

Lo primero que notó fue que en ese pasillo no había luces: sólo en el fondo se divisaban algunas a los costados. Esas debían de ser las celdas. Después de orar otro tanto, se dirigió hacia ellas.

Estudiaba cada paso como si estuviera caminando en un campo minado y se preguntaba con qué fin el arquitecto o el desvergonzado que había hecho los planos de ese edificio había ideado un pasillo tan luengo.

A pocos metros de llegar a las primeras dos celdas, se detuvo y se persegñó. No escuchaba ni el zumbido de un insecto. ¿Eran los presos del pabellón azul tan silenciosos? Estaba equivocado: el salto que pegó tras oír el alarido lanzado por uno de los presos habría sido digno de una medalla de oro si lo hubiera hecho en una pista olímpica. El corazón de Íñiguez superó las doscientas cincuenta pulsaciones por minuto y el aire abandonó sus pulmones.

Tras la carcajada del anciano y su agitación, el guardia no tuvo otra idea que insultarlo. Eso aumentó aún más el volumen de la risotada del viejo, que se echó de bruces en su litera y pataleó. Al lado del burlón se hallaba otro hombre, de unos sesenta y cinco años, que meneaba la cabeza sentado en su propia litera y se lamentaba diciendo “Ay, Bernabé, Bernabé”, pero no detenía las carcajadas.

Luego del mal comienzo, avanzó hacia las dos celdas restantes. Sonamos, pensó. Le habían comunicado que en ese pabellón estaban reclusos habitualmente seis internos, pero que en ese instante, debido al amotinamiento, debía encontrarse con sólo la mitad de ellos. Observó para poder creer —como lo había hecho con las llaves— todas las celdas nuevamente y llegó a una conclusión aterradora: las cuentas no daban.

Corrió hasta la puerta del pabellón y se preguntó qué podía pasar si un preso se escapaba del penal.

II

Tirrene colocó la dinamita en el umbral de la puerta del despacho del comisario, mientras Giunta y Gasparini lo observaban a treinta metros. Cuando hubo terminado, desplegó la extensa mecha hasta donde estaban sus colegas. Giunta sacó una caja de fósforos de su bolsillo, sonrió y dijo en tono triunfal:

—Salud, compañeros.

Gasparini le sostenía el paraguas para que el fósforo no se le apagara con la lluvia torrencial. Siguieron el recorrido de la llama a lo largo de la mecha con gran satisfacción. El estruendo y la luz les obligaron a cubrirse los rostros con los brazos.

III

Glosopeda: enfermedad del ganado, que se caracteriza por el desarrollo de vesículas en la boca y entre las pezuñas ¡Ja! Qué pituco, Sergito, qué pituco.

IV

Froilán llegó a la conclusión de que era inútil seguir intentando abrir esa escotilla: evidentemente alguien la había bloqueado. Escuchó una explosión que hizo vibrar las paredes del pasadizo y corrió hacia su despacho como pudo.

V

Ahí está, lavando la ropa. ¡Ay, mi amor, lo que daría por ser una de esas bombachas!

VI

Gran parte del techo se vino abajo y el imponente salón de estar del comisario quedó en ruinas. Giunta carcajeó al ver el retrato del comisario prendido fuego. El agua detuvo su consumición pero no su deterioro.

–Ahí quedó tu grandeza, miserable –dijo en voz alta.

Luego comenzó a escuchar algo más que los restos de ese lugar incendiándose: eran pasos que reverberaban desde un hueco a la derecha de los restos de un sillón.

“¡La escotilla!” se iluminó Giunta y se acercó al agujero. De allí se asomó una cabeza que emitió un “¿Qué pasó, muchachos?”. Giunta no dudó en decirle “Nada, estimado señor comisario” y patearle la cara, devolviéndolo al pozo.

–Te vas a pudrir de a poquito ahí adentro, Henry –ironizó el oficial.

Lo único que se oyó fue un “La puta que te parió” apagado. Giunta juntó escombros y tapó el hueco, como quien echa tierra a un foso para

cubrir un ataúd.

VII

Los guardias que custodiaban la entrada (o más bien la salida) se hallaron impertérritos durante unos quince minutos. Tacio contaba los segundos para sus adentros, pero nunca se sabe si se los cuenta con exactitud. El tiempo varía de acuerdo al tempo, le había dicho un viejo decrépito, barbudo y horrible en el baño de un teatro al que había concurrido en una ocasión a ver la quinta, novena o trigésimo octava sinfonía de no sabía quién, como si le gustase. Había cinco guardias, dos a cada lado de la gran puerta y uno en una garita de madera que estaba instalada allí. El de la casilla cumplía la función de levantar la barrera para permitir el ingreso y egreso de los automóviles. Tacio se había animado a llegar hasta allí, pero no sabía cómo continuar. Siguió observando cada detalle en los movimientos de esas cinco personas. Si fueran sólo tres..., se lamentó. Notó que el de la garita se distraía leyendo una revista, ya que al estar encerrado en ese cubículo no podría hablar como lo hacían cada tanto los cuatro de la puerta. Pensó que las acciones de ese hombre debieran estar condicionadas al sonido de un motor o una bocina, al igual que un perro que sale de su cucha al escuchar a su dueño afilar los cuchillos. Ese no representaría mayores inconvenientes, pero los otros cuatro no tenían las miradas ocupadas en ningún papel. Eso no quería decir que se hallaran totalmente concentrados, a pesar de que por lo general, a esa hora se efectuaba el recambio de guardias en algunos pabellones y era común que automóviles y bicicletas entraran y salieran. Pero ese día era distinto: ellos no sabían muy bien de qué se trataba el cambio de rutina, pero por orden del comisario debían prohibir la salida a cualquier persona, fuera guardia, cocinero o encargado de la limpieza. En cambio, sí podían dejar entrar gente, pero primero debían avisar al comisario. Éste había sido demasiado claro: “No quiero ninguna visita indeseable, así que el que deje pasar a alguien sin mi con-

sentimiento no sólo perderá su trabajo. También sus huevos”. Ninguno tenía la intención de desobedecerle, aunque fuese Giunta quien estaba al mando en ese momento. Al cumplirse los quince minutos de espera, Tacio escuchó un sonido que hacía años que no oía: el motor de una camioneta que se había estacionado frente a la barrera. El conductor hizo señales de luces al comprobar que la barrera no se levantaba y que los guardias no intentaban siquiera moverse. Al insistir y no recibir respuesta, el hombre se bajó de la camioneta y se dirigió a la garita enfurecido y pisando con exagerada fuerza, como si matase cucarachas. Lanzó unos cuantos chillidos ante el tipo de la casilla y, al no recibir más que una cara pálida dirigió sus quejas a los otros cuatro, de igual expresión. No cesaban sus alaridos: estaba verdaderamente enojado. Era un tipo de bigotes y con cachetes rojísimos. La ira aumentaba el tono de su rostro sudado.

—¿No saben quién soy yo? Más les vale no saberlo. ¡Traigan a Giunta o a quién sea, buenos para nada! ¡Muévanse!

Dos de los cuatro guardias que custodiaban la barrera salieron despa- voridos hacia la izquierda de la entrada principal, es decir, a la derecha de Tacio.

Es un comienzo, pensó Tacio, pero no sabía si era uno bueno o uno malo. Restaban tres guardias, pero quizás aquellos que se habían ido volverían acompañados de otros tantos más.

Esperó, como los demás y no había rastros de ningún retorno pasados algunos minutos, o tal vez segundos. Todo era interminable, hasta la página que el de la garita no finalizaba de leer hacía media hora.

Más impaciente aún, el petiso de bigotes se quejó otra vez: esta vez lo hizo en un volumen más bajo que, sumado al ruido de la interminable lluvia, impidió que Tacio escuchara con precisión; pero para su suerte, los comentarios hicieron que los dos guardias de la barrera acompañaran al petiso en la misma dirección por la cual se habían marchado los otros. Sólo permaneció en el lugar el de la casilla que miraba para todos lados tímidamente pidiendo a cientos de dioses que no ocurriera

una aparición extraña justo en ese momento. Ningún dios lo escuchó: al desaparecer de la escena los otros, se oyó un estruendo que provenía de atrás de la camioneta e instantáneamente el sonido de dos botas, cuatro, ocho, dieciséis...

El guardia tardó tanto como Tacio en descifrar quiénes eran esos hombres. Estaban vestidos con uniformes plateados y portaban ametralladoras y cascos. En fila india y con paso de ganso, se dirigían lenta pero decididamente al lado opuesto al que se había dirigido el conductor con los guardias.

Las ametralladoras hicieron dudar al de la garita si debía intentar detenerlos o dejarlos pasar sin la mínima resistencia. Si no hacía nada, el comisario (o quien fuera) lo castraría si cumplía literalmente con sus amenazas. Pero no tenía idea de lo que podría pasarle si abría la boca ante esos símiles extraterrestres. Pensó que lo mejor sería escaparse una vez que esos extraños pasaran delante de él: prefería conservar la vida con sus gónadas incluidas antes que el trabajo. Total es una bosta, dijo en voz baja y se agachó para que no lo vieran.

Tacio los siguió uno a uno con la mirada cabeceando: parecía que los estaba contando tal como una maestra de primaria cuenta a sus alumnos cuando éstos regresan del recreo. Cuando se hubieron marchado, focalizó su atención en el guardia que quedaba. Estaba convencido de que tenía que aprovechar ese momento, que quizás significaría la última oportunidad en su vida de escaparse de allí. Suponía que no contaba con mucho tiempo para estudiar los nuevos movimientos del hombre. Debía golpearlo. Tal vez sería más efectivo quebrarle el cuello. Pero él no era un asesino, o al menos eso creía. Todavía no era un asesino, pero cuando los encontrara a ellos...Seguramente están durmiendo juntos los hijos de puta, pensó. Sus cavilaciones se estaban desviando otra vez hacia aquello, eso que no podía dominar. Jamás entendería cómo su propio hermano le había quitado a sus hijos. ¿O era él quien había quitado los hijos a su hermano? Él no tenía la culpa. Era él quien había sido engañado por dos de sus seres más queridos. Comenzó otra vez a

ver las imágenes del accidente cuando algo hizo contacto con su pierna. Era Silvio, que ronroneaba y se refregaba el hocico en su pantorrilla, a pesar de la patada que le había propinado hacía unos minutos. Tacio vio la cara de Victoria en el félido y en acto reflejo le pateó el vientre. Naturalmente Silvio maulló en alturas elevadas, lo que despabiló a su golpeador. De súbito, observó al guardia, que atisbaba aterrado en dirección a él. Cagué, murmuró. Pero el guardia lo dejó pasmado: dio media vuelta y se marchó corriendo por la puerta de entrada saltando la barrera.

A Tacio poco le importaba entender el accionar del guardia. Corrió hacia la puerta sin mirar a sus costados. Sólo con unos cuantos balazos podrían detenerlo y aun así trataría de terminar su aventura hacia la libertad. Al atravesar la barrera tuvo una sensación eléctrica en todo su cuerpo, cada momento de su vida volvió a aparecésele como aquella vez en el hospital y sintió cómo las partes de su cuerpo se desintegraban después de haberse elevado a altas temperaturas. Los restos, solamente una prótesis dental y algunos clavos que le habían sido colocados luego del accidente, no servirían a nadie para demostrar que Tacio no se escapó. Murió aquel día raro, fulminado por un rayo.

VIII

Todavía se escuchaban los alaridos de “El Maligno” cuando llegaron hasta la entrada del pabellón. Tobal, vestido con la ropa de Hugo, entreabrió el portón y lo primero que percibió fue la oscuridad que se había adueñado de ese largo día. Llovía a cántaros y parecía ser que nadie los estaba esperando allí afuera: quizás era cierto que se habían olvidado de ellos. El peor mal que el sistema hace a sus dominados es la indiferencia, pensó.

—¿Y? ¿Qué pasa? ¿Qué hay? —escuchó a Alfredo decir desde atrás.

—No hay nadie —fue la respuesta sorprendente de Tobal.

–¿Nadie?! –se exaltaron Hugo y Alfredo a coro.

Qué cerca estás, Mariana, se dijo Hugo.

–Es la hora de terminar con la dominación –dijo Tobal.

Hugo y Alfredo se miraron, sonrieron y menearon las cabezas.

–Hagamos una cosa –dijo Hugo tratando de parecer sereno–: Tobal, vos andá a combatir el sistema por aquel lado –señaló la gallera– y nosotros iremos por este lado –señaló la parte trasera de los pabellones.

Tobal no escatimó ni siquiera un segundo, hizo una reverencia militar y se marchó corriendo en dirección al comedor, al que bordearía para enfrentar cara a cara el peligro de la gallera. Hugo y Alfredo lo vieron irse y se encaminaron lentamente hacia la salida. Pasaron delante de la biblioteca, la carpintería y la panadería y cuando estuvieron detrás del pabellón bordó comenzaron a aligerar la marcha a tal punto que se vieron a sí mismos corriendo como jamás lo habían hecho. Uno, dos, tres, cuatro pabellones y llegaron a la parte trasera del pabellón en el que habían vivido sus últimos años. Escucharon la radio de Bernabé y Alfredo estuvo a un paso de gritarle alguna grosería, pero no lo hizo por miedo a tener que arrepentirse después. Antes de llegar a la ochava, apareció ante ellos un grupo numeroso de hombres fuertemente armados. Ellos no se detuvieron, pues los tranquilizaba portar los uniformes de Tobal y Annunziati: ante cualquier llamado de atención, dirían que había surgido un problema en un sector equis y que debido a la urgencia no podían detenerse. Pero nadie les preguntó nada ni les llamó la atención: una catarata de disparos los derribó.

Alfredo observó a Hugo que estaba con los brazos y piernas abiertos, boca arriba.

–Te daría un abrazo si podría –logró decir entre jadeos.

Al no recibir respuesta, miró el cielo nublado y vio cómo le caían en el rostro las gotas de la lluvia, una por una. Entendió que había sido él quien había volado aquel día por la ventana. Escuchó pasar a los verdugos a un costado y empezó a dormirse. La voz de Hugo le hizo abrir los ojos.

–Podiera –los dos murieron, aunque ya lo habían hecho hacía rato.

IX

Núñez pensó primero en la familia y luego en su responsabilidad civil. Dudó unos instantes y luego se convenció: primero estaba la responsabilidad moral, se dijo. Su primo hermano había sido condenado por algo que no había hecho y aquella ocasión era la ideal para hacer justicia. Salió de su oficina y corrió hasta el pabellón bordó, donde se hallaba recluido Claudio, su primo. Al notar que sólo había un guardia recorriendo el pasillo de ese lugar, eligió el camino más fácil: a punta de pistola consiguió la llave de las celdas.

–¿Estás en pedo? –preguntó extrañado Pérez Renzi, el guardia apuntado.

–Es por una causa justa –respondió Núñez mientras abría la celda de Claudio.

El preso salió, gritó “¡Marito!” y lo abrazó tan fuerte que estuvo cerca de asfixiarlo.

–Vamos, salgamos de acá –propuso Núñez, pero su primo lo tomó del brazo y con expresión de abatimiento le hizo un pedido.

–Pará, Marito, no nos podemos ir y dejar acá a los muchachos –dijo haciendo un ademán señalando a las demás celdas–. Muchos de ellos son también inocentes, y los que no, ya recapitaron, haceme caso, ya pueden reinsertarse en la sociedad, los conozco a todos, en serio.

Núñez concluyó que había ido demasiado lejos como para detenerse en ese momento.

–Bueno, tomá las llaves, pero sólo porque confío en vos.

El primo le dio un nuevo abrazo y todo el pabellón gritó de alegría. Pérez Renzi abrió cada vez más la boca, que parecía que iba a desprenderse de la cabeza. Claudio abrió todas las celdas y uno a uno los reos fueron saliendo. Todos abrazaron a Mario Núñez, quizás el carcelero más imprudente en la faz de la Tierra.

Horacio Godoy, un interno que había asesinado a dos de sus tres esposas, gritó con la esperanza de que alguien lo escuchara.

—¡Mi hermano está en el pabellón blanco por falsificar cheques pero no sabe ni leer ni escribir!

—¡Es inocente! —gritaron varios y corrieron rebosantes de júbilo hacia afuera.

Mario Núñez apoyó su espalda contra la pared y se dejó caer hasta que su trasero impactó con el hormigón. La mirada perdida, se preguntaba qué había hecho.

X

Tobal corrió con una expresión dura como una anfibolita, decidido a destripar al comisario con sus propias manos, pero antes tuvo que enfrentarse con el combés al que nadie sabía con qué motivo se había denominado gallera. Para su sorpresa no había sino una figura cercana a la sala de juegos que por la lluvia no podía distinguir. Corrió entonces en dirección del despacho y en la mitad de su recorrido vio cómo un grupo de internos salía a grito pelado del pabellón bordó e ingresaba al pabellón violeta. Tobal sonrió, abrió los brazos, miró el cielo oculto y, dejándose mojar el rostro, gritó:

—¡Viva la revolución!

En ese instante, apareció un grupo de oficiales que venía probablemente desde el despacho del comisario. Cuando los oficiales lo reconocieron, vociferaron su apellido varias veces y se le acercaron. Tobal se abalanzó sobre ellos y empezó a repartir patadas y golpes de puño.

—¡Pará, loco de mierda! ¿Qué te pasa? —gritó Giunta estupefacto.

Tobal seguía con sus golpes y clamó “¡Hasta la victoria!” justo antes de que Gasparini le diera un balazo en la frente. De súbito, la gallera se llenó de convictos que corrían sin dirección y aullaban, de guardias aturcidos y de un grupo de muchachos fuertemente armados.

EPÍLOGO

Al principio lo habían hecho por razones de parentesco, pero luego los presos del bordó se convirtieron en una suerte de libertadores de los desposeídos y redimieron a los reclusos de todos los pabellones, por más que ni siquiera los conociesen. Comenzó inmediatamente una carnicería sin precedentes. Algunos guardias se resistían ante la caterva redentora y en inútil acto heroico terminaban siendo linchados llevándose consigo a uno, dos o tres del otro bando.

Hubo un momento en el que todos los presos del penal (menos uno) se hallaban combatiendo o yaciendo en la gallera. Los guardias y los pocos oficiales que quedaban de un lado, reos del otro y los muchachos que disparaban a mansalva, formaban parte de ese zipizape sin sentido. Nadie sabía el motivo por el cual se hallaba luchando: los guardias y oficiales si para mantener el control o terminar con ese día de una vez y marcharse a escuchar al Partido; los presos si por la libertad o para desquitarse de los guardias que tanto los habían hecho padecer y los muchachos si por dinero o por simple diversión. El sonido constante de las armas de fuego era interrumpido solamente por el estruendo de la dinamita que propagaba Tirrene por todos lados: quien no recibía un balazo, era mutilado por una explosión o al menos ensordecido. Uno de los presos del pabellón rojo se percató de lo que estaba haciendo Tirrene y lo embistió. Otros reos se sumaron a la paliza y el oficial encargado de los explosivos tomó la difícil decisión de inmolarse, activando uno de los explosivos y volando en pedazos junto con sus agresores. Los contendientes no tenían tiempo de darse cuenta del horror de esas escenas, pues los que permanecían tan sólo un segundo impasibles, eran alcanzados por una bala.

El fuego perdió la invisibilidad (siempre había estado allí) y la lluvia

ya fue incapaz de extinguirlo, convirtiéndose en fuego también. Los edificios desaparecieron y las llamas tomaron formas y alturas impensadas. Uno de los guardias vio cómo su cabeza era arrancada y siguió luchando sin ella: veía que su propio cuerpo decapitado era atacado por una bestia peluda de dientes como cuchillas. Luego se sintió impotente al comprobar que lo único que podía hacer era pestañar, ya que ni siquiera podía gritar pues el aire de sus pulmones se hallaba junto a ellos dentro del cuerpo a unas pocas yardas. En un momento se sintió ser el espumuy del que siempre le había hablado su abuela mestiza: alguien había pateado su cabeza y ésta había volado a gran altura, permitiéndole ver con claridad lo que estaba pasando debajo y descubrir a la gran sombra que se estaba formando e irguiendo desde el pabellón negro. Un preso del violeta que había sido un asiduo fumador y había muerto de cáncer, se convirtió en cenizas y éstas desprendieron un olor a rapé implacable. Un encargado de la limpieza que había sido un ratero durante su juventud, vio como su ánima era birlada por un gigante rojo descomunal y ya no sintió otra cosa que el dolor. Wagner, un convicto del pabellón blanco que toda su vida había sido un mirón y solía tocar el trasero a cada mujer que estuviera desprevenida en algún transporte público, se convirtió en un gran ojo y su iris del tamaño de un túnel fue penetrado por un pequeño ejército de unos enanitos que habían aparecido repentinamente y que portaban tajaderas en lugar de manos. A un hombre que había tenido una relación excesivamente cercana con una oveja en sus tiempos de pubertad, la piel se le fue ablandando paulatinamente hasta convertirse en una lana viscosa que se impregnó en los cuerpos de los condenados y de las bestias. En un momento, todos los chillidos de los mutilados se unieron en un amasotado y grave sonido que extirpaba las orejas y nadie supo ya quién era.

Mientras caminaba inútilmente de un extremo al otro del pasadizo que había hecho construir para no quedar atrapado, le volvieron a Froilán las imágenes del pasado que una vez había logrado olvidar.

Había invertido todo el tiempo de su vida (y de su muerte) en vengarse del mundo por sus tempranos años de sufrimiento. Sin embargo, recién allí, enclaustrado en esas paredes y la oscuridad, más abajo que nunca, entendió que ni durante su infancia ni durante todo el tiempo que había pasado en el penal había sabido realmente lo que era perder la libertad.

Este libro se terminó de imprimir en imprenta Favasch,
Calle 62 N° 1445, La Plata, Buenos Aires, Argentina,
en el mes de mayo de 2008.

